M MANUEL LARRAIN E

PIEDAD Y LITURGIA



EDICIONES SPLENDOR

Piedad y Liturgia

Mons. Manuel Larraín E.

¡Qué bien están sus palabras autorizadas sobre la superficialidad de los cristianos!

Ha tocado la causa del fracaso que aqueja a muchos de los seguidores del Maestro; esa piedad sentimental, ese desdoblamiento de la personalidad — si es que hay personalidad — en el actuar; ese acomodarse a todas las circunstancias y principios, creyendo vivir bien con Cristo y con el mundo; han olvidado aquellas palabras: "No se puede servir a dos señores".

Y este libro es el guía profundo de las almas que aspiran a una verdadera piedad, este libro enseña a orar como Dios quiere que oremos, con la oración oficial de la Iglesia: la Liturgia. Cuántos conceptos errados, aun entre cristianos fervorosos, no hay sobre la Liturgia. Si supieran los tesoros que encierra, si conociesen ese don de Dios que se oculta en ella... otro mundo mejor pisaríamos y el hombre nuevo renacería de las cenizas del hombre viejo.

Vivir la Liturgia es vivir plenamente la vida cristiana auténtica. Nos acerca a Cristo y nos une en la gran familia del Cuerpo Místico. Y es, además, una pedagogía de espléndidos frutos, toca el corazón a la par que ilustra la inteligencia.

Y es también una reformadora social, nos hace hermanos en Cristo, y de nuestros labios sale la misma súplica: Padre nuestro, venga a nos el **tu** reino, hágase **tu** voluntad, el pan nuestro de cada día dánosle hoy...

A los cristianos de hoy les falta vida, se hallan aprisionados por el progreso de la técnica, sin encontrar la técnica del alma. Y esa vida la tienen en sus manos y no la cogen entre sus dedos para estrecharla contra su pecho.

Y la Liturgia es vida, es la vida que buscan.



Mons. MANUEL LARRAÍN ERRÁZURIZ

Obispo de Talca

PIEDAD Y LITURGIA

Tercera edición, corregida y aumentada.



AÑO DEL SEÑOR

1 9 3 9

Santiago de Chile



¡Cuánto he llorado, oh Dios mío, con tus himnos y cánticos¡ ¡Cómo era animado por las dulces voces de tu Iglesia! Ellos penetraban en mis oídos y la verdad se difundía en mi corazón, y el entusiasmo de mi piedad se hacía más fuerte y mis lágrimas corrían, y esto me hacía bien.—S. Agustín.—Confesiones Cap. VI.

AL

CORAZON DIVINO DE JESUS

ALMA Y CENTRO

DE LA SAGRADA LITURGIA

DE LA IGLESIA

ESTAS MODESTAS PAGINAS

ESCRITAS UNICAMENTE PARA CONTRIBUIR

AL ADVENIMIENTO DE SU REINADO SOCIAL

DE PAZ Y CARIDAD

"El cristiano se degrada y enflaquece a medida que disminuye su unión con la Iglesia, universo y medio vital de todo fiel... La maternidad de la Iglesia es inmensa, como la paternidad de Dios".—Clerissac.—El misterio de la Iglesia.



"Preguntarse si la liturgia es necesaria en una Sociedad Cristiana, en nuestra Iglesia Católica, equivale a preguntarse si tal sociedad debe confesar a Dios y a Jesucristo. Preguntarse más especialmente si, en la hora presente, se impone un renacimiento litúrgico, es lo mismo que preguntar si sería oportuno avivar entre nosotros la confesión de la fe cristiana en Dios y en Jesucristo". Card. Mercier. Obr. Past. T. III—, CXIV, 57.



PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION

Hace dos años, a insinuación de algunas personas que los juzgaban con benevolencia, publiqué bajo el título de "Piedad y Liturgia", una colección de modestos artículos que sobre este tema habían aparecido antes en la "Revista Católica".

Mi anhelo no era otro que contribuir a que los corazones ansiosos de elevación, vieran en la oración oficial de la Iglesia la fuente preciosa de ascensiones espirituales, por la cual la Mística Esposa de Cristo transmite a las almas las energías vivificantes de la Redención.

El folleto, a pesar de sus numerosos defectos, superó grandemente mis anhelos. Al través de sus líneas imperfectas, muchas almas han entrevisto las luces magníficas que brotan de la liturgia de la Iglesia y han sentido el deseo poderoso de conocer mejor y vivir más intensamente esa "fuente primera e indispensable del ver-

dadero espíritu cristiano", como S. S. Pío X llamó a la vida litúrgica.

El alma moderna siente angustiosa la necesidad de paz; quiere en medio del ruido ensordecedor en que vive, gozar de este silencio interior en el cual la voz de Dios "dulce como un soplo de brisa" (1) se escucha y se gusta, y al penetrar en el mundo admirable de la liturgia, siente que su corazón se ensancha, la paz de las cosas eternas desciende sobre su espíritu y la clara visión de la verdad le hace gustar ese "gaudium de veritate" (2) de que nos habla San Agustín.

Tal es el secreto del bien que este pequeño folleto pudo realizar.

Agotada hace tiempo la primera edición se me ha pedido una segunda, que ahora entrego, en la cual, conservando siempre el plan de la anterior he desarrollado considerablemente aquellos puntos que creí necesario explicar mejor.

Nada de original se encontrará en sus páginas en las cuales solamente he tratado de resumir y exponer sistemáticamente con el fin de facilitar su conocimiento, las ideas que sobre estas materias, han escrito autores eminentes.

Que "el Padre de las luces", de donde desciende "todo don perfecto" (3), ilumine las almas que estas líneas leyeren, a fin de que ellas sean la modesta indicadora que les señale el camino "donde se encuentran las verdaderas alegrías" (4).

Tal es el anhelo y la más cumplida recompensa que espera a su trabajo.

EL AUTOR.

Navidad de 1934.

---

(1) III—Reg. XIX-12.

(2) S. Aug. Confess. X. C. 23.

(3) Jac—I—17.

(4) Colect—Dom. IV-p. Pascha.

ADVERTENCIA A LA TERCERA EDICION

Agotadas las dos primeras ediciones de esta sencilla obra de divulgación litúrgica y habiéndoseme hecho ver la conveniencia de una nueva, no he dudado en acceder a este pedido convencido que todo lo que signifique acercar más a la Iglesia Católica y a su oración oficial es hacer obra útil y eficaz.

He añadido a las ediciones anteriores dos Capítulos, uno sobre la liturgia como método tradicional de educación religiosa y otro que titulo, "la liturgia creadora de un orden nuevo". El primero fué presentado hace varios años a la Semana Educacional celebrada en Santiago y el otro leído en la Semana Litúrgica organizada por la A. N. E. C. en 1936. Como apéndice se agrega la pastoral Colectiva del Episcopado Chileno sobre la liturgia, documento oficial de la Jerarquía en nuestra patria y que ha merecido altos elogios en diversas revistas extranjeras.

Llamado por el Señor a la plenitud del sacerdocio no puedo expresar mejor mi gratitud hacia nuestra Santa Madre la Iglesia que tratando de divulgar su plegaria oficial. Constituído por el Espíritu Santo pastor del pueblo cristiano no encuentro un medio más apto para llenar mi misión que el tradicional inspirado a la Iglesia por el mismo Espíritu: "la participación activa de los fieles en los sagrados misterios, fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano".

Reciban mis queridos hijos de la Diócesis de Talca este trabajo como expresión de todo el bien que para ellos desea.

Su AUTOR.

S. Agustín de Talca, en la Octava de Pentecostés de 1939.



PIEDAD Y LITURGIA

In spíritu et veritate...

Cuando un movimiento se produce en la Iglesia con caracteres de universalidad, cuando las almas encuentran en él algo que responde a sus más íntimas aspiraciones y anhelos, y sobre todo cuando la Cátedra infalible de verdad lo sanciona con su augusta aprobación, podemos decir sin temor, que tal movimiento procede del Espíritu Santo, que con su soplo vivificador anima a la Iglesia y con sabiduría infinita "conduce las cosas a su fin disponiéndolo todo suavemente" (1). Tal sucede con el renacimiento del fervor litúrgico, con ese anhelo de participar más íntimamente a la vida de la Iglesia, que cada día avanza entre los fieles produciendo por doquiera consoladores frutos de piedad cristiana bebida en las auténticas y vitales fuentes que Cristo estableciera como manantiales purísimos para comunicar a las almas su vida.

Para muchos parecerá extraño el tema de este trabajo ya que el concepto que generalmente se tiene de la liturgia poco o nada dice a la formación de la piedad.

---

(1) Sap. VIII-1.

¿QUE ES LA LITURGIA?

De hecho la palabra liturgia representa para algunos un coro de benedictinos o trapenses, que en una centenaria abadía europea entona a media noche su canto de Maitines; otros, y esos son legión, a la voz de liturgia piensan en las rúbricas y ceremonias de la Iglesia, olvidando que éstas forman parte de aquélla, pero no la constituyen, y creyendo por consecuencia que ésto es cosa que sólo interesa al clero; y no faltan, por fin, quienes en la liturgia vean una manifestación de arte religioso, un fino sentimiento artístico que trata de embellecer el culto cristiano renovando arcaicos estilos e inmediatamente piensan en magníficas catedrales, ornamentos góticos, potentes coros gregorianos o armoniosos acordes de una polifonía sagrada.

En la liturgia **"hay algo de eso, pero no es eso"**; la liturgia es una realidad mucho más vasta, y sublime, es el "culto exterior que la Iglesia da a Dios", la manifestación suprema de la virtud de la religión que liga al hombre con Dios ejercida por la sociedad única, fundada por Cristo, para cumplir esta misión; la Iglesia Católica, nuestra Madre.

La liturgia considerada en esta forma no es una cosa accidental en la Iglesia, ni una escuela de ascésis más o menos recomendable, sino algo **"esencial"** destinado a comunicar a las almas la vida de Cristo, a unirlas por medio de Este al Padre celestial y a producir la flor de la virtud cristiana, que es la piedad.

La Jerarquía Católica, revestida del Sacerdocio de Cristo, renueva la oración y el sacrificio de Jesús por la salvación del mundo, y ese conjunto de plegarias y ritos, manifestación visible de la vida interior que por ella circula constituye el culto oficial de la Iglesia. La li-

turgia es en consecuencia, el himno perfecto que la Mística Esposa de Cristo entona a su divino Esposo.

¿QUE ES LA PIEDAD?

Es necesario definir bien su concepto ya que muy diverso es el juicio del mundo y el juicio cristiano sobre ella. Mientras éste por boca de San Pablo nos dice "que la piedad es útil para todo, tiene en sí las promesas de la vida presente y de la vida futura" (2), aquél mira en ella un producto tan sólo de cerebros enfermos, bueno para ociosos, que desconocen las grandes dichas de la vida. Concepto profundamente errado, que es triste encontrarlo en hombres que debieran comprender mejor los problemas del espíritu, y que desgraciadamente influye también en la idea que muchos católicos tienen de la piedad, de la cual nada quieren saber juzgándola con desdeñosa indiferencia o con absoluta frialdad.

Es doloroso constatar esta incomprensión, pero es al mismo tiempo necesario investigar sus causas.

La primera es, sin duda, la ignorancia; "quaecumque ignorant blasphemant" (3), pero ignorancia que si en muchos casos es culpable, en otras también, y no pocos, hay que confesarlo, proviene de una defectuosa educación religiosa. Se insiste quizás demasiado sobre la moral con detrimento del dogma olvidando que ésta no es otra cosa, sino la aplicación del dogma a la vida, se enseña la verdad o el precepto escueto, pero no se habla de su práctica, se olvida demasiado que el cristianismo es una vida, y que el mero conocimiento teórico no basta; en una palabra se descuida a menudo lo que podríamos llamar la parte ascética de la educación (enten-

(2) I—Tim—IV-8.

(3) Judae. 10.

dida esa palabra en su amplio significado) para hacer que a cada verdad o precepto acompañe la enseñanza del modo cómo él se aplica a la vida. No basta, por ejemplo, con que se instruya sobre el dogma de la Eucaristía, hay que mostrar juntamente y basado en él cómo se vive una vida eucarística.

No debe haber excesivo intelectualismo en la educación religiosa; no es tan sólo la inteligencia la que debemos formar, sino al hombre todo entero, y en orden a la vida, porque nuestro Dios "non est Deus mortuorum sed vivorum" (4) y la piedad es una vida, más aún, es la expresión más alta y perfecta del hecho fundamental de nuestra vida cristiana; nuestra filiación divina en Jesucristo.

La otra causa del poco aprecio que con frecuencia se encuentra para la piedad, debemos declararlo francamente, son las desviaciones de la falsa piedad.

Almas vulgares que toman las apariencias y prácticas de la piedad, pero que en el fondo permanecen idénticas con todas sus pasiones y defectos. Tienen la materialidad, pero les falta el alma, y al contemplarlas en ese curioso paralelismo, una vida dentro del templo y otra absolutamente distinta fuera de él, ese divorcio entre lo que se ora y lo que se vive, muchas almas bien intencionadas conciben una errónea idea acerca de la verdadera piedad, sedientas de bien no se acercan a la fuente de donde brotan "las aguas que saltan hasta la vida eterna" (5).

Es necesario por tanto insistir en el verdadero concepto que haga comprender la grandeza que en la piedad se encierra.

Es necesario decir que la piedad, es la forma más al-

(4) Marc-XII—27.
(5) Joan. IV—14.

ta e intensa de la virtud de religión, la que establece entre la Trinidad Santísima y nosotros, relaciones profundas y sublimes, la que en un impulso constante nos hace ir al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo.

A la adoración, que en la virtud de religión se encierra, la piedad junta el amor; al sacrificio, expresión de esa misma virtud, añade el don de sí misma y el celo. Por esto podemos, sin temor, decir que sólo en la religión cristiana hay piedad verdadera porque sólo en ella hay verdadera caridad.

La piedad es una vida, y en consecuencia a ella también se aplica el concepto genérico de ésta "movimiento continuo e inmanente", o en otras palabras, actividad constante e interior que abarca todo el hombre su inteligencia, corazón y voluntad. Por este motivo la piedad constituye la expresión más perfecta de la vida, de aquella que de Dios viene y que a Dios también se dirige, por la cual se expresa y manifiesta la vida de Jesucristo actuando en cada fiel.

PIEDAD Y LITURGIA

De este concepto que acabamos de enunciar, se desprende que piedad y liturgia no son dos términos extraños el uno al otro, sino en tan íntima relación, que uno a otro se complementan y perfeccionan.

No podemos comprender una piedad que prescinda de la vida de Cristo, renovada en la Iglesia al través de su ciclo litúrgico, ni podemos comprender una liturgia en su amplia acepción que no lleve a sentimientos de piedad al alma que la vive.

El dogma católico, todo entero, consiste en el encadenamiento de estas tres verdades: Un Dios que reside en el cielo, Jesucristo Hijo de Dios enviado a los hom-

bres, y la Iglesia órgano e intérprete de Cristo en la tierra.

Es un triple fascículo tan íntimamente unido, que romper una verdad, es romperlas todas: Dios se comunica con la Humanidad por medio de Cristo, Cristo se comunica con los hombres por medio de la Iglesia, y a su vez los hombres por la Iglesia van Cristo y por Cristo van a Dios.

Esta triple comunicación se manifiesta en la piedad litúrgica. Ella es por tanto, la vida de Dios comunicándose al hombre por Cristo, la vida de Cristo, comunicándose al cristiano por la Iglesia, la vida de la Iglesia, comunicándose a los fieles en modo especial por su culto.

Podrá quizás extrañar esta afirmación, pero es necesario recordar que siendo la liturgia la oración oficial de la Iglesia, es ella la que mejor expresa sus sentimientos y refleja su vida.

La brevedad del presente trabajo impide encerrar en el estrecho marco de unas pocas páginas los numerosos puntos que en la piedad se contienen, y sólo puede reducirse a enunciar los principales conceptos que muestran no sólo la estrecha relación existente entre la liturgia y la piedad, sino aún más, el hecho que de la liturgia brota la más sólida y tradicional devoción, aquella que apoyándose en las bases del dogma produce esa plegaria, que junta a su carácter sobrenatural y divino, el ser la expresión y desarrollo más perfecto de la personalidad humana.

Ella hace que bajo signos visibles aparezca ante el alma lo invisible, que los símbolos cargados de señales nos expresen la acción oculta de la gracia, que lo divino llegue a nosotros por medio de lo humano, y así a través de sus oraciones y sus ritos se despliegue ante nosotros el plan sublime de la Redención.

¡Cuántos al comprender que la Liturgia, no es un

vano formalismo, sino la expresión en el tiempo de los misterios de Cristo, y en consecuencia la fuente más pura de piedad cristiana podrán decir con el patriarca Jacob: "en verdad Dios está en este lugar y yo no lo sabía"! (6). Al comprender entonces la liturgia en su verdadero concepto podrán con el mismo patriarca añadir: "esta es la casa de Dios y la puerta del Cielo" (7).

Y en verdad con sus oraciones y sus ritos, la Iglesia difunde la virtud de Dios y al difundirla pone en las almas la base de la piedad enseñando a balbucear el lenguaje divino con que los hijos de la tierra hablan al Padre celestial.

(6) Gen. XXVIII-16.
(7) Id—v. 17.



IL FAIT BON · SEIGNEUR ·
· LOVER VOTRE NOM

CAPITULO I

PRINCIPIOS DE LA PIEDAD LITURGICA

I).—La liturgia nos hace orar con la oración de la Iglesia. La voz de la Esposa.

Jesús, Sumo y eterno Sacerdote de la ley nueva, vino a reconciliar con Dios a la humanidad pecadora y a ofrecer a nombre de ella a su Padre celestial los homenajes de adoración, gratitud, reparación e impetración que sólo un Dios podía en modo digno presentar.

"Yo sé que tú siempre me oyes", pudo decir con absoluta confianza, porque bien conocía que nada más puro y santo podía ofrecerse al Eterno Padre que los homenajes de su Hijo Unigénito "en quien Este ha puesto todas sus complacencias". Esa virtud de religión ejercitada por Jesucristo durante los años de su vida terrestre y continuada eternamente en el cielo donde "vive siempre interpelando por nosotros", quiso encargarla aquí en el mundo a la Iglesia fundada por El, para ser la continuadora de su misión y mediante la cual seguiría viviendo en medio de los hombres y comunicándoles por ella la vida divina.

La liturgia no es otra cosa, sino el ejercicio oficial por parte de la Iglesia de la virtud de la religión, la realización de esa misión que Jesús le ha encargado continuar.

Este divino organismo, "cuya cabeza es Cristo, cuya alma es el Espíritu Santo, y del cual nosotros somos los miembros, alza su voz al Padre y tiene su oración oficial que se llama la liturgia" (1). Piedad litúrgica, será por tanto, orar con la plegaria oficial de la Iglesia, siguiendo el espíritu con que ésta anima las diversas fiestas y tiempos del año, será el pedir no como individuo aislado, sino como miembro de un cuerpo vivo, de una sociedad que sufre, trabaja, ama e implora. Es en resumen la piedad que se inspira y nutre de la liturgia. Su **programa** se compendia en esta fórmula: hacer participar al cristiano, estación por estación, y casi día por día, los sentimientos de Cristo en los varios misterios que la liturgia expresa, para que así viva el hombre la vida íntima de Dios; su **práctica** se encuentra en la participación **activa** de los fieles en la oración pública y solemne de la Iglesia que Pío X, el gran restaurador de todas las cosas en Cristo, llamó "la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano" (2).

La importancia de la liturgia, como fuente de verdadera piedad viene del hecho de ser la oración oficial y auténtica de la Iglesia, y por tanto el medio más **seguro** para hacer que las almas vivan plenamente la vida cristiana y reciban todo el influjo santificador de Cristo.

Oración individual y social.

La oración en sentido general es: "la elevación de nuestra alma hacia Dios con el fin de cumplir con El nuestros deberes y pedirle sus gracias para glorificarlo, siendo mejores" (3). Es, como decía S. Gregorio Ni-

(1) Mon. Olgiati. Il sillabario del Cristianesimo:
(2) Motu Propio—22—Nvbre—1904.
(3) Tanquerey—Teología ascética.

ceno, una conversación con Dios "oratio conversatio sermocinatioque cum Deo est" (4).

Expresión perfecta de nuestro amor y devoción, la oración desempeña en nuestra vida espiritual un rol de capital importancia. Puede en realidad decirse que ningún medio de perfección tiene igual eficacia como éste, pues es un resumen de los otros medios generales y produce en el alma que se consagra a ella maravillosos efectos. La oración en realidad, nos desprende de las creaturas y nos une totalmente a Dios transformándonos en El, produciendo así esa doble actividad que es el compendio de la perfección cristiana; muerte a sí mismo y vida para Dios "mortui enim estis et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo" (5).

La oración puede revestir diversas formas, ser mental o vocal, privada o pública. La oración pública o social es la practicada por una colectividad o por un solo individuo como mandatario y representante de toda la colectividad. Ninguna forma de oración tiene una eficacia semejante a ésta, pues, como dice Santo Tomás: "Impossibile est preces multorum non exaudiri, si ex multis orationíbus fiat quasi una". "Es imposible que no sean oídas las preces de muchos, si de muchas oraciones se hace como una" (6).

La oración de la Iglesia es, pues, la más agradable al oído y al corazón de Dios y por consiguiente la más poderosa. Feliz aquel que ora con la plegaria de la Iglesia, que une sus peticiones particulares a las de la Esposa de Cristo siempre escuchada amorosamente por su celestial Esposo. Así nos enseñó a orar Nuestro Señor: Padre nuestro y no Padre mío, danos, perdónanos, lí-

(4) Greg. Orat. I de orat Domini P. G. XLIV.
(5) Col. III-4.
(6) Comment. in Math. C. XXIII.

branos y no dame, perdóname, líbrame, para inculcarnos que la oración a El más acepta es la social y colectiva. (Véase D. Gueranguer **L'annee liturgique**).

Así oraban los primeros cristianos. Cuando de noche en las sombrías catacumbas o en el modesto oratorio se reunían para asistir al sacrificio y recibir en él la Comunión, ellos se sentían verdaderos hermanos en Cristo, miembros de un mismo cuerpo, participantes de una misma vida, unidos entre sí en el organismo divino de la Iglesia y con Cristo y con la Iglesia ofrecían al Padre la hostia y el cáliz.

Así quiere también la Iglesia que continúe subiendo al cielo su oración "una voce" con una voz, como decimos en el prefacio de la Misa; y el gesto del Sacerdote que abre los brazos antes de la colecta (7) para unirlos en seguida no es sino el símbolo de ese otro gesto invisible con que la Iglesia nuestra Madre une en una sola plegaria las súplicas dispersas de sus hijos.

¿Quiere esto decir que la Iglesia no reconoce otra forma de oración que la pública? De ninguna manera; hay una forma de oración, la individual o privada que cada persona hace cuando se recoge en sí misma pensando en Dios y meditando, tal oración no sólo no es superflua sino que es la **condición indispensable** para comprender y participar mejor en la oración litúrgica.

Yerran pues lamentablemente, los que dejándose llevar de un peligroso "**liturgismo**", atacan las devociones tradicionales y las prácticas piadosas, que la Iglesia no sólo tolera sino bendice y a veces hasta prescribe.

El espíritu litúrgico no está hecho de odiosos exclusivismos sino inspirado en esa amable libertad que existe siempre donde está el Espíritu de Dios. Lo único

(7) Palabra que significa reunión y designa la oración de la Santa Misa.

que anhela es dar a la oración oficial el lugar preeminente que debe ocupar en la vida cristiana.

Sin embargo, la Iglesia sin dejar de reconocer la libertad interior de que gozan las almas, permitiéndoles orar del modo y manera que más les convenga, no ha abandonado los actos del culto a la fantasía individual.

Cristo instituyó los Sacramentos y sus ritos esenciales, pero dejó a la Iglesia el cuidado de reglamentarlos o mejor dicho de organizar la oración oficial que es colectiva, revestida necesariamente de un elemento exterior y realizada por personas especialmente designadas; la **jerarquía** establecida por Cristo.

El fiel hijo de la Iglesia debe reconocerle este derecho, someterse a él dócilmente, aceptar de su mano como de la mano de una madre sabia y prudente esos ritos y esas fórmulas, tratarlos con soberano respeto, penetrarse de su profundo significado y unirse de corazón a ellos. (Vid. Olgiati op. cit.).

Como se ve después de lo dicho, la piedad litúrgica se inspira constantemente en la oración misma de la Iglesia. Aquel que por medio de un contacto continuo con esas oraciones penetra en su sentido, las hace alimento de su devoción y regla de su conducta, encontrará en ellas la realización de las más legítimas y nobles aspiraciones de su alma y sobre todo un medio eficaz para progresar rápida y seguramente en la virtud.

Siendo, en efecto, la piedad litúrgica, la devoción oficial de la Iglesia, su práctica constituye la expresión más sincera de nuestra fe religiosa. Por ella expresamos al Eterno Padre el homenaje de nuestra adoración y alabanza, en ella proclamamos a Jesucristo como único Mediador y fuente de todas las gracias, por ella reconocemos el poder santificador del Espíritu Santo y recordamos que esa comunicación de vida divina se realiza

por el medio auténtico y único escogido por Cristo: la Iglesia Católica Nuestra Madre.

II).—La Liturgia nos hace orar con Cristo.

La piedad litúrgica no es una fría recitación de fórmulas de oración eclesiástica sino un principio eficaz de unión con Cristo que por medio de la Iglesia continúa en el tiempo su oración. La Iglesia, por tanto, al orar no hace sino traducir en palabras los sentimientos que su divino Esposo le sugiere, razón por la cual la plegaria litúrgica es oración **con Cristo** y el que activamente toma parte en ella participa de los pensamientos y sentimientos de Jesús.

Dice un notable escritor español, el Cardenal Gomá: "en su sentido más íntimo la piedad no es más que la vida de Jesús en el cristiano. Jesús es el Emmanuel, Dios con nosotros; nuestra religión es piedad porque nuestro Dios es hombre como nosotros cuya benignidad y humildad apareció entre los hombres y que íntimamente trató con los hombres. La convivencia de Jesús con los apóstoles, la tierna amistad de Cristo con las almas sencillas de los discípulos tal como aparece en las páginas del Evangelio, nos dan el tipo de la piedad cristiana, así aparece también en las vidas de los santos: es el Rabboni de la Magdalena, el Resucitado que obliga a Tomás a meter su mano en la abertura del costado, es el Cristo que vive en San Pablo; el de los estigmas de S. Francisco, el de Teresa, Gertrudis y Margarita María. Esta vida de intimidad con Jesús es ley de la piedad cristiana; lo es primeramente de la oración; donde quiera se junten dos o tres a orar en mi nombre, yo estaré junto a ellos; lo es del Sacrificio; "haced esto en mi memoria", la Eucaristía es el Sacramento por excelencia de la intimidad con Jesús "el que comiere mi carne y be-

biere mi sangre, está en Mí y Yo en él" (8). La vida sobrenatural se llama cristiana a causa del rol esencial que Cristo desempeña en ella, ya que la participación a la vida divina que la Trinidad Santísima nos confiere se realiza justamente por los méritos y satisfacciones alcanzados por Nuestro Señor Jesucristo.

Rol de Jesucristo en la vida espiritual.

Conviene esclarecer algo más este punto tan olvidado hoy día y cuyo desconocimiento ha traído tan grandes males a las almas; lo haremos brevemente siguiendo la doctrina del gran maestro de vida cristiana, San Pablo.

"Es en Cristo donde Dios nos ha elegido antes de la creación del mundo para ser santos y sin mancha en su presencia por la caridad; habiéndonos predestinado a ser hijos suyos por Jesucristo a gloria suya por un puro efecto de su buena voluntad, a fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos a sus ojos **en su Hijo** muy amado" (9). Tal es el plan divino sobre nosotros. Según el pensamiento de San Pablo ese plan puede reducirse a estas grandes líneas que forman su estructura: a) Dios quiere comunicarnos su propia santidad; "Dios nos ha escogido para ser santos e inmaculados"; b) esta santidad consiste en una vida de hijos adoptivos, vida de la cual la gracia es el principio y el carácter sobrenatural: "Dios nos ha predestinado a ser sus hijos de adopción"; c) por último, este misterio inefable no se realiza sino **"por Cristo Jesús"**, en El se encuentra la fuente de toda perfección. Toda la santidad que Dios ha destinado a las almas la ha

(8) Gomá—El valor educativo de la liturgia católica.
(9) Ep. ad Ephesios-Cap. I v. 4-5.

depositado en la humanidad de Cristo; es por tanto en esa fuente donde debemos nosotros buscarla.

Jesucristo es la causa meritoria, ejemplar y vital de nuestra santificación ya que El nos ha alcanzado por sus méritos el derecho a la gracia y a la gloria, con sus ejemplos nos ha enseñado el modo de santificarnos y constituído como cabeza del cuerpo místico derrama en sus miembros la plenitud de vida divina que en El reside. San Cipriano en su obra "De idolorum vanitate", (de la vanidad de los ídolos) resume admirablemente estas verdades. "Con Cristo hacemos el camino marchando tras sus huellas, Cristo es nuestro guía y la antorcha ardiente que ilumina nuestros senderos, el autor de nuestra salvación que nos conduce al cielo, hacia el Padre, y promete el triunfo a aquellos que lo buscan en la fe. Lo que actualmente es El en la gloria lo seremos nosotros un día, si por la imitación fiel de sus ejemplos nos hacemos verdaderos cristianos o sea otros Cristos" (Véase "El Cristo vida del alma" por D. Columba Marmión).

Causa satisfactoria y meritoria.

Al decir que Jesús es causa meritoria y satisfactoria de nuestra vida espiritual, indicamos que Cristo es para nosotros fuente de gracia ya que con su vida, pasión y muerte ha pagado nuestras deudas a la divina justicia y ha merecido todas las gracias que en el curso de nuestra vida nos aplica por medio de su Iglesia.

La justicia de Dios ofendida por el pecado exigía una reparación adecuada ofrecida por un representante legítimo de la humanidad. En su infinita misericordia "propter nimiam charitatem", Dios que había previsto desde toda eternidad la caída del hombre le prepara un Redentor en la persona de su Hijo unigénito, y cuando

"la plenitud de los tiempos hubo llegado", envía al Salvador que debe rescatar la creación, destruir el pecado y reconciliar a los hombres con su Dios. "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Este Verbo encarnado es Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Cada uno de los actos por El realizados tienen un valor infinito porque son las acciones de un Dios. Uno solo de ellos, un suspiro, una lágrima, una gota de su sangre preciosa eran suficientes para reparar todos los pecados del mundo. La vida de Jesucristo en la tierra fué una serie no interrumpida de actos de reparación que culminaron en la oblación sublime del Calvario para que "ahí donde abundó el delito superabundará la gracia" (10). Por estos actos, Jesús ha reparado la majestad divina ofendida por el hombre y merecido para nosotros todas las gracias de perdón, salvación y justificación; "porque ha consumado la obra de su mediación, Cristo se ha hecho para todos los que le siguen la causa meritoria de la salvación eterna", escribe San Pablo a los Hebreos (11).

Las conclusiones que de esta verdad se desprenden son preciosas para el alma cristiana. En primer lugar nos enseña la confianza ilimitada que debemos tener en los méritos de Jesucristo, "no hay condenación para los que quieren vivir unidos a Cristo Jesús" (12). "En El hemos sido enriquecidos, para que ninguna gracia nos falte" (13) y si con sus palabras y su ejemplo nos llama a las alturas de la perfección cristiana, es justamente porque quiere que estos tesoros que ha comunicado a la humanidad no permanezcan estériles y pueda el alma alentada por sus méritos infinitos y nutrida con las

(10) Rom. V—20.
(11) Hebr. V—9.
(12) Rom. VIII-1.
(13) I. Cor. I—6—7.

riquezas que se encierran en su corazón divino escalar las cimas de la santidad. Todas las gracias que para alcanzar nuestro fin sobrenatural necesitamos nos han sido merecidas por Jesucristo y los sacramentos que El mismo ha instituído para conferirnos esas gracias tienen su eficacia en los méritos infinitos de su vida y pasión.

Jesús, aún más, nos ha alcanzado la gracia de poder satisfacér y merecer, asociándonos de este modo a su obra redentora. Si El es el artífice de nuestra santificación, quiere también que nosotros seamos los obreros, que tomemos nuestra parte en la obra redentora de su pasión y colaboremos a la salvación de nuestros hermanos. De este modo todos los actos de la vida cristiana unidos a los sufrimientos de Cristo se ennoblecen y se hacen fecundos para bien de nuestras almas y de la Iglesia, que por la sublime comunión de los santos hace circular por todos los miembros de su místico cuerpo la gracia que nuestras acciones han obtenido al unirlas a Cristo.

San Juan en su Apocalipsis nos hace oir el cántico que los bienaventurados entonan en el cielo en honor de Aquél por cuyos méritos han adquirido la gloria: "Tú nos has rescatado por tu sangre preciosa; gracias a Ti, a tu pasión, a tu sacrificio en la Cruz, a tus satisfacciones y méritos hemos sido salvados de la muerte y de la eterna condenación, ¡oh Cristo Jesús, Cordero inmolado, a Ti alabanza, honor gloria y bendición por siempre jamás: "Sedenti in throno et Agno, benedictio, et honor, et gloria, et potestas in saecula saeculorum" (14).

(14) Apoc. V—11 sq.

Causa ejemplar.—Jesús modelo perfecto.

Jesús no ha sido tan sólo el reparador que ha satisfecho a la justicia divina por nuestras faltas y nos ha merecido las gracias que producen y alimentan nuestra vida sobrenatural. El ha querido ser también el divino modelo que en su persona y en sus obras nos enseñara a vivir la verdadera vida de hijos adoptivos de Dios: "Cristo nos ha dejado su ejemplo, dice el apóstol S. Pedro (15), para que marchemos tras sus huellas". "El es el camino", quien lo sigue no anda en tinieblas sino que llegará a la luz de la vida (16). El Eterno Padre hace resonar su voz omnipotente para glorificar a su "Hijo muy amado en quien ha puesto sus complacencias" y para señalarlo como modelo único de perfección, "Ipsum audite", Oídlo a El.

La vida cristiana es una imitación de las virtudes de Cristo; tal es el plan divino sobre nosotros, "predestinavit nos conformes fieri imaginis Filii sui", nos ha predestinado a ser semejantes a la imagen de su Hijo (17). El Evangelio no es otra cosa que el relato de los hechos y actos de Jesucristo puestos a nuestra imitación, y el cristianismo una escuela de imitación a Jesucristo, de tal modo, que S. Pablo resume en esto todos los deberes del cristiano "sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo" (18).

Dios al llamarnos a la vida sobrenatural, al hacernos sus hijos, "consortes de su divina naturaleza", herederos inmortales de su gloria, debía darnos al mismo Dios como modelo para realizar ese sublime ideal de

(15) I Petr. II—12.
(16) Joan XIV—6.
(17) Rom. VIII—29.
(18) I Cor. IV—16.

perfección. Pero a Dios nadie lo ha visto; como dice S. Pablo "habita una luz inaccesible", los ojos del hombre son demasiado débiles para penetrar en ella, Dios se nos muestra en su Hijo "que es el esplendor de su gloria" (19) "la imagen de Dios invisible" (20), la revelación del Padre. "Tanto tiempo que estoy con vosotros ¿y aún no me conocéis?—dice Jesús a Felipe que le pide les muestre al Padre: Qui me videt, videt et Patrem: El que me ve, ve a mi Padre (21).

Modelo perfecto en sus obras y en sus disposiciones interiores, Jesús se presenta como el tipo acabado de la santidad, y las almas heroicas de todos los siglos no tendrán otro ideal que el de su persona divina ni otro código que su Evangelio, ni otro amor que el de su Corazón santísimo.

La perfección de Cristo no lo hace, sin embargo, un modelo menos imitable. Al tomar nuestra humanídad cargó nuestras miserias y a excepción del pecado, "debuit per omnia fratribus similari" quiso ser en todo semejante a sus hermanos (22) —ut misericors fieret— para que su amor fuese lleno de misericordia.

La pobreza de Belén, la oscuridad de Nazareth, las fatigas de su vida pública, las ignominias y dolores de la Pasión, la gloria triunfante de la Resurrección, mostraron al Modelo divino santificando todas las acciones y estados de la vida. Como nosotros sintió la sed y la fatiga, la amargura y el llanto, la tristeza y el temor. El desierto fué testigo de sus luchas con el "enemigo del hombre" y el pozo de Jacob vió la fatiga del que es

(19) Hebr. I, 3.
(20) Col. I, 15.
(21) Joan XVI, 8.
(22) Hebr. IV. 17.

la fuerza de Dios, "fatigatur virtus Dei" (23). Los muros de Jerusalem recibieron sus lágrimas y los olivos de Gethsemaní vieron estremecerse al Hijo del Altísimo por la desolación y el pavor. La Cruz oyó su grito de angustia, contempló la sed del que era el agua viva, sintió los estremecimientos de la agonía y vió inclinar la cabeza y entregar el alma a Aquel que era la Vida.

Es justamente esa mezcla admirable de la más alta perfección divina con las miserias de nuestra vida terrestre la que hace llena de atracción la figura de Cristo la que lo acerca a nosotros sin perder nada de su santidad admirable, la que levanta nuestro espíritu y nos recuerda que "como Dios, Cristo es la patria hacia donde caminamos, como Hombre el camino por el cual hacia ella llegamos" (24).

¡Oh, si Cristo fuese el modelo ideal que animase todas las acciones de nuestra vida, si su figura adorable fuese el modelo que constantemente tuviéramos ante nuestra vista, si como Pablo "nuestro vivir y nuestra única ciencia fuera Cristo", cómo se dilatarían nuestros corazones y "correrían por el camino de los mandamientos de Dios"! (25).

Hay muchas almas que comienzan con generosidad la vida espiritual pero al poco tiempo se pierden en multitud de insignificantes detalles, complican su espíritu y al fin o se cansan de la vida piadosa o permanecen en estado de mediocridad espiritual. La causa no es otra que el haber olvidado que la santidad no hay que buscarla en nosotros mismos sino en Cristo, que es inútil, cuando no perjudicial, el mirar únicamente a nuestra alma sin tener al mismo tiempo fija nuestra

(23) S. August—tract in Joan XV.
(24) S. August. Vol. 123 C. 3.
(25) Ps. 118.

vista en el modelo de toda perfección, que de nada sirve el trabajo por edificar una vida interior que no ha sido cimentada en Jesucristo.

Uno de los más grandes maestros de vida espiritual de los tiempos modernos, Don Columba Marmion escribe a este respecto: "Nos explicamos por esta razón (haber orientado su vida hacia Cristo) el cambio que a veces se opera en ciertas almas. Durante muchos años han vivido estrechamente, a veces deprimidas, casi nunca contentas, encontrando sin cesar nuevas dificultades en la vida espiritual. Después Dios les ha hecho, un día, la gracia de comprender que Cristo es todo para nosotros, que El es el Alfa y el Omega, que fuera de El nada tenemos y en El lo poseemos todo. A partir de ese instante, todo ha sido hallado, y cambiado para esas almas; sus dificultades se han desvanecido como las sombras de la noche ante el sol naciente. Desde que nuestro Señor, el verdadero Sol de nuestra vida, "Sol justitiae" (26), ilumina plenamente a esas almas, las fecunda; ellas se desarrollan, crecen y producen abundantes frutos de santidad".

Jesús Causa vital.—Cabeza del cuerpo místico.

Jesús es el modelo de nuestra vida espiritual, pero no un modelo inerte, sino un principio de vida que obra en nuestra alma para transformarnos en El. Toda la vida espiritual se encuentra en Jesucristo, por eso El dijo que había venido para que tuviésemos la vida divina y la tuviésemos en abundancia" (27) y San Juan en su epístola primera escribe: "Qui habet Filium habet vitam; qui non habet Filium, vitam non habet". El que

(26) Malah. IV—2.
(27) Joan X-10.

está unido al Hijo posee la vida, el que no está unido al Hijo no posee la vida (28).

La doctrina del cuerpo msítico, idea central que domina la teología de San Pablo, explica en forma admirable la influencia vital de Cristo en nuestra alma. La Liturgia puede decirse que es la actuación de ese dogma, razón por la cual nos detendremos brevemente a exponerlo.

"El cuerpo místico de Cristo, escribe un conocido teólogo de nuestros días, Angers, es esta realidad una y viviente, nacida de la Redención obrada por el Verbo Encarnado, es la sociedad que forman Cristo y la Iglesia, el uno siendo la Cabeza, la otra el Cuerpo; el uno siendo el Esposo, la otra la Esposa".—Totus Christus caput et corpus est; caput Unigenitus Dei Filius, et corpus ejus Ecclesia; sponsus et sponsa, duo in carne una".—S. Agust. De unitate Ecclesia, cap. 4, t. 43, colé, 395. (Angers, La doctrine du Corps mystique du Jesus Christ).

Todos los cristianos han sido llamados a vivir la vida de Cristo, y esto lo realiza el mismo Cristo incorporándonos a su cuerpo místico. No se trata aquí del Cuerpo físico de Jesús, sino de aquel otro que El constituye a través de los siglos; la Iglesia, continuación viviente de su obra.

"La Iglesia, como escribe Angers en la obra citada, es Cristo perpetuándose a través de los siglos, continuando en sus miembros, su vida y las diversas fases de su existencia, manifestando siempre las mismas virtudes, pasando por el mundo haciendo el bien llamando hacia El a todos los pueblos como el único Salvador de los hombres; encontrando también en esa larga peregrinación en el lugar del destierro las mismas oposiciones de an-

(28) I. Joan V, 12.

tes, las mismas persecuciones, los mismos odios, conociendo siempre en algunos de sus miembros las agonías mortales los días de sacrificio y de inmolación para revivir más tarde en todos la gloria de la resurrección y de la ascensión a los cielos" (29).

La Iglesia, como Santo Tomás exacta y comprensivamente la define, es el Cuerpo místico de Cristo (3, P. Q. 8, art. 3).

"Esta doctrina, escribe Tanquerey, se encuentra ya substancialmente en la palabra de Nuestro Señor Jesucristo: "Ego sum vitis, vos palmites" (30). "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos". Afirma en efecto que nosotros recibimos nuestra vida de El como las ramas de la vid la reciben del tronco al cual están unidas; comparación que hace resaltar la comunidad de vida que existe entre Nuestro Señor y nosotros; de ahí es fácil pasar a la concepción del Cuerpo místico donde Jesús como cabeza, trasmite la vida a sus miembros. San Pablo es quien más insiste sobre esta doctrina tan fecunda en resultados. Para dar una ligera explicación de ella resumiremos las principales ideas desarrolladas por el conocido teólogo sulpiciano más arriba citado.

En un cuerpo, dice éste, son necesarios una cabeza, un alma y miembros; siguiendo la doctrina del Apóstol describiremos estos tres elementos que nos harán apreciar mejor el rol de Cristo en nuestra vida espiritual.

En el cuerpo humano la cabeza ejerce un triple rol; de preeminencia, de unidad y de influjo vital; tal es igualmente el que Jesús desempeña en la Iglesia y en las almas. A). **De preeminencia,** pues como Hombre-Dios es la primera de todas las criaturas, el modelo de todas las virtudes, la causa de nuestra santificación. An-

(29) Angers. O. C. p. 418.
(30) Joan XV-5.

te El "toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y los infiernos"; en cumplimiento de este rol de preeminencia gobierna a la Iglesia con maravillosa sabiduría conduciendo los miembros de ella a su fin. Podemos estar seguros de que Jesús cuidará de nosotros, pues, como dice un célebre teólogo, "¿qué cosa hay para la cabeza de más personal que su cuerpo?, para Cristo el olvidar sus miembros sería olvidarse él mismo". Quid est autem domesticum magis ac proprium capiti quam corpus suum; immo quam est ipsum sibi? (31).

B). Como cabeza del cuerpo místico, Jesús ejerce en nuestras almas y en la Iglesia un rol de **unificación**.—"La piedad, ha escrito un moderno autor (32), no es una juxtaposición enervante de recomendaciones, sino que se reduce a la unidad fecunda de un solo principio. Nuestra síntesis, nuestra simplificación debe ser Jesucristo". Dentro del variado organismo de la jerarquía Jesús es el centro de unidad, que como jefe invisible imprime a los jefes jerárquicos la dirección y el movimiento. El realiza la unión estrecha con sus miembros y de estos entre sí para formar ese admirable organismo que se llama el cuerpo místico, la Iglesia de Jesucristo.

C) Por último como cabeza del cuerpo místico es el **principio vital** de donde viene a los miembros la vida. En el cuerpo humano es la cabeza la que comunica el movimiento a los miembros y donde se encuentran centralizados los sentidos, como expresamente declara Santo Tomás (33).

Así también como cabeza del cuerpo místico, Jesús es el principio y la causa de donde provienen todas las gracias que los miembros reciben. Toda la vida sobre-

(31) Petavius..
(32) Hoornaert.
(33) 3. P. 9. 8 art. 1.

natural se nos comunica por la sagrada Humanidad de Cristo. "Lo vimos lleno de gracia y de verdad... y de su plenitud todos hemos recibido", dice el apóstol San Juan (34). Lo que el Concilio de Trento confirma declarando: "Cum enim ille ipse Christus Jesus tamquam caput in membra... in ipsos justificatos jugiter virtutem influat" (35).

Ese místico cuerpo posee un alma que es el Espíritu Santo, pues como expresamente declara SS. León XIII siguiendo las enseñanzas de S. Agustín "así como Cristo es la cabeza de la Iglesia, así el Espíritu Santo es su alma" (36).

El Espíritu Santo habita en nosotros, y según S. Pablo enseña, nuestros cuerpos son su templo (37). El realiza en nosotros operaciones divinas: nos santifica, nos hace vivir la vida de justicia y derrama en nuestras almas la caridad. En comunidad con Cristo obra la adopción divina y con sus dones nos conduce y une íntimamente con Dios.

La Iglesia en su Liturgia lo llama el Espíritu que vivifica. "Credo in Spiritum Sanctum vivificantem". (Symb. Nic.).

Nunca se lamentará suficientemente el olvido que existe actualmente entre gran número de cristianos de las verdades que se refieren a la Tercera Persona de la Trinidad Santísima.

Muchos quizás podrían repetir lo que decían a S. Pablo los de Efeso: "Ni siquiera hemos oído que exista ese Espíritu". Con razón el Cardenal Manning pudo escribir la siguiente frase que debería hacernos meditar:

---

(34) Joan (I-14-16).
(35) Sess VI-ch-VIII.
(36) Encl. 9-V-1897.
(37) I Cor VI-19.

"He pensado largamente que la secreta pero real causa de la llamada Reforma fué que el rol del Espíritu Santo se había oscurecido grandemente en la creencia popular". (Citado por Mc Sorley C. S. P. en un interesante folleto "Devotion to the Holy Spirit").

Esta acción del Espíritu Santo en ningún modo atenúa la de Cristo, antes bien la completa, pues al decir de Angers en la obra citada más arriba, "no sólo la acción del Espíritu Santo no suprime en nosotros la de Cristo, no sólo el Espíritu Santo no nos es dado sino por Cristo y en Cristo, Verbo hecho carne, sino aún el Espíritu Santo mismo procede del Hijo que ha asumido la naturaleza humana, como El procede del Padre. El es enviado por el Hijo, las luces que derrama, las verdades que revela son las luces y las verdades del Hijo que con el Padre es el principio del Espíritu, si El hace de nosotros los hijos de Dios es por ser el Espíritu del Hijo de Dios; si nos hace hijos adoptivos de Dios es asimilándonos al Hijo de Dios por naturaleza. Ahora bien, ese Hijo por naturaleza de Dios ha llegado a ser por la Encarnación el Cristo, nuestro jefe, y de este modo el Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo, Hijo de Dios por naturaleza. Así es su Espíritu el que Jesús nos da; y por este título se concibe perfectamente que se atribuyan tanto a Cristo cuanto al Espíritu Santo, las maravillas de la vida de Dios en nosotros. Según la enérgica expresión de S. Cirilo de Alejandría. "El Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo, está en Cristo, y es dado por Cristo. Ha sido dado para obrar la fusión de los hombres entre ellos y de los hombres con Dios. Verdaderamente Cristo es la fuente cuya plenitud derrama sobre nosotros todos los bienes".

Para terminar lo que se refiere al Cuerpo místico, diremos dos palabras de sus miembros.

Los bautizados son miembros de ese cuerpo, pues

como el Decreto a los Armenios explica, "per ipsum (baptismum) enim membra Christi ac de corpore efficimur Eclesiae"; por el bautismo somos hechos miembros de Cristo e incorporados a su Iglesia (Denz. 696). Los justos son miembros de Cristo por la gracia habitual, los pecadores por la fe y la esperanza, los bienaventurados por la visión beatífica. Los infieles, aunque no pertenecen al Cuerpo místico, están, sin embargo, llamados a pertenecer; tan sólo están excluídos los condenados.

Las consecuencias que de este dogma se siguen son de tal importancia, que con razón puede decirse que la doctrina del Cuerpo místico es algo central en la teología a la que da unidad y vida. La Comunión de los santos esa misteriosa comunicación que une las almas del cielo, las del purgatorio y de la tierra para hacerlas participantes de sus mutuas alegrías y dolores es el principal dogma de que se sigue de nuestra incorporación a Cristo. Por ellas las oraciones de uno aprovechan a aquellos de nuestros hermanos por quienes las aplicamos, y aún más nos permite reparar y satisfacer por las faltas ajenas. Estas mismas relaciones de ayuda fraterna van igualmente de la tierra al purgatorio y al cielo. "Hay en el cuerpo místico la más maravillosa e incesante reciprocidad de buenos oficios: la tierra glorifica al cielo y paga las deudas de agradecimiento de los bienaventurados, ella satisface las penas del purgatorio, y a su vez, recibe por vía de intercesión gracias abundantes para cumplir aquí abajo su misión en unión con Cristo" (Angers, op. cit., p. 364).

La doctrina del Cuerpo místico nos hace apreciar en toda su extensión el valor social de la santidad; todo aumento de gracia en un alma repercute en el organismo de la Iglesia, pues, como escribía admirablemente Elisabeth Leseur, "tout ame qui s'éleve, éleve le mon-

de", toda alma que se eleva, eleva al mundo. El aumento de virtud en nuestra alma significa siempre aumento de gracias en nuestros hermanos; así se explica la irradiación maravillosa que han tenido en el mundo los santos. Quien ha penetrado en la doctrina del Cuerpo místico comprenderá mejor el lamentable error en que caen tantos cristianos de nuestro siglo que proclaman una acción con desmedro y desprecio de la vida intensa de oración.

La caridad cristiana encuentra igualmente en el dogma que hemos expuesto, su más sólida base. Si Jesús nos enseña que somos hermanos y solidarios los unos de los otros, si nos recuerda que lo que hacemos al más pequeño lo hacemos a El, si pone en la caridad su principal precepto y la señal distintiva del verdadero discípulo, es justamente por la unión que debe existir entre los miembros entre sí y entre la cabeza y los miembros.

Por último la reparación que todos los cristianos deben al Corazón de Jesús se funda en nuestra incorporación a Cristo, como elocuentemente lo enseña S. S. Pío XI en la Encíclica "Misserentissimus Redemptor".

Esta simple enumeración sirve para mostrar que no hay nada más fecundo que esta doctrina del Cuerpo místico de Cristo y que las almas recibirían inmensos beneficios conociéndola y viviéndola más profundamente.

*
* *

Hemos expuesto lo más brevemente que ha sido posible el rol de Jesucristo en nuestra vida espiritual; debemos por tanto señalar ahora cómo la vida litúrgica es el medio más apto para actuar ese rol de Cristo en nuestras almas ya que siendo Jesús la causa y modelo de nuestra vida espiritual, el origen y desarrollo de ésta

se encuentra en la unión con Jesucristo y por tanto una piedad será tanto más sólida y fecunda cuanto más cerca esté de Cristo fuente de toda gracia y bendición.

Esta compenetración de Jesús y el alma humana en ningún ejercicio de piedad se logra como en la participación **inteligente** y **activa** en los actos litúrgicos. Todos ellos están impregnados de Jesús: su espíritu lo llena todo: invocaciones, himnos, oraciones, etc.; su nombre santo resuena a cada paso como el título más eficaz para implorar las misericordias del Padre celestial. Jesús preside la asamblea cristiana en la Cruz que domina el altar, en la jerarquía que obra en su nombre y constituye una representación de su persona, en la Eucaristía por la cual se incorpora a las almas comunicándoles su vida, haciéndolas participantes de las gracias del Calvario; Jesús es el protagonista en toda función litúrgica: en la Misa es al mismo tiempo el Sacerote que sacrifica y la Víctima que se inmola; en los sacramentos es el autor, todos fueron instituídos por El, ministro principal aunque invisible "Petrus baptizat-Christus baptizat" (38); El es la fuente original de la gracia que por ellos fluye; la oración de la Iglesia es la oración de Cristo que por nosotros y en nosotros prolonga en el tiempo su plegaria. A través del año litúrgico, Jesús pasa renovando en las almas sus misterios adorables dejando sentir a la Iglesia el ritmo de su vida, la eficacia de sus ejemplos, la grandeza y santidad de su doctrina. "La figura radiante de Cristo, dice D. Cabrol (39), ilumina toda la liturgia. Es el gran Pontífice de la tierra, su abogado, su sacerdote, su intercesor; El es el intermediario, el gran mediador entre Dios y los hombres; por El es por quien se puede todo... En el in-

(38) S. August.

(39) Le livre de la priere antique.

menso jardín de la liturgia, Cristo es el centro de la encrucijada, todos sus caminos, todas sus avenidas convergen a El".

La restauración de la piedad cristiana, que debe dar a Cristo el lugar que le corresponde en la vida espiritual se realiza hoy día alrededor de estos grandes focos: la Eucaristía y la Liturgia, sin que esto signifique en modo alguno el afirmar que estos medios no se han ejercitado antes, sino tan sólo el que en nuestro tiempo tienen una importancia que antes no tenían. Como muy bien dice un escritor americano, el P. Weyland S. V. D.: "Dios ha dado en todos los tiempos a su Iglesia los medios apropiados para combatir los especiales peligros de cada época. La nuestra experimenta serias necesidades que eran desconocidas diez, veinte o cincuenta años atrás y que exigen nuevos remedios. Y los nuevos remedios dados por Dios son el movimiento Eucarístico, el movimiento Litúrgico y el movimiento de los Retiros espirituales".

(Ver. "Value of Lap Retreats", por Father Peter Weyland S. V. D.—Cincinnati 1930).

III).—La Liturgia nos hace vivir la vida cristiana.

Los puntos anteriores nos han mostrado aunque en modo superficial dos grandes frutos de la piedad litúrgica en los cuales reposa su eficacia: el de ser la piedad de la Iglesia y el medio más eficaz para vivir la vida de intimidad con Jesucristo; debemos añadir un tercero de no menor importancia y es el que la Liturgia santifica nuestra vida dando pleno valor y desarrollo a esa expresión desgraciadamente tan poco comprendida, la vida cristiana.

Uno de los más tristes males de nuestro tiempo, es sin duda, el divorcio que aparece en gran número de

cristianos entre sus costumbres y sus creencias. La regla de fe no constituye para muchos la regla de obrar. La religión no informa la vida de numerosos cristianos para quienes sus obligaciones religiosas se reducen a una corta visita al templo hecha más por rutina que por principio, y a unas cuantas oraciones recitadas sin tratar de comprender su significado, personas que creen u obran como si al lado de la puerta del templo muriera el cristiano para resucitar el pagano y en quienes existe una absoluta incomprensión de la vida sobrenatural a la cual han sido llamados por el santo Bautismo.

La causa de este mal no es otro sino el desconocimiento casi total de los tesoros que en nuestra fe católica se encierran, la falta de concepto cristiano de la vida que, como su nombre mismo lo indica, es la vida de Cristo en nuestras almas. Vida cristiana significa el pensar según las enseñanzas de Cristo, el obrar conforme a su moral, el hacer que cada uno de nuestros actos se dirija a la glorificación de Dios y nos traiga una mayor unión con El. Porque nuestro Cristo no es un Cristo de ensueño como algunos escritores y artistas modernos tratan de representarlo, sino "Camino, verdad y vida" y por tanto principio y fuerza de acción.

La Liturgia en sus diversas manifestaciones levanta el corazón humano recordándole sus inmortales destinos; sobre cada uno de los actos de nuestra vida pone la liturgia su sello para marcarlo con el signo de Cristo y haciéndole perder su carácter profano lo penetra del sobrenatural.

Diariamente.—Sobre el altar del sacrificio la Iglesia renueva cada día la obra de la Redención; la profecía de Malaquías "desde el oriente al occidente se ofrecerá al Señor una oblación pura" encuentra en la Santa Misa su perfecta realización, por ella el hombre ofrece a su Creador el homenaje perfecto de adoración y grati-

tud, por ella repara sus faltas e impetra del Señor las gracias necesarias, por ella nos identificamos con la Víctima divina y hacemos de nuestra vida una perpetua y perfecta oblación.

Alrededor del altar, el oficio divino establece un intercambio constante de bendiciones y alabanzas entre la tierra y el cielo haciendo resplandecer sobre cada una de las horas del día el Sacrificio ofrecido en la mañana. Es la "laus perennis" que en todo instante presenta a Dios las alabanzas, agradecimientos y súplicas del Cuerpo místico. San Benito la llama el "opus Dei" la obra de Dios y establece en su regla que "operi Dei nihil praeponatur" que nada se anteponga a la obra de Dios; por medio del oficio divino cumple la Iglesia la palabra del Salmista "septies in die laudem dixi tibi (40) siete veces al día he cantado tus alabanzas" y adelanta en cierto modo el cántico eterno que entonaremos en el cielo.

El año litúrgico nos presenta cada día en la Santa Misa y el Oficio un aspecto nuevo de la vida del Salvador haciendo revivir en medio de nosotros los grandes hechos evangélicos; diariamente nos hace participar en alguno de los misterios de Cristo o nos señala la gloria de sus santos para animarnos a imitar sus virtudes.

Desde las tinieblas de la noche hasta el ocaso del día, desde la aurora hasta el crepúsculo la liturgia santifica sus horas y minutos. ¡Feliz el alma que bebe constantemente en esa fuente y mediante la liturgia hace de cada uno de sus días una "jucunda decoraque laudatio" (41) una alegre y hermosa alabanza al Señor!

Anualmente.—A través del año, por medio de los diferentes tiempos litúrgicos: Adviento, Navidad, Sep-

(40) Ps. 118.

(41) Ps. 146.

tuagésima, Cuaresma, Pasión y Pentecostés la liturgia propone a nuestra admiración e imitación la adorable persona de Jesucristo en la preparación de su obra redentora, en su realización y en su prolongación por la Iglesia, y nos comunica las gracias especiales que en cada misterio ha merecido para que con su auxilio las reproduzcamos nosotros.

Desde el instante de la encarnación en que Jesús quedó realmente constituído como cabeza del Cuerpo místico, la inefable comunicación establecida entre El y sus miembros hace que en cierto modo los misterios de Cristo sean nuestros. El año litúrgico al presentarnos a través de su ciclo los principales hechos de la vida de Nuestro Señor nos ayuda poderosamente a realizar y a hacer nuestros sus misterios, constituyendo así la más universal y hermosa escuela de perfección y vida cristiana, pues, como escribe Dom Gueranguer: "El ciclo litúrgico llega a ser a la vez, la alegría de los pueblos, la luz de los doctos y el libro de los humildes" (42).

Desde el pecado de nuestros primeros padres origen de nuestra ruina y la promesa de un Redentor que la Septuagésima y la Fiesta de la Inmaculada Concepción respectivamente nos presentan hasta los suspiros y clamores de los patriarcas y profetas pidiendo que "las nubes dejen caer su rocío y nos lluevan al justo" que escuchamos en Adviento; desde las primeras sonrisas y lágrimas del Niño que Navidad nos trae hasta las sublimes doctrinas del Maestro en su vida pública que Septuagésima y Cuaresma nos recuerdan después de habernos hecho contemplar en la Circuncisión y Epifanía los misterios de la infancia del Salvador y en la fiesta de la Sagrada Familia los años silenciosos de la prepa-

(42) Dom Gueranguer—L'anée liturgique. L'Avent p. XVII.

ración en Nazareth, desde los días sombríos de la Pasión a los cuales la Cuaresma nos prepara hasta el "Exsultet" de la Resurrección y la gloria de la Ascensión que el misterio de Pentecostés viene a completar, todo en el año litúrgico hace que el cristiano se sumerja en esa atmósfera que su organismo sobrenatural necesita para vivir la vida de la gracia y reproducir en su alma la figura y las virtudes del Modelo sublime de Santidad, Jesús Nuestro Señor.

Estados de la vida.

No es tan sólo el día, la semana y el año lo que la liturgia sobrenaturaliza en nuestra vida, son también las diferentes circunstancias y estados los que santifica por medio de los Sacramentos.

Un niño nace y ya sobre su cuna se inclinan los brazos de su Madre la Iglesia que en el agua del Bautismo le da la vida de la gracia y lo incorpora a su seno. Misterio de muerte y vida, el bautismo haciéndonos participar a la muerte de Cristo sepulta en nosotros al hombre viejo dándonos al mismo tiempo un nuevo nacimiento por la incorporación a Cristo resucitado.

El sacramento de iniciación nos ha conferido la vida pero el alimento de esa misma vida nos lo da la Sagrada Eucaristía en la cual el cristiano participa más plenamente a los frutos de la Misa y del Calvario; gracias a ella Jesús vive en nosotros y nosotros vivimos por El.

Cuando ese joven debe entrar en la adolescencia, la Iglesia robustece la gracia bautismal por el Sacramento de la Confirmación que el obispo le confiere, marcándolo con el signo de los soldados de Cristo.

Si el bautizado ha perdido la blanca estola de la inocencia la Iglesia en la Confesión lo reconcilia, lavan-

do en la Sangre del Redentor sus manchas y pecados.

Cuando llega en la vida del hombre el momento de escoger un estado, la Iglesia o le confiere el sacerdocio o recibe su profesión religiosa o bendice su unión matrimonial.

Cuando la hora se aproxima, la Iglesia unge por la Extremaunción al hijo para el último combate, encomienda su alma al Creador con las preces de los moribundos, llama a los Angeles y santos para que "recibiendo su alma la ofrezcan en la presencia del Altísimo" y así salga de este mundo "en nombre de Dios Padre omnipotente que la creó, en nombre de Jesucristo que por ella murió, en nombre del Espíritu Santo que en ella habitó" (43). Aún después de la muerte continúa la Iglesia sus maternales cuidados, el alma recibe el sufragio del Oficio y Misas de Difuntos y los despojos mortales van a reposar en la tierrra bendita. Sobre ellos la cruz extiende sus brazos avivando la esperanza de la futura resurrección.

Así como la Iglesia santifica los diversos estados de la vida del Cristiano, así también comunica a los mismos sitios donde esa vida se desarrolla algo de sagrado. El poder sacerdotal por medio de múltiples sacramentales bendice los elementos materiales que rodean nuestra vida y haciéndolos perder su carácter profano los penetra de espíritu sobrenatural. Lugares y tiempos, individuos y habitaciones, elementos, años, días y horas, todo, hasta nuestro alimento y nuestro sueño queda bendecido por la liturgia haciendo de este modo que ellos desempeñen el verdadero rol de la criatura o sea el de medio para subir hasta Dios.

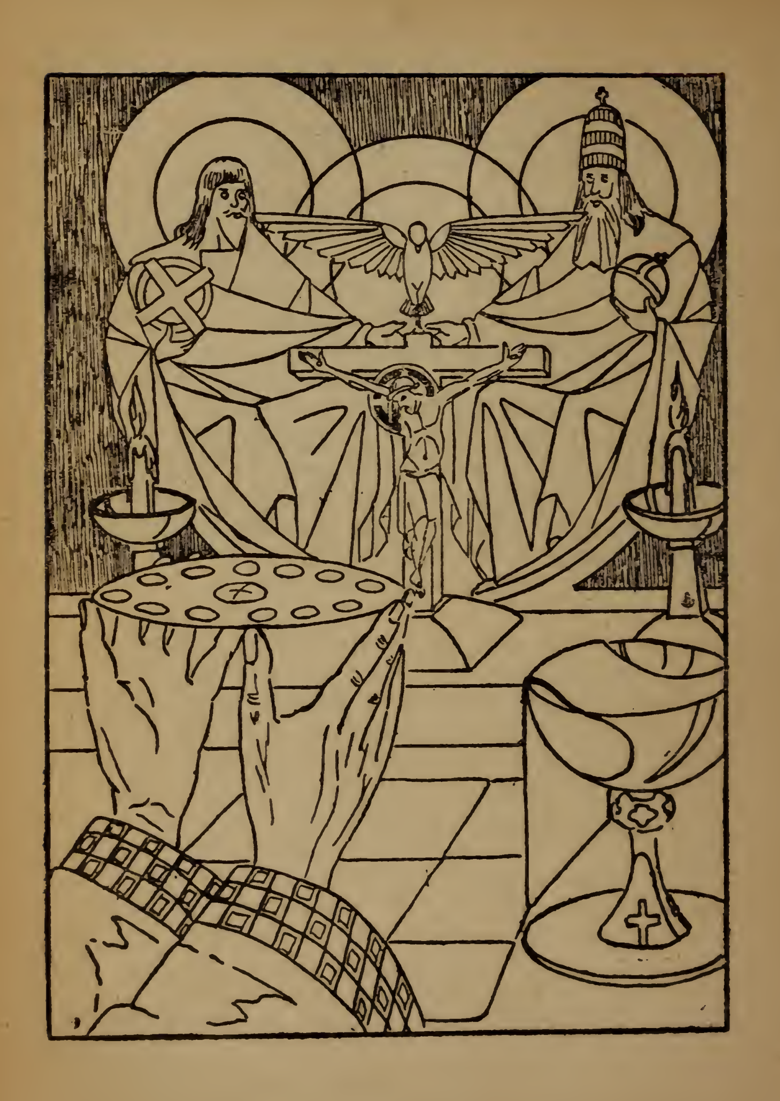
Si el **Ritual** no fuese para la mayoría de los fieles un libro sellado, se vería fácilmente cómo la liturgia

---

(43) Ordo conmendationis animae.

santifica todos los actos y circunstancias de la vida y con mayor fuerza se grabaría la verdad que la vida cristiana no se acaba en el umbral del templo. El templo es el sitio donde el alma va a alimentar sus energías para vivir con Cristo y según Cristo cumpliendo los deberes que el Señor le ha puesto en su estado.

La liturgia es por tanto un foco potente de vida sobrenatural, y en los actuales momentos, uno de los medios más eficaces para contrarrestar el espíritu pagano que rápidamente se infiltra en nuestros pensamientos y costumbres. Como un célebre escritor alemán decía: "La ignorancia de la liturgia es causa que tantas ocasiones de santificarse pasen desapercibidas y que en general el sobrenatural no desempeñe en nuestros pensamientos y sentimientos el rol que jugaba en la edad media católica". (Dr. Tippman Questions liturgiques—Louvain—1928).



CAPITULO II

PRACTICA DE LA PIEDAD LITURGICA

No basta estar íntimamente penetrado de una verdad, es necesario además vivirla; la religión cristiana es una religión de vida, ya que su fin no es otro que el de la formación de Cristo en nuestras almas o sea la comunicación al hombre de la vida divina.

La Liturgia con sus innumerables recursos que responden a todas las necesidades del hombre: intelectuales, afectivas, estéticas, etc., satisface plenamente esta finalidad de la vida cristiana, ella levanta al hombre con todas sus facultades para hacerle encontrar en Dios la vida superior que anhela. Siendo la liturgia el dogma vivido es algo eminentemente práctico en cuanto posee los medios propios y eficaces cuyo uso lleva infaliblemente a los fieles a la consecución de su fin sobrenatural.

Expondremos brevemente estos medios:

I) LA SANTA MISA

La vida cristiana, es un misterio de muerte y de vida; muerte al pecado y vida según el ideal sobrenatural dado por Dios. Tal es el ejemplo que nos ofrece la vida de Jesús y que el bautismo reproduce en nosotros, "traditus est propter delicta nostra et resurrexit prop-

ter justificationem nostram" (1); escribe San Pablo, "se entregó por nuestros delitos y resucitó por nuestra justificación".

La redención aunque obrada única y totalmente por Cristo se extiende y reproduce en el corazón de los fieles en virtud del vínculo estrecho que une a la cabeza con los miembros del Cuerpo místico; maravillosa solidaridad que nos hace participar de los dolores del Redentor así como participamos de sus méritos.

Los misterios de Cristo son tanto suyos como nuestros y por eso en Jesús sufrían, agonizaban, morían y resucitaban todos los hombres. Nuestras almas están íntimamente asociadas a la pasión, muerte y sacrificio de Jesús "hoc scientes quod vetus homo noster simul crucifixus est" sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con El (2), pues así como Jesús tomó nuestra naturaleza humana así también quiso hacernos participar del misterio que resume su vida y constituye el objeto capital de su misión: su sacrificio. Léanse las luminosas enseñanzas de S. León el Grande sobre esta materia. Serm. LXX y XXII.

Ahora bien, para asociarnos a su Sacrificio Jesús instituyó la Misa por medio de la cual lo renueva y perpetúa, "cada vez que comáis este pan y bebáis de este Cáliz, anunciaréis la muerte del Señor" (3). Es bien clara la enseñanza del Concilio de Trento: "En la noche de su pasión para dejar a la Iglesia, su esposa, un sacrificio que pudiese representar el sacrificio cruento ofrecido sobre la cruz y conservar su memoria hasta el fin de los tiempos... Jesucristo ofreció a Dios su Padre, declarándose Sacerdote eterno según el orden de

---

(1) Rom IV-25.
(2) Rom VI-5-6.
(3) Joa. XI-25.

Melquisedec, su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino" (4).

Por medio de la Misa se nos aplican los frutos de la inmolación de la Cruz y el alma participa plenamente de este sacrificio, cuyos efectos hace revivir, pues como dice una secreta del Misal (5) **quoties hujus hostiae conmemoratio celebratur opus nostrae salutis exercetur** "cada vez que celebramos la memoria de esta víctima se ejecuta la obra de nuestra redención".

El Augusto Sacrificio de la Misa es el centro de nuestra fe y debe también serlo el de toda piedad litúrgica verdadera. No hay medio más excelente para honrar a Dios y santificar las almas que la divina liturgia de la Misa y cuanto más íntimamente se toma parte en ella tanto mayores son los frutos que se obtienen. Nos detendremos algo en este punto central de la vida cristiana que puede con razón llamarse el foco de la piedad y cuyo desarrollo conduce al alma que totalmente penetra en ella, a las cumbres de la vida ascética y mística.

1) La parte de los fieles en el Santo Sacrificio.

Como acabamos de decir, Jesús instituyó la Santa Misa para perpetuar hasta el final de los siglos el sacrificio de la Cruz. Con este fin elige y marca a ciertos hombres con un sello divino para que sobre el altar renueven ese adorable misterio; son los **sacerdotes**, a quienes Cristo ha hecho participantes de su eterno y único Sacerdocio. En cada Misa El renueva por el ministerio de sus sacerdotes su sacrificio para que todos los fieles puedan participar de él.

---

(4) Sess XXII-Cap. VI.

(5) Dom. IX desp. de Pentecostés.

Pero esa participación no es un simple recuerdo histórico de lo que hace dos mil años sucedió en el Calvario; por la unión estrecha que existe entre Cristo y los cristianos, la Cabeza y los miembros, **los fieles toman parte realmente** en el Sacrificio del altar. Cuando Jesús renueva sobre el altar su sacrificio y ofrece por sí a la Trinidad Santísima el homenaje perfecto de adoración, todos los miembros que El por el bautismo ha incorporado a su místico Cuerpo participan de sus funciones sacerdotales y ofrecen en consecuencia con Cristo el Santo Sacrificio y son en cierto modo sacerdotes con Cristo.

"Evidentemente, dice Grimaud, los miembros que ofrecen todos con Cristo no tienen en la oblación el mismo rol que el Jefe, que naturalmente desempeña en ella, la función principal, ni que los sacerdotes que tienen el maravilloso poder de consagrar.

"Nosotros (los fieles) no cooperamos en la ofrenda sino a la medida de nuestra importancia en el Cuerpo místico, **pero cooperamos efectivamente en ella.** Cuando un acusado se arroja a los pies de su juez para ablandarlo, las rodillas del suplicante no tienen el mismo poder para pedir que sus manos, las manos el mismo que la boca, la boca el mismo que el corazón. Sin embargo todo su ser, pies, manos y cabeza concurren a hacer más elocuente su súplica.

"Igual cosa sucede en el Cristo-Místico (o sea Cristo unido a los fieles, sus miembros) glorificando e implorando a la Soberana Majestad. Es **todo El** quien ofrece, o sea El con todos sus miembros; es Cristo, Cabeza y Cuerpo místico, que rinde a la Trinidad Santísima el homenaje infinito. El poder de su súplica toma algo de cada uno de sus miembros que imploran con El. Por más pequeña que sea la acción de alguno de ellos, no deja, sin embargo, de concurrir al efecto total.

"La parte que nosotros tomamos en este homenaje, es pues, variable, proporcionada a la importancia relativa que cada uno ocupa en el "Cuerpo místico", y esta importancia, en sí misma, depende de una parte del rol que desempeñamos en la Santa Iglesia, y de otra parte de la cantidad de vida sobrenatural que existe en nosotros.

"Puesto que las funciones varían hasta el infinito dentro de la unidad de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, cada miembro, según sus dones espirituales y su grado de caridad—por la misma unión a la Cabeza—coopera más o menos en la oblación. Pero cualquiera que sea su acción, todo miembro vivo de Cristo **celebra** con Cristo.

"Cada fiel puede, con toda verdad decir **Mi Misa**, pues Cristo Jesús quiso que fuera nuestra desde el día que unió a sí a los fieles como miembros de su Cuerpo místico.

"¿Pensamos en estas maravillas, invisibles a nuestros ojos, pero reales, cuando nos acercamos al altar sobre el cual ofrecemos **con, en** y **por** Cristo el perfecto Sacrificio?

Si tuviéramos conciencia de ser por parte nuestra sacrificadores ¿no tendríamos al asistir a la Misa sentimientos de inmensa piedad?

¿No estaríamos poseídos del deseo de conocer mejor la santa Misa, sus ritos, sus oraciones, con toda su significación, a fin de poder ofrecer digna y plenamente nuestro sacrificio?" (6).

Las mismas oraciones y ritos de la Misa nos están recordando a cada instante esta participación de los fieles en el sacrificio; el "Dominus vobiscum" que antes de la colecta, secreta y postcomunio pronuncia el sacerdote

---

(6) Grimaud-Ma Messe.

es una advertencia hecha a los fieles para que se unan a sus intenciones, el gesto con que comienza estas mismas oraciones expresa la reunión que hace en una sola de todas las súplicas que en esos instantes se formulan, la elevación de las manos al "sursum corda" es un llamado antes de comenzar la parte más solemne del sacrificio para que todos los corazones se eleven juntos al Señor, y así cada uno de esos gestos sagrados tan ricos en simbolismo van recordando durante la Misa la parte activa que corresponde al pueblo en la oblación.

A excepción de las oraciones que el sacerdote recita antes de la Comunión todas las demás se encuentran en plural; "oremos" es la palabra de llamada e invitación. "Orad hermanos, dice el celebrante, ut meum ac vestrum sacrificum, para que mi sacrificio y el vuestro sea acepto al Señor", y así puedan nuestras voces suplicantes hechas una sola voz "una voce" unirse a la común alabanza que los Angeles del cielo tributan al "Cordero inmolado" que es digno de recibir la gloria y el honor".

Si nos trasladamos a esos siglos ricos de fe y caridad de la primitiva Iglesia, en los cuales la liturgia era el gran alimento de la piedad y de la vida cristiana, veremos en forma aún más patente esta participación activa de los fieles en el Santo Sacrificio y si estudiamos las obras de espiritualidad y las distintas manifestaciones de vida cristiana de esa época, veremos cuán íntimamente penetrados se encontraban los fieles de las verdades en las cuales reposa la participación al sacrificio. Las doctrinas del Cuerpo místico de Cristo y del sacerdocio de los fieles no eran privilegio de algunas almas escogidas sino el tesoro abierto de la liturgia a todos los cristianos para que ahí bebieran con alegría de las fuentes del Salvador.

La declaración de S. S. Pío X (que no es en modo

alguno la expresión de un deseo personal sino el ejercicio solemne de su función de Doctor y Maestro supremo) ha despertado en todo el mundo una corriente poderosa de vida litúrgica que ansía beber la piedad cristiana en las fuentes **tradicionales** de la Iglesia.

"Siendo nuestro más vivo deseo que el **verdadero espíritu cristiano** reflorezca en todas formas y se mantenga entre todos los fieles, es necesario proveer **ante todo** a la santidad y dignidad del templo donde los fieles se reúnen precisamente para encontrar ahí **ese espíritu en su fuente** PRIMERA E INDISPENSABLE a saber la PARTICIPACION ACTIVA en los misterios sacrosantos y en la oración pública y solemne de la Iglesia" (7).

La piedad que se forma en la vida litúrgica trata siempre de tomar la mayor participación posible en las oraciones públicas de la Iglesia por la recitación y canto de los textos litúrgicos especialmente el canto gregoriano que es su canto oficial basado en su más antigua tradición.

El Misal llega a ser de este modo el principal libro de piedad, él nos abre a nuestra vista la rica liturgia de la Iglesia formada a través de veinte siglos bajo el soplo vivificante del Espíritu Santo, nos hace orar no ya con fórmulas privadas fruto de la devoción individual, sino con la oración misma de la Iglesia cuya plegaria es el eco de la de Cristo y la expresión más elocuente de sus dogmas y doctrinas.

En la Misa el pueblo no es un simple espectador, ni solamente un testigo, es un **actor** interesado y responsable en este drama divino. Las oraciones no son fórmulas cabalísticas reservadas a los sacerdotes; la Iglesia **quiere**

---

(7) Motu Propio-22-XI-1903.

que se las conozca. El Misal da a los fieles el medio más simple de comprender la Misa y seguir sus oraciones.

2) Frutos espirituales que la participación en la Misa produce en los fieles.

Teniendo este trabajo un objeto limitado solamente a mostrar las relaciones entre la liturgia y la piedad sería extenderse demasiado y apartarse del fin principal el detenerse a señalar los diversos fines del Sacrificio, nos concretaremos únicamente a enumerar algunos de los frutos espirituales que la Misa produce en las almas.

Aunque el valor de la Misa es infinito, el alma no puede obtener sino efectos finitos ya que su capacidad es limitada; pero eso mismo abre entre nosotros inmensos horizontes mostrando un fruto que continuamente podemos aumentar.

Jesús al instituir el sacrificio de nuestros altares, que debe renovarse según la profecía de Malaquías "desde la salida del sol hasta el ocaso y en todo lugar", ponía a nuestro alcance el medio de aprovechar continuamente los beneficios de la Redención. Así nuestra unión con Cristo, la comunicación con nuestras almas de su vida divina aumenta con cada Misa a la cual asistimos y participamos y dilata, puede decirse, nuestra capacidad sobrenatural para ir creciendo cada vez más en Cristo "crescamus in Illo per omnia qui est caput Christus" (8).

El Santo Sacrificio no sólo produce un fruto general en la Iglesia, y un fruto especial que responde a la intención del celebrante, sino también produce un fruto

(8) Ephes. IV-15.

personal para los que participan en él. Brevemente enumeraremos esos frutos:

El primero es un aumento de caridad en el alma o sea de gracia santificante. Siendo la perfección cristiana un desarrollo de la caridad, como Sto. Tomás de Aquino elocuentemente enseña, se comprende fácilmente cuánta importancia tenga en nuestra vida espiritual la participación fervorosa y consciente en la Santa Misa en donde directamente se nos comunican los infinitos méritos adquiridos por Cristo en el Calvario.

Esa misma comunicación y aumento de gracia santificante trae por consecuencia inmediata el progreso en la virtud. El alma que en unión con Cristo hace su oblación en cada Misa que asiste, se une cada vez más a El por la fe, la esperanza y el amor; hace suyos los pensamientos y deseos del Maestro divino realizando aquello de S. Pablo "sentid en vosotros lo que siente Jesús" y crece en su corazón el deseo de practicar mejor todas las virtudes que el divino Modelo propone a su imitación.

La asistencia a la Misa atrae sobre el alma pecadora la misericordia de Dios, obteniendo, como el Concilio de Trento enseña (9), la gracia del arrepentimiento; de aquí la importancia de aplicar el Santo Sacrificio por la conversión de los pecadores y obtener de éstos su asistencia a la Misa.

Siendo la Santa Misa la renovación del sacrificio del Calvario y siendo Jesús el sacerdote y la víctima que ofrece y que se inmola, se comprenderá el infinito poder de intercesión que existe en ella. Ningún modo mejor para presentar al Señor nuestras súplicas que el hacerlas durante la Santa Misa siempre que nuestras peticiones sean hechas según el espíritu de Cristo o sea sub-

---

(9) Sess XXII-Cap. 2.

ordinando nuestra voluntad a la divina y nuestros pequeños intereses a la mayor gloria de Dios.

La liturgia de la Iglesia nos recuerda en la oración del IX Domingo después de Pentecostés cómo deben hacerse nuestras súplicas: "Señor, para que podáis concedernos lo que deseamos, hacednos pedir lo que os agrada".

¿Puede por algún título especial aumentarse el fruto de nuestra asistencia a Misa?

Sí; nos responde la enseñanza de la Iglesia y esto por diferentes títulos.

El que sirve la Misa por razón de su participación más íntima a los ritos con que se celebra y en cuanto representa a los fieles en ella, recibe un mayor fruto del santo Sacrificio.

Los que hacen aplicar la Misa por sus particulares intenciones perciben el fruto especial por el cual ella es celebrada. Conviene aquí decir dos palabras sobre los estipendios y donaciones, no tanto para refutar la blasfema y ridícula objeción de que la Iglesia negocia con las cosas espirituales, acusación nacida de una estupenda ignorancia y de una profunda mala fe, como para demostrar el significado real e histórico que esa ofrenda tiene.

En primer lugar conviene recordar que el estipendio no es un pago sino una ofrenda, pues a nadie, por débil que sea su fe, se le ocurrirá pensar que puede haber relación posible entre el acto más sublime de nuestra religión y una ínfima cantidad de dinero. Pero sobre todo esa ofrenda, sea la que se da a título de estipendio, sea la que se ofrece en la colecta que durante la Misa se realiza tiene por objeto recordarnos la participación en el Sacrificio. De hecho en la primitiva Iglesia en el momento del Ofertorio los fieles avanzaban hasta el altar llevando sus ofrendas, pan, vino, aceite, dinero, etc.; un subdiácono las recibía, apartaba algunos de esos

panes que servían para consagrarlos durante la Misa y el resto de éstos eran bendecidos y repartidos entre el pueblo, quien los llevaba como recuerdo a aquellos que no habían podido asistir; tal es el origen del pan bendito o "eulogias" como se llamaban en la liturgia primitiva. Los demás dones servían parte para el servicio del culto, parte para el sostenimiento de sus ministros.

Esta hermosa costumbre, que aún se conserva en la Misa de consagración de un obispo y en las solemnes Misas papales y cuyo abandono ha contribuído a hacer olvidar el rol activo de los fieles en el Santo Sacrificio, tiene una reminiscencia en la colecta en dinero que se hace durante la Misa. Si las almas se penetraran más de su alto significado, si vieran en ese pequeño sacrificio material que la Iglesia les aconseja el medio de sentir más vivamente el gran Sacrificio al cual asisten y en el cual participan, esa ofrenda hecha a veces por fines humanos u otras con el muy noble de ayudar a los gastos del culto, sería para ellos un medio de santificación que les ayudaría a vivir más íntimamente el Sacrificio de Cristo e inspirarían en él todos los actos de su vida cristiana.

Participan también más íntimamente los que en cualquiera forma ayudan a la celebración de la Misa. Así las personas que proveen el pan, el vino, y los cirios, las que han bordado o confeccionado los ornamentos y paños, tienen un título especial en la inmolación de Cristo.

Si miráramos más a la luz de la fe estas cosas, ¡cómo nos sentiríamos honrados de poder cooperar en cualquiera forma al acto sublime que regocija los cielos y hace caer a torrentes sobre la tierra las bendiciones de Dios!

3) **Preparación a la Misa.**

El acto supremo de la virtud de la religión al cual todos los demás directa o indirectamente se ordenan es el Santo Sacrificio de la Misa. De ahí brota como de fuente riquísima nuestra santificación como la misma Iglesia en su liturgia lo declara "ut sacrosanta mysteria in quibus **omnis santitatis fontem** constituisti, nos quoque in veritate sanctificent; que los santos misterios en los cuales has encerrado la fuente de toda santidad nos santifiquen en verdad" (10). La vida de Cristo sobre la tierra estuvo por entero orientada al sacrificio que se consumó en la Cruz: "No hay nada más grande en el mundo, dice Bossuet, que Jesucristo, no hay nada más grande en Jesucristo que su sacrificio, no hay nada más grande en su sacrificio que su último suspiro". La vida cristiana, que es participación a la de Cristo, también debe estar orientada hacia el altar que perpetúa y revive la obra de la Redención.

El cristiano que desea vivir su fe, debe por esta razón preparar su alma para el Santo Sacrificio. Fué escrito en el Eclesiastés, "antes de la oración prepara tu alma" (11); ¡con cuánta mayor razón cuando se trata de la oración más pura, santa y sublime!

Distinguiremos dos clases de preparación, la remota y la próxima.

Preparación remota

a) La primera y más esencial preparación es una vida verdaderamente cristiana. Si el acto central de la vida de Cristo fué su sacrificio y si la vida cristiana es

---

(10) Secreta de la Misa de S. Ignacio de Loyola-31 de Julio.

(11) Eccli-XVIII-23.

comunicación con la de Cristo, en el vivirla intensamente debe encontrarse su mejor preparación. "Vivid de tal manera—dicen San Ambrosio y San Agustín,— que podáis merecer cada día el ser admitidos a la Sagrada Mesa". La oración, y de un modo especial la litúrgica, debe ser la expresión de una fe que se posee y que se vive. De otro modo se cae fácilmente en el ritualismo externo o en el hueco sentimentalismo, los dos grandes escollos de la sólida y profunda piedad. ¡Qué hermosa y fecunda es la vida cristiana contemplada en la unidad sublime de su fin sobrenatural! Y lo que unifica esta vida, así como la de toda la colectividad cristiana, es el Santo Sacrificio de la Misa, la Sagrada Eucaristía, con razón llamada por S. Agustín "el sacramento de unidad" (12). Hacer de su día una preparación y una prolongación de la Misa ¿no es el mejor medio de hacer perfectamente cristiana una vida?

Cuántas almas que asisten diariamente a la Sta. Misa y sin embargo su vida espiritual se desliza en una triste mediocridad, ¿no será, porque sin comprender el significado de la acción que diariamente ejecutan, no unifican su vida alrededor del altar, no hacen de cada uno de sus actos una preparación al gran Acto litúrgico donde el hombre sube y Dios baja, donde el alma adora, agradece, suplica y repara, donde la sangre divina del Cordero se derrama "pro nostra et totius mundi salute, por nuestra salvación y la del mundo".

b) En segundo lugar, debe haber una **preparación doctrinal**; conocer la composición de la Misa, la historia de sus ritos y ceremonias, el profundo sentido de sus oraciones y enseñanzas. Es triste tener que confesarlo, pero la gran masa del pueblo cristiano desconoce casi por completo las maravillas sobrenaturales que en el Santo Sacrificio se contienen, y a causa de esta ignoran-

(12) S. Aug. Tract. 26 in Joan.

cia no da a la Sta. Misa en su vida espiritual, el lugar que lógicamente debiera ocupar. ¡Cuán de desear sería que la enseñanza catequística se orientara más hacia la Misa y tomara como base de la explicación de los dogmas el del Santo Sacrificio que los encierra todos! En vez de ese aprendizaje formulístico, que por experiencia sabemos cuán poco penetra en la inteligencia, ¿por qué no servirnos de la pedagogía sobrenatural de la Iglesia que es su liturgia?—Un ilustre escritor alemán, autor de célebres obras de catequesis, el Dr. Krieg, dice a este propósito lo siguiente: "Querer infiltrar la religión en el corazón del niño sin tenerlo en relación con el culto, fuente perenne de religiosidad, es quitarle a la fe su base, alejando al niño de la fuente de múltiple y contínua edificación. La liturgia personifica la fe y el espíritu de la Iglesia que manifiesta en el culto la propia conciencia religiosa, pensamientos y sentimientos, vida interior, con palabras, acciones y signos, o sea en forma sensible. Lex orandi, lex credendi. En la escuela de educación y de vida de la liturgia toda la vida espiritual del niño recibe los más variados y preciosos incitamentos" (13). Una fe ilustrada, es la mejor base para una piedad sólida; la oración que se alimenta en el dogma es fuerte, amplia, sublime como el dogma mismo.

c) La Santa Misa es un sacrificio; el sacrificio que la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, ofrece al Padre celestial; pero al mismo tiempo debe ser el sacrificio de cada uno de los miembros, que en unión con la Víctima divina hacen de su vida una perpetua y sublime oblación. "Yo os exhorto, hermanos, dice San Pablo, a ofrecer vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable a Dios; es el culto espiritual que le debéis" (14). La Misa exige por tanto, una **preparación ascética**, o sea

(13) Catechetica-trad. italiana pág. 161.

(14) Rom. XII-1.

el sacrificarnos con Cristo: "el sacrificio visible que se ofrece exteriormente a Dios, dice San Agustín, es el signo del sacrificio invisible por el cual uno se ofrece a sí mismo y lo que posee para honrar a Dios", y San Gregorio el Grande a su vez escribe: "Es necesario que cuando asistimos al Santo Sacrificio, muramos, en cierto modo, por la contrición de nuestro corazón, porque celebrando los misterios de la pasión del Señor, debemos imitar lo que hacemos. La Hostia no nos será, en efecto, favorable ante Dios si acaso no nos hacemos nosotros mismos hostias" (15). "Nuestro Redentor fué hostia, es necesario que nosotros seamos hostias con El, dice Hugo de San Víctor. Nosotros ofrecemos en la Iglesia el sacrificio de Jesús y debemos en nuestras casas y en todos los otros lugares ofrecerle el nuestro" (16).

Estos testimonios que representan la antigua y pura tradición de la Iglesia, nos muestran el valor ascético que tiene el sacrificio de la Misa y el trabajo ascético que su digna preparación exige. La vida cristiana, en efecto, debería ser considerada como una prolongación y preparación de la Misa: si por el cumplimiento de los sacrificios necesarios para conservar la gracia, por la aceptación plena de las cruces que el cielo nos envía, por las mortificaciones voluntarias que nos impusiéramos, nos hiciéramos verdaderas hostias ácimas sin levadura, dignas de ser presentadas al Señor, cuán bien podríamos ofrecernos juntos con la gran Hostia, "per Ipsum, et cum Ipso et in Ipso", para que nuestra vida fuera así un himno de adoración y de alabanza a la Trinidad Santísima.

La Iglesia expresa en su liturgia esa unión de los fieles al Sacrificio de Jesús, por la ceremonia de mezclar una gota de agua al vino que va a ofrecerse; como lo de-

(15) Dial. LIV.

(16) P. 3, 6, 6.

clara el Concilio de Trento, "hac mixtione ipsius populi fidelis cum capite Christo unio representatur, esta mezcla representa la unión del pueblo fiel con Cristo, su cabeza" (17).

¿Y de qué modo podemos unirnos a ese sacrificio de Jesús? Con un célebre autor espiritual del siglo XVII, Soufflier, responderemos: "Ese sacrificio que se nos pide, es el dolor que tenemos, sea en sufrir una aflicción que no podemos evitar, sea en privarnos de los placeres que nuestra inclinación desea y que la ley de Dios prohibe. Si queréis extender más lejos ese sacrificio encontraréis donde quiera víctimas que inmolar, levantarse temprano es sacrificar la pereza; emplear el día es sacrificar el ocio y la negligencia. Podéis, estando a la mesa, sacrificar la golosina, en la conversación el deseo de decir y de oír una infinidad de cosas inútiles. Podéis hacer tantos sacrificios a vuestros ojos impidiéndoles el ver objetos atrayentes que la curiosidad os invita a ver. Cuántos sacrificios haríamos con nuestra lengua si no le permitiéramos ni publicar nuestras alabanzas ni descubrir los defectos del prójimo. Era una de las prácticas más amadas por San Pablo, el considerarse como una hostia viva, que puede llamarse en continua muerte, pues se sacrificaba todos los días de diversos modos. Si para nosotros es una necesidad el morir, ¿podríamos escoger una muerte que sea ni más agradable a Dios ni más gloriosa para nosotros que la de acabar con nuestro último suspiro nuestro holocausto? Ofrezcamos por adelantado a Dios todas las gracias naturales que los años y las enfermedades nos quitarán. Sacrifiquemos a su Ser eterno nuestro ser que se destruye; hagamos que nuestra vida mortal rinda al sacrificarse un homenaje continuo a su inmortalidad". (18).

---

(17) Sess. I-XXII C. 7.

(18) Soufflier-Los frutos de las ceremonias, año 1654.

De este modo todos nuestros sacrificios unidos al augusto de la Misa y del Calvario se elevan, dignifican y adquieren su unidad sobrenatural. Así podemos con propiedad repetir la oración, con que la Iglesia en su liturgia, expresa esta idea que acabamos de exponer: "Propitius, Domine, quaesumus, haec dona sanctifica, et hostiae spiritualis oblatione sucepta, **nosmetipsos** tibi perfice munus aeternum", dígnate Señor, santificar estos dones y aceptando la ofrenda de esta hostia espiritual, haz de **nosotros mismos** una oblación eterna a vuestra gloria, por Cristo Nuestro Señor (Lunes de Pentecostés).

Preparación inmediata.

Nos referiremos solamente a las prácticas de mayor importancia, especialmente a la meditación, oraciones antes de la Misa, y Asperges de la Misa parroquial.

a) **La meditación**, o más propiamente, la oración mental es una conversación interior con Dios que no se manifiesta al exterior. "Dios es Espíritu, ha escrito San Juan, y aquellos que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad". (19).

La Santa Misa es el gran acto de adoración exterior que la Iglesia rinde por medio de Jesucristo a Dios; la actitud fundamental del cristiano al participar en ella debe ser también de adoración; pero para que ese sentimiento se manifieste en toda su verdad y sinceridad debe brotar del interior, de las profundidades del ser, de su inteligencia y de su voluntad. Es necesario prepararse debidamente en este espíritu y esto se realiza por medio de la meditación. ¿Existe una relación entre la oración mental y la liturgia, podrá preguntarse?

(19) Joan IV-24.

Cuánto más se penetra en la vida cristiana se percibe mejor la maravillosa unidad que liga todos sus elementos en líneas de admirable sencillez. Como muy justamente escribe Cecile Bruyére, en su fundamental obra: "La vie spirituelle et l'oraison": "establecer entre estas dos formas de la piedad católica un envidioso paralelo, aislarlas una de otra en una especie de rivalidad no trae ninguna ventaja; y nosotros vanamente buscamos cómo podrían entre ellas perjudicarse o excluirse. ¡Feliz quien une ambas en un común amor! Que la una y la otra permanezcan en su rango en la práctica y en la estima de los hijos de la Iglesia".

La oración mental encuentra en la liturgia su más sólida base; en efecto, al contacto con la oración oficial de la Iglesia, nuestra piedad personal, sin perder nada de lo nuestro que posee, se amplía y eleva estableciendo un contacto más íntimo con la jerarquía y los fieles. La liturgia, al mismo tiempo, sirve al alma para expresar los sentimientos producidos por la verdad contemplada en la oración en una lenguaje que es imposible humanamente encontrar y sobre todo la liturgia es una fuente inextinguible que alimenta y vivifica nuestra oración. La base de toda oración debe ser el dogma, sólo es buena la oración que nace de la verdad. "Es aquí justamente, dice Guardini, donde la liturgia es verdaderamente maestra. Ella da a la oración toda la amplitud del dogma. Ella no es otra cosa que la Verdad, la Verdad bajo el ropaje de la oración, verdad compuesta de estas verdades fundamentales: Dios en su inmensa bondad, plenitud y grandeza, Dios uno y trino; la creación por las manos de Dios; su Providencia, su omnipresencia — la falta, la justicia, el rescate — la Redención — el Redentor y su reino — las realidades supremas". (20).

---

(20) Guardini-L'Esprit de la Liturgie-trad. francesa.

¿Dónde encontraremos mejor ese conjunto de dogmas que al recorrer el ciclo litúrgico, meditando esos misterios que nos presenta, más aún, sacando de cada uno el fruto especial que Nuestro Señor ha querido unir a ellos?

Una vida de oración mental que sea el eco contínuo de la vida litúrgica, que cada año siga con fe, reverencia y amor los pasos de Cristo desde su Nacimiento a su Ascensión, posee un sólido fundamento sobrenatural y una eficacia incomparable.

Que el tema de meditación de cada día sea el misterio o la festividad que la Iglesia celebra, buscándolo especialmente en el Evangelio, Epístola ú otra parte de la Misa que corresponde ¿no sería realizar en nuestra vida espiritual esa unidad que vivifica y conduce directamente a Dios? El Misal debe ser nuestro mejor libro de meditación, así la oración privada y la pública se unen en un común espíritu de adoración y de amor; la liturgia da a la meditación la fuente de sus inspiraciones, la meditación a su vez prepara al alma para mejor penetrar en la oración litúrgica, llega a ser como, su eco continuo que conserva en nuestro corazón la voz de la Iglesia que ora. "Hay almas, dice Sauvé, que viven todo el día de las colectas u otras oraciones de la Iglesia, que han oído o recitado en la mañana, o del oficio que cantan o recitan. ¡Oh método simple y fecundo! Esas almas pasarán, como de un modo natural, de la liturgia de la tierra a la liturgia del cielo". (21).

b) El sacerdote además de la meditación se prepara a celebrar el Santo Sacrificio recitando el oficio divino, la parte más importante de esa preparación.

En su lugar correspondiente, hablaremos de la relación íntima existentes entre el Oficio y la Misa, bás-

---

(21) Letanías del Sgdo. Corazón-Elevación 31.

tenos por ahora, indicar cómo en los primeros siglos del cristianismo, los fieles juntos con el sacerdote se preparaban al santo sacrificio con la recitación en común de salmos, himnos y oraciones que ocupaban gran parte de la noche. De esa **Vigilia** o preparación nació el oficio.

En épocas de mayor fe y cultura religiosa cuando los fieles no tan sólo **"vivían en la Iglesia, sino vivían la Iglesia"** (R. Guardini), el oficio divino constituía una preparación necesaria al sacrificio. ¿Sería mucho ambicionar el que esa práctica renaciera, y que en vez de las sentimentales y huecas fórmulas de preparación de tantos manuales de piedad, los fieles se dispusieran a participar en el sacrificio, por la celebración del "sacrificium laudis", sacrificio de alabanzas, o sea la recitación del divino oficio,

Junto con la recitación del oficio, el sacerdote dice varias oraciones, himnos y letanías, que son como un resúmen del oficio y preparan el espíritu para celebrar con fervor la Santa Misa. Esas oraciones se encuentran al comienzo del Misal, los fieles que acostumbran usarlo, encontrarán ciertamente ahí un alimento precioso a su piedad y un excelente medio de preparación a la digna y fervorosa participación en el Sacrificio.

c) El Asperges de la Misa parroquial.

Antes de la Misa parroquial o de comunidad, el sacerdote hace cada Domingo la aspersión del agua bendita. Es esta una ceremonia cuyo origen se remonta a los primeros siglos de la Iglesia, y en la cual debemos distinguir dos partes principales: la bendición del agua y la aspersión propiamente dicha. La bendición del agua proviene de la devoción de los fieles de sacar un poco del agua de la pila bautismal los días de Pascua y Pentecostés, antes que ésta fuera mezclada con el santo

crisma y llevarla para bendecir sus casas y campos. No bastando esto a la piedad popular, fué necesario bendecir el agua todos los domingos antes de la Misa Mayor. La ceremonia está llena de un profundo significado espiritual y guarda una estrecha relación con la primera parte de la Misa que es una purificación del alma antes de ofrecer la hostia inmaculada. En efecto; el agua purifica, la sal preserva, ambas son exorcizadas para arrancar de ellas toda influencia del demonio y poder elevarlas a un uso santo. Los exorcismos y bendiciones del agua y de la sal son colocados por San Basilio en el número de las tradiciones apostólicas. Tertuliano y San Cipriano ya hablan de ellas. Al tratar de los sacramentales, hablaremos más extensamente del uso del agua bendita.

Después de bendecir el agua, se hace con ella la aspersión del altar, del sacerdote y del pueblo. Es un recuerdo más vivo de la pureza que deben tener el sacerdote que ofrece, el pueblo que participa y el altar sobre el cual se inmola la Víctima divina. El rezo del Miserere durante la aspersión viene a expresar en forma aún más clara los sentimientos de contrición que purifican el alma y la hacen digna de acercarse al Santo de los Santos.

4) **Asistencia a la Misa.**

La Misa, hemos dicho varias veces en el curso de este trabajo, es el sacrificio que el Cuerpo místico ofrece a Dios. La naturaleza humana, afirma el Concilio de Trento, pide un sacrificio visible. El Salvador se lo proporciona por su Iglesia, en el inefable misterio de su presencia real, bajo las apariencias del pan y del vino. (22). Jesús invisiblemente lo ofrece por medio

(22) Sess. XXII C. 1-Dz-938.

del sacerdote, ministro visible del sacrificio. El representa a la Iglesia, que por su jerarquía ofrece y se ofrece con las oraciones, sacrificios y trabajos de todos sus fieles. Todos participamos y somos, en cierto modo, sacerdotes en la mística oblación. Nuestro deber, es por la tanto, participar activamente en ella. No somos mudos espectadores de una escena, somos actores responsables en un drama divino. El sacrificio que en el altar se celebra es de Jesús y nuestro. La Misa a la cual asistimos es "nuestra Misa".

Tal es el gran principio que sirve de base a la participación activa de los fieles al adorable Sacrificio eucarístico.

Indicaremos los medios más importantes para desempeñar con plena conciencia ese rol tan noble y fecundo para la vida espiritual.

a) **El uso del Misal.**

S. S. Pío X, (d. s. m.), al hablar del acto central de nuestro culto, decía: "no rezéis en la Misa sino rezad la Misa", palabras que bien claro nos indican la importancia que para el alma tiene la unión a las oraciones mismas que la Iglesia por su sacerdote en ese instante recita. En realidad, el Misal contiene la oración, que la Iglesia en veinte siglos, bajo el soplo vivificador del Espíritu Santo, ha compuesto como la expresión más elocuente y profunda de su adoración a Dios. El es según la expresión del Cardenal Mercier "el guía seguro en donde la Iglesia, encargada del cuidado de nuestras almas, nos traza con solicitud maternal el itinerario que debemos seguir para llegar infaliblemente por Jesucristo hasta Dios". (Prefacio al Misal de Dom G. Lefebre) "y con cuyo manejo, escribe en otro sitio, el mismo Cardenal, llegarían todos los fieles bajo la dirección de sus sacerdotes a desviar-

se de estas insípidas, cuanto efímeras devociones de moda, templando su fe y su vitalidad en el manantial de la sana y fuerte piedad católica" (23).

Los devocionarios, o "libros de Misa", como vulgarmente se les llama, dan una idea general del Santo Sacrificio, pero no pueden enseñar la rica variedad de sus oraciones ni hacer resaltar la parte activa que los fieles tienen en la celebración de la Misa.

El Misal da a la piedad cristiana una sólida base dogmática, junto a una inmensa amplitud de pensamiento, ilustra la fe y forma lenta, pero seguramente las virtudes que orientan la vida. Su uso diario hace recorrer los misterios de la vida del Salvador y familiarizarse con la lectura de los Libros Santos, enseña a educar la sensibilidad y a expresarla en las fórmulas que proceden del Espíritu Santo, desprende del mezquino círculo de una piedad individualista y hace penetrar en el inmenso campo de la vida común de la Iglesia, en su oración oficial.

El uso del Misal, da sobre todo, el verdadero sentido sobrenatural de la Iglesia, mediadora entre Dios y los hombres, encargada de presentar ante su trono la oración y el sacrificio a nombre de la humanidad y a inclinarse hacia el hombre para comunicarle las gracias que ha recibido de su divino fundador.

¿No habrá que atribuír el olvido del sobrenatural que aflige nuestra época a esa ignorancia de la oración de la Iglesia, a ese desconocimiento total de lo que en el altar se dice y se ejecuta por el sacerdote? "Todo hombre que piensa, ha escrito un célebre autor alemán, abandona poco a poco, las formas que le son incomprehensibles", (Dr. Tippmann), y entre gran número de fieles ¿no vemos en su semblante distraído al asistir a Misa la superficialidad de su fé en la sublime

---

(23) Card. Mercier-Obras pastorales. Tomo IV.

acción que se realiza? Para elevarlos a la vida interior es necesario iniciarlos en la vida de gracia y de oración que engendra la Iglesia; y a esto ayuda eficazmente la inteligencia de los textos por el uso del Misal.

En vez de las devociones en la Misa y deberíamos tener la devoción de la Misa, rezar nuestra Misa, vivir nuestra Misa y hacer que ella sea para nuestras almas lo que el divino Salvador dispuso "fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna".

Entre los muchos prejuicios que contra el uso del Misal existen y que en realidad, no vale la pena refutar, se halla el de aquellas personas, que aunque comprenden sus ventajas, se atemorizan ante la falsa idea de que es muy complicado su uso. No hay nada más falso; las reglas son sencillas y claras y especialmente los Domingos y días de fiesta, es sumamente simple el seguirlas, todo está en tener presente algunos principios esenciales y en saber la Misa que toca cada día, lo que es muy sencillo con la ayuda de un Calendario litúrgico, como ya en Chile ha comenzado a publicarse desde hace varios años.

b) **La Comunión en la Misa.**

El Centro del culto eclesiástico, lo hemos varias veces repetido, es la Eucaristía, sacrificio y sacramento. ¿Qué relación existe entonces entre la Santa Misa y Comunión? He aquí un punto que conviene esclarecer para colocar a esta última en su verdadero lugar.

La Comunión es la participación más perfecta al Sacrificio; la misma víctima que ha sido inmolada en el altar, sirve para alimento de nuestras almas, por ella entramos en unión más íntima con Jesucristo y recibimos plenamente los frutos de su sacrificio Redentor. Es necesario inculcar la estrecha relación que entre la Misa y la Comunión existen, más aún señalar, cómo la

Comunión forma parte del Sacrificio, para acostumbrar a los fieles a que dentro de lo posible, se acerquen en ese momento de la Misa, a recibir a Jesús.

Hay cristianos que ignoran, o parecen ignorar, que la Comunión no es algo separado de la Misa, sino el medio, por excelencia, de participar de una manera vital en el divino sacrificio.

La Iglesia **tolera** que por causas razonables, puedan los fieles acercarse a la Santa Comunión, fuera de la Misa, pero de ninguna manera establece esta concesión como el **medio normal** de recibir a Cristo, ya que la Comunión de los fieles durante el Santo Sacrificio pertenece a la integridad de éste.

La divina institución del Sacrificio, el tradicional acto litúrgico y la gracia especial de unión con Cristo que el sacerdote acarrea, confirman esta aserción.

El Cristiano que en la Sagrada Comunión ve tan sólo la manducación real de Jesucristo, tiene de ella una idea incompleta, ya que esa manducación significa, además, una participación al Sacrificio de Cristo, la cual será ciertamente más estrecha si se realiza dentro de la misma Misa.

Además, la Santa Misa es la **mejor preparación** para una fervorosa Comunión. Sus ritos y oraciones nos enseñan el sentido completo de la Santa Hostia y nos llevan a esta verdadera humildad que atrae abundantes las gracias de Dios. Tanto más buena será nuestra Comunión, cuanto más litúrgica sea, es decir, cuánto mejor nos haga participar al Sacrificio.

Conviene al hablar de la Sagrada Comunión en relación con el Santo Sacrificio, insistir respecto a la verdadera idea que de la piedad eucarística debemos formarnos. Para muchas almas de nuestros días, la expresión "piedad eucarística", evoca inmediatamente la idea del culto que se da a la Santa Reserva; bendiciones solemnes, exposición, horas santas, procesiones,

etc., que, aunque actos en sí santísimos, nos dan un concepto incompleto de la Eucaristía, que es ante todo, Sacrificio y Comunión. Es "aquí" donde se encuentra la virtud "sacramental" de la Eucaristía, aunque los demás actos de piedad eucarística sirvan grandemente para aumentar la fé y la devoción hacia el Augusto Sacramento.

A este respecto, para mayor autoridad, quiero transcribir las palabras de Dom L. Beaudin, en su artículo "Fete Dieu", publicado en "Les questions liturgiques et paroissiales" T. VI-1921.

"Hay una jerarquía muy importante que respetar entre este triple objeto de la piedad eucarística simbolizada por el altar, la sagrada mesa, y el tabernáculo. La Eucaristía es ante todo, una acción sacrificadora; ella adquiere todo su valor y realiza el fin principal de su institución en el acto mismo que llamamos la Santa Misa; acto concreto y limitado que se realiza según los ritos fijados por Cristo mismo o por su Esposa y que cesan cuando esos ritos acaban.

El Altar es, pues, el centro del culto eucarístico. La Santa Comunión es la participación más estrecha y más completa a ese acto divino que la Misa reproduce, a saber, el santo Sacrificio de la Cruz.

Sería, pues, rebajar la santa Comunión el presentarla como un acto distinto e independiente. Su excelencia le viene, al contrario, del hecho que ella se confunde con la Santa Misa y nos hace participar lo más abundantemente posible a los frutos del sacrificio de la Cruz: "Mortem Domini anuntiabitis donec veniat".

La Santa Misa y la comunión, son pues, actos **esenciales** del culto eucarístico bien comprendido. Los ejercicios de devoción destinados a rendir homenaje a

---

(24) I Cor. XI-26.

la Santa Reserva, deben ocupar un lugar secundario en relación a esos objetos esenciales. La Santa Reserva es hecha, ante todo, para atender las necesidades de los fieles; no se conserva el Santísimo Sacramento con el fin de organizar, en seguida, en su honor, el verdadero culto eucarístico, imperfecto por otra parte; sino se rinde culto de latría a la Santa Reserva, cuya conservación se hace para utilidad de los fieles".

"No se reserva porque se deba adorar, se adora porque debe reservarse" (25). Lo que en nada se opone a la declaración del Tridentino "neque enim ideo est adorandum, quod fuerit a Christo Domino, ut sumatur institutum" (Sess. XII cap. 5 Denz. 878).

El verdadero e íntegro concepto de la piedad eucarística llevará, ciertamente, a los fieles a mirar siempre su Comunión en relación con la Misa y a hacer que el Sacrificio Eucarístico desempeñe en su vida espiritual, el rol fundamental que posee, tal como San Pablo en su Epístola I a los Corintios (X, 14-21; XI-24 26), magistralmente nos lo enseña.

c) **El canto en la Misa.**

Siendo la Misa el acto de adoración oficial que la Iglesia da a Dios, fácil es comprender, que trate de rodear su celebración de todo el esplendor y hermosura posibles. El canto sagrado es una de las formas principales con que se expresa la piedad en la Iglesia y uno de los medios más eficaces para unirse activamente a sus oficios. No es de extrañar, por tanto, que la Iglesia dé tanta importancia a la música sagrada y en especial, a la forma que le es propia, **el canto gregoriano.** "El canto Gregoriano, dice el Motu Propio de Pío X, de fecha 22 de Noviembre de 1903, es el canto pro-

(25) Ibid.— Irenikon I-1926.

pio de la Iglesia romana, el único canto que ella ha heredado de los antiguos padres, canto que ella ha celosamente conservado durante siglos en sus reglas litúrgicas y que propone a los fieles como directamente suyo, que ella ha prescrito exclusivamente en ciertas partes de la liturgia y que los estudios recientes han tan felizmente restituído en su integridad y en su pureza".

¡Cuán hermosa es la fe que se expresa en esa armonía natural, e ingenua del canto gregoriano donde vibra el alma de la Iglesia! ¡Cuánta gloria se rinde a Dios en esa oración, cuántos bienes atrae sobre la Iglesia entera y sobre las almas que por ella participan activamente en los divinos oficios.

El canto unísono de todo el pueblo reunido, no sólo da majestad y hermosura a los divinos oficios, sino que, al mismo tiempo, constituye un verdadero programa de educación popular.

¿Dónde mejor se expresa la idea de la fraternidad cristiana que en el hecho de mil voces y mil corazones unidos por el mismo canto en un sólo corazón y una sola voz? "Matemáticamente, físicamente, moralmente, escribe el Cardenal Maffi, el unísono es el supremo acorde. Un pueblo que canta con una sola voz es un pueblo potente y grande, porque tiene un sólo corazón".

Tal ha sido la tradición constante de la Iglesia "cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino", dice S. Pablo, indicando así cómo el canto debe brotar de la plenitud del corazón. En las penumbras de las catacumbas romanas, resonaba el canto cristiano como la expresión más pura de la fé. San Gregorio Magno, el gran legislador de la Iglesia, coloca como base de su inmensa obra restauradora, la codificación y reforma del canto que lleva su nombre. "La historia de la conversión de media Europa, escribe un autor de tanta

autoridad como D. Festugiéres, podemos decir que es la historia de la acción social de un coro sobre una asistencia de fieles". (26). Las conversiones de un Hwysmans o un Verkade ¿no nos están demostrando, que este método **tradicional y auténtico** de apostolado es perfectamente apto para los tiempos modernos?

Los últimos documentos pontificios sobre esta materia, hablan bien alto de la inmensa trascendencia que la Iglesia da al canto ejecutado según sus tradicionales normas. El Reglamento de 24 de Setiembre de 1884 de la Sagrada Congregación de Ritos, el "Motu Proprio", de 22 de Noviembre de 1903 de S. S. Pío X, la Bula "Divini Cultus Sanctitatem", de S. S. Pío XI, señalan una línea precisa que ningún católico puede desconocer o interpretar antojadizamente. No veamos en el canto sagrado, un mero sentimiento artístico, sino la expresión, de la más pura piedad. "El cantar es propio del que ama, dice S. Agustín "cantare amantis est" y el antiguo adagio repetía: "bis orat qui cantat, doblemente ora aquél que canta". Terminemos con las palabras de Moissonet: "El canto es la expresión más completa, más honorable, más gloriosa del homenaje a Dios. Todas las otras expresiones son incompletas; sólo por la alabanza cantada el hombre da a Dios todo lo que tiene y todo lo que le debe".

5) La S. Misa y la vida espiritual.

Hemos expuesto hasta aquí las diversas actitudes del cristiano en su preparación, asistencia y participación a la Misa, no queda sino señalar la influencia de ésta sobre su vida.

Sin temor, podemos afirmar que la Sta. Misa en-

(26) La Liturgie Catholique p. 66.

vuelve todo un programa de vida espiritual y que el vivir de ella, a través del día, significa ejercitar las virtudes más fundamentales de la ascética cristiana.

Vivir nuestra Misa: he aquí una fórmula breve y comprensiva de toda la espiritualidad. En ella se encuentran reunidas las tres etapas del alma en su ascensión a Dios.

Es ya conocida la tradicional división de las tres vías de la perfección cristiana: purgativa, iluminativa y unitiva, que encontramos en los más antiguos autores como Clemente de Alejandría en sus "Stromata" (27); S. Agustín en varias de sus obras. (28); S. Bernardo y especialmente Santo Tomás, en su Suma Teológica. (29).

Sin embargo, esta división no es absoluta ni matemática y en cada una de esas etapas, existen gran variedad de grados. Más aún, en cualquier vía que se encuentre el alma, siempre participa de las cualidades de las otras; así en la vía purgativa de renuncia al pecado, junto a los actos de penitencia y negación a sí misma que la purifican, hay otros que la iluminan sobre las verdades de la fe y otros que la unen al corazón de Dios; igual cosa podemos decir de la vía iluminativa y unitiva. De modo que lo que determina a un alma para encontrarse en tal o cual vía es **la parte preponderante** que en ella tienen sean los actos de renuncia al pecado, sea la imitación de las virtudes de N. Señor, sea la unión amorosa con Dios en todas las circunstancias y momentos.

La Sta. Misa, encierra estas tres clases de actos; la primera parte de la Misa de catecúmenos, o sea las

---

(27) Clem. Alex-Stromata VI-12.

(28) S. August-De Natura et Gratia.

(29) St. Th.— Sum. Teol. 2.a, 2.ae, 9, 24 a 9.

oraciones al pie del altar, expresa la compunción del alma ante el recuerdo del pecado, la segunda parte, a saber, las lecturas y oraciones que van desde el Introito al Credo inclusive, iluminan el espíritu mostrándole a la luz de los libros santos y en especial del Evangelio, las virtudes cristianas y su divino Modelo; la Misa de los fieles en su primera parte del ofertorio, señala al alma el desprendimiento total de las cosas creadas para ser ofrecida como hostia pura al Señor, mientras la segunda, o sea, la oblación del sacrificio que reproduce la muerte de Jesús, muestra al Amor que transforma dando junto con la muerte a sí mismo, la verdadera vida en Jesucristo; la Comunión representa, de una parte la aceptación del sacrificio y de la otra, la íntima comunicación de vida divina, la consumación total de la voluntad en el Amor, cumbre de la vida espiritual.

Nos detendremos en estos puntos con el fin de mostrar la verdad que antes enunciábamos, o sea, que el **vivir nuestra Misa** es una síntesis perfecta de la vida espiritual, cualquiera que sea su desarrollo; de tal modo que ella puede igualmente servir al alma que se inicia en las purificadoras vías de la ascética como la que se consuma en las transformadoras de la mística.

Las oraciones al pie del altar, están impregnadas de un vivo sentimiento de compunción, base indispensable que prepara a la iluminación del alma por la fe y a la unión en la caridad que las otras partes de la Misa producen.

La vía purgativa tiene como fin especial, la renuncia al pecado, no tan sólo por la absolución sacramental que perdona la falta, como sobre todo, por la disposición habitual de contrición que desprende al alma de todo aquello que se opone a la divina unión, en especial la imperfección y el pecado. En esto consiste la compunción del corazón que podríamos definirla

"como el sentimiento de contrición reinando de un modo estable en el alma" (30).

Esta virtud, a menudo olvidada hoy día por las almas que desean construir rápidamente edificios espirituales, pero sin sólida base comunicaba a la piedad antigua una especial firmeza. Daba una humildad profunda, llena por otra parte, de confianza, una generosidad nacida del espíritu de reparar las pasadas culpas, una fuerza en las pruebas procedentes del abandono completo a la voluntad de Dios que antes contrariara, una caridad misericordiosa ante el hermano caído que el recuerdo de sus propias debilidades le hacía compadecer; todos frutos preciosos de la compunción del corazón.

No es raro, entonces, ver cuánto abundaba en los santos este sentimiento que los acompañaba hasta su muerte, que los hacía fuertes en la tentación enseñándoles a desconfiar de sí mismos, que sostenía su espíritu de mortificación constante y los empujaba cada día a progresar en los caminos del Señor. El gran legislador de los monjes de Occidente, San Benito, prescribe en su Regla que "**cada día** confesemos a Dios nuestras faltas pasadas, en la oración acompañada de lágrimas y gemidos" (cap. IV), porque es justamente "a causa de la actitud humilde del alma que seremos escuchados" (cap. XX). El Misal romano, trae en sus oraciones diversas la "pro petitione lacrymarum", hermosa fórmula donde se expresa la compunción del corazón: "Dios todopoderoso, y lleno de dulzura, que en favor del pueblo sediento, hiciste brotar de la roca una fuente de agua viva; arrancad a la dureza de nuestro corazón lágrimas de compunción, a fin de que podamos llorar nuestros pecados y merezcamos, por vuestra misericordia, obtener su remisión".

---

(30) D. Columba-Marmion-Le Chist ideal du moine.

Ahora bien, este sentimiento, base de la conversión de nuestra vida, elemento indispensable de sincera purificación, lo encontramos admirablemente expresado en diversas partes de la Misa y de un modo especial en las oraciones al pie del altar.

El salmo 42, es un cántico admirable donde se mezclan la confusión y la confianza, pero donde, sobre todo, flota el arrepentimiento sincero del alma pecadora que quiere purificarse antes de entrar al "altar de Dios", de ser conducido a la montaña santa, al tabernáculo del Señor". Delante de la asamblea de los fieles, ante toda la corte celestial, profundamente inclinado, el sacerdote confiesa "quia peccavi nimis" que ha pecado en exceso, "mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa". ¡Oh, cuán hermosa es en estos momentos, la humillación contrita del que está colocado sobre los hombres y representa al mismo Jesucristo! ¡qué fuente tan pura de compunción sincera son estas oraciones al pie del altar, estos golpes de pecho, estas voces que piden clemencia e imploran la divina misericordia!

Este sentimiento acompañará al sacerdote en todos los principales momentos del sacrificio; aunque su unión al Señor sea tan estrecha siempre sus ojos se volverán al pasado para encontrar en él una fuente preciosa de humillación y desconfianza en sí mismo. Antes de subir al altar pedirá al Señor que "quite de nuestras almas todas nuestras iniquidades", al entonar el "Gloria in excelsis", junto a las exclamaciones de alegría dejará oír las de arrepentimiento "ten piedad de nosotros, tu que borras los pecados del mundo" al ofrecer la hostia la hará primeramente "por sus innumerables pecados, ofensas y negligencias", antes de la consagración pedirá al Señor "ser librado de la condenación eterna"; después de ella, al pedir una parte en la sociedad de los santos, lo hará recordando que, sin embargo, es pecador "nobis quoque peccatoribus";

y al consumarse el sacrificio antes de la comunión, humildemente golpeará su pecho pidiendo al "Cordero de Dios que borra los pecados del mundo tenga misericordia de él" y suplicándole "no mire a sus pecados, sino a la fé de su Iglesia".

En realidad, la Santa Misa es una fuente preciosa de purificación, donde el alma aprende a conocer su miseria, dolerse de sus faltas, desconfiar de sí misma y abandonarse al Señor.

La vía iluminativa, como su nombre lo indica, se caracteriza por un mayor conocimiento de los misterios de la fe y en especial de la adorable persona de Jesús, modelo supremo de la perfección cristiana. La Santa Misa, y en especial, la parte que va del Introito al Ofertorio, arroja sobre el alma torrentes de luz, sumergiéndola en el campo sobrenatural de la fé.

La Misa es ante todo, el "mysterium fidei" que nos reproduce la Cena y el sacrificio de la Cruz, pero además, nos hace vivir todos los otros misterios de la vida del Señor, como la oración que sigue a la consagración nos lo recuerda: "unde et memores... acordándonos pues, Señor de la bienaventurada pasión del mismo Cristo, vuestro Hijo, nuestro Señor, de su resurrección, de los infiernos y de su gloriosa ascensión a los cielos, etc". Las lecturas y oraciones que forman parte de la Misa que va del Introito al Ofertorio, ponen de manifiesto los distintos misterios del Señor.

A la luz de la palabra inspirada de la Biblia, de las oraciones profundas de la Iglesia, tan llenas de sentido dogmático, de las hermosas secuencias donde vibran unidas la profundidad y la ternura, el alma recibe cada vez mayores luces que la ilustran sobre las verdades de la fe. Con razón puede uno apropiarse las palabras del Salmista y decir que en esa luz de la Misa contemplamos la verdadera luz, "in lumine tuo videbimus lumen'.

"El pensamiento es la condición interna de salud de la vida espiritual, ha escrito Guardini, sólo es buena la oración que viene de la verdad, sólo el dogma da a la oración la fuerza, esa fuerza áspera pero vivificante, salvadora, sin la cual corre el riesgo de degenerarse". Esta verdad el alma la recibe en la Misa y en especial, en aquellas partes donde más claramente aparece el fin didáctico de la Iglesia. La Misa bien comprendida, es sin duda, una fuente segura de verdad que ilumina el espíritu.

Pero la santidad no es tanto una obra de la inteligencia cuanto de la voluntad; es la que conociendo a la luz de la fé, el término al cual debe remontarse,, lo quiere, lo busca y se une a él para vivir de él. Esta acción exige una triple actividad; la separación de las cosas creadas, la muerte a sí misma, la vida total en Dios y para Dios. Este triple misterio se realiza en la Santa Misa y el alma que vive de ella, debe también realizarlo. En el Ofertorio, la materia del sacrificic es separada de todo lo profano, reservada sólo a Dios para ser su hostia inmaculada.

El alma debe también practicar este total desasimiento de la creatura, sin el cual no hay perfección posible y en esta parte de la Misa encuentra la más rica lección de desprendimiento.

Sabemos cuánta importancia dan los autores espirituales a esta renuncia a las creaturas; los que han hecho los ejercicios espirituales, según el método de San Ignacio de Loyola y han penetrado en el pensamiento de las meditaciones llamadas de "principio y fundamento", comprenderán bien cuánto importa desasirse de lo creado y colocarse en aquella "santa indiferencia", base del verdadero progreso del alma.

Si nuestra asistencia a la Misa es activa, si existe una correspondencia verdadera entre el rito exterior de la ofrenda y nuestra inmolación interior, el Ofer-

torio despertará en nuestra alma, el deseo de inmolación, la separación completa de la creatura para vivir constantemente en espíritu de alabanza, gratitud y reparación al Señor. "Ut ambuletis digne Deo, per omnia placentes: para caminar de una manera digna de Dios, agradándole en todo" (31).

Es el amor quien así desprende el alma de lo creado y la ofrece a la Trinidad santísima, es el Espíritu Santo, Amor substancial e infinito, quien la consuma para llevarla a la plenitud de vida y transformarla en el objeto amado, por eso reproduce en ella la muerte de Jesús. "Complantati facti sumus similitudini mortis ejus". Hemos sido hechos una misma planta con él, por una muerte semejante a la suya dice S. Pablo (32), o sea, según el pensamiento del Apóstol, hemos muerto al "hombre viejo", para revestir el nuevo, creado según Dios en la justicia y la santidad de la verdad (33). La perfección cristiana no ha encontrado, en realidad, mejor fórmula que la de la epístola a los Colosenses: "Mortui enim estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo", estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios".

Esta muerte para tener la vida, se expresa en la consagración; la oblación sangrienta del Calvario se renueva; Jesús, hostia perpetua, se ofrece y nos ofrece; en virtud de ese sacrificio de la Cruz que la acción del sacerdote reproduce, hemos sido incorporados a Cristo, hechos participantes del misterio de su pasión, "por El, con El y en El", miembros de su místico cuerpo que se ofrece en el altar, damos al Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y gloria".

---

(31) Coloss. I-10.
(32) Rom. VI, 5.
(33) Ephes. IV-24.

Jesús, Víctima divina, que perpetuamente se ofrece por los pecados del mundo, nos hace participar de su estado de víctima. ¡Si el alma viviera **su Misa,** si cada una de sus secretas inmolaciones, de sus grandes o pequeños dolores, los ofreciera en unión de la Víctima ofrecida en la mañana en el altar, si recordara que esos sacrificios son la realización práctica de la palabra del Apóstol: "Cumplo en mí lo que falta a la pasión del Salvador, por su cuerpo que es la Iglesia", si pensara "que así como somos ahora **socios** de su pasión, lo seremos un día de su gloria", ¡qué fuente de resignación, de heroísmo, de ocultas inmolaciones que, como torrente de vida sobrenatural, correrían por la Iglesia!

Al consagrarse el pan desaparece su substancia para cambiarse en Jesucristo; así también el alma que **vive su Misa** va desapareciendo de su vida natural por la humildad y renunciamiento y transformándose en Cristo, por una unión cada vez más estrecha a su voluntad y a su corazón, para poder decir con S. Pablo "no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí".

Dios acepta la oblación del alma víctima que se inmola a su gloria y en señal de aceptación, la invita al banquete celestial, a la comunión íntima, donde El se da sin reservas, donde el alma se consume en el fuego transformador del Amor.

"El efecto de este sacramento, dice Sto. Tomás, es el obrar una cierta transformación en Cristo, por medio de la caridad. Es éste su fruto propio, ya que es propio de la caridad transformar a aquel que ama en el objeto de su amor" (34).

San Cirilo de Alejandría, el padre de la Iglesia que, con mayor profundidad, ha estudiado el misterio de nuestra unión con Cristo, compara la unión del que comulga con Jesús a dos pedazos de cera en fusión que

(34) St. Thomm-In IV Sentent. Dist. 12, 9, 2 a 1.

se compenetran totalmente (35), porque la carne de Cristo totalmente penetrada por la divinidad, adquiere efectos vivificantes, comunicando la vida divina al que comulga (36) y San Agustín enseña, que, al contrario del alimento ordinario que tomamos, no cambiamos a Cristo en nosotros, sino es Cristo quien nos cambia en El "Nec tu in me mutabis, sicut cibus carnis tuae, sed tu mutaberis in me" (37).

La comunión eucarística es el comienzo de una comunión mística con Jesús que nos une a El en todos los actos del día. La primera, dura tan sólo mientras se conservan las especies sacramentales; la segunda, que nace de ésta, puede constantemente conservarse. Guiados por la caridad, buscaremos en todo a Jesucristo; la Eucaristía, como Sto. Tomás enseña, tiende a "despertar el amor y a mantenerlo en acto". (38).

En esa caridad que viene de la sagrada unión sacramental con Jesucristo, se encuentra la cumbre de la santidad. La perfección cristiana, es la justicia perfecta y la justicia es perfecta cuando la caridad también lo es: Charitas perfecta, perfecta justitia est" (39).

Después de habernos inmolado con Cristo, nos hace participar más estrechamente a su sacrificio dándosenos en comunión. ¿Cómo no ver en ella, el comienzo, de esa unión transformante, donde el alma muerta ya así misma, se consuma en aquel místico desposorio, preludio de la eterna unión del cielo?

Hé aquí por qué podemos decir, sin temor de exagerar, que el **vivir nuestra Misa**, encierra un camino

---

(35) S. Cyrill-Alex-In Joan Evang. VII-57.

(36) Ibid-Contra anatematismo.

(37) S. August-Confes. VII-10.

(38) S. Th. II-9-79 a 2.

(39) S. August citado por Pourrat, La spiritualité chretienne.

seguro y completo de vida espiritual, apto igualmente para el que se inicia en las vías de la perfección, como para el que ha escalado sus más altas cimas.

La asistencia a la Misa, debe ser un acto intenso de vida interior, que sirve para ofrecernos a Dios en unión con Cristo, que en el sacrificio eucarístico, se ofrece e inmola como Hostia purísima de alabanza y reparación. Viviendo plenamente del Sacrificio de cada mañana, realizaremos el ideal de vida cristiana que S. Pablo, hace veinte siglos, presentaba a la naciente Iglesia de Roma: "Ut exhibeatis corpora vestra, hostiam viventem, Sanctam, Deo placentem — para que mostréis vuestro cuerpo y vuestra vida, como una hostia viviente, santa, agradando a Dios" (40).

II

EL OFICIO DIVINO

El Santo Sacrificio de la Misa, centro verdadero de la piedad litúrgica, no podría vivirse en toda su plenitud, sin el rezo del Oficio Divino, que realza su grandeza, y en cierta manera, le sirve de marco, razón por la cual la Iglesia lo ha impuesto como obligatorio a sus ministros y lo aconseja encarecidamente a los fieles.

Don Beauduin, en su hermosa y profunda obra "La piété de l'Eglise", escribe a este respecto: "gravitando alrededor de ese hogar central de vida divina(la Santa Misa), el Oficio establece entre el cielo y la tierra un comercio ininterrumpido de alabanzas y de bendiciones, asocia al pueblo cristiano por medio de sus sacerdotes a la liturgia de la eternidad, e irradia sobre

(40) Rom. XII,

todas las horas del día y de la noche, los beneficios del sacrificio de la mañana".

La verdadera piedad de los fieles debe alimentarse también en esta fuente al menos por la recitación de ciertas horas canónicas v. gr. Prima y Completas, Vísperas del Domingo y sobre todo, por la asistencia y participación a los oficios de la Iglesia Catedral en las solemnidades mayores.

Expondremos brevemente qué cosa sea el Oficio Divino en la vida del cristiano, los frutos que de él se sacan para el alma y el modo cómo los fieles pueden tomar parte en esta oración pública y oficial de la Iglesia.

El Oficio Divino y la vida cristiana.

El Oficio Divino, junto con el Santo Sacrificio, es la expresión más perfecta y completa de la virtud de religión, es por excelencia "la obra de Dios", según el expresivo y hermoso nombre que la tradición le ha asignado: "Opus Dei, Opus divinum".

Dios ha creado todas las cosas para su gloria, todas ellas valen en cuanto rinden a Dios esa gloria. Pero hay actos que glorifican al Señor, según la intención del que los ejecuta y otros que, por su misma naturaleza, la procuran. A estos últimos, pertenece el Oficio Divino que es, ante todo, un himno de alabanza donde se expresan la adoración, la gratitud y el amor de la creatura para el Creador. La Iglesia por el Oficio Divino pone en práctica la recomendación del Apóstol en su epístola a los Hebreos (XIII-15): "Por Cristo ofrezcamos sin cesar a Dios una hostia de alabanza, o sea, el fruto de nuestros labios que confiesan su nombre".

Para comprender cuál es la fuente de donde procede la importancia del Oficio Divino, bastará recor-

dar que el Verbo Eterno es la gloria del Padre Celestial, el himno que brota de las profundidades de la divinidad, la expresión infinita de las divinas perfecciones. Al hacerse hombre el Verbo, no ha dejado de ser lo que era de toda eternidad, su humanidad continúa la obra de glorificación del Padre Celestial; el himno eterno entonado en el seno de la divinidad se prolonga en la tierra con una expresión humana, pero con un precio infinito.

De este modo, toda la virtud de religión se encuentra de modo eminente en Jesucristo; por El toda la creación alaba al Señor, pues, como dice S. Gregorio, el hombre es el resumen de la creación (1) y el Verbo encarnado su Supremo Sacerdote.

Jesucristo no se separa de su místico cuerpo, la Iglesia. El le da su poder de adorar y alabar a su Padre. El Oficio es la voz oficial de la Esposa de Cristo que en su nombre rinde a Dios, el homenaje perfecto de alabanza. Al recitar el Oficio no es nuestra voz, débil y miserable, la que se eleva al cielo, sino la de la Iglesia entera; es Cristo que, por su Esposa, habla en nosotros. Después de la Santa Misa, el Oficio es la oración por excelencia de la cabeza del Cuerpo místico, Jesucristo, que ora por nosotros y en nosotros "Orat pro nobis ut sacerdos noster, orat in nobis ut caput nostrum, oratur ab nobis ut Deus noster" (S. August. Enarrat. in Psalm. 85) (2).

Con razón, los santos que comprendían toda la grandeza de esta acción, le daban una importancia tan considerable en su vida espiritual. San Benito, el Patriarca de los monjes de Occidente, establece que "nihil

---

(1) S. Greg. Mag-In Evangelia—Homilía XXIX n-2.

(2) Ora por nosotros como nuestro sacerdote, ora en nosotros como nuestra cabeza, es orado por nosotros cómo nuestro Dios.

operí Dei praeponatur", "que nada se anteponga a la obra de Dios" (3). San Francisco de Sales no dudaba en escribir que "después de la Sagrada Escritura, no conocía más hermoso libro que el Breviario" (4) y San Agustín, hablando de igual tema, afirmaba: "cantare amantis est", "el cantar es propio del que ama" (Salmo 336).

¿Lamentaremos suficientemente el que este medio poderoso de santificación haya perdido su lugar e importancia en la piedad del pueblo cristiano y que los fieles tan sólo vean en él una acción reservada únicamente a los sacerdotes y religiosos, en vez de considerarlo como un patrimonio común del cual todos pueden y deben aprovecharse?

Bastaría pensar que el Oficio Divino es, después de la Santa Misa y los sacramentos, el medio más eficaz de unión con Dios, para comprender su importancia.

Cuál sea el rol que la oración desempeña en la vida cristiana, cualquiera que haya ligeramente penetrado en ésta lo sabe; ahora bien, la vida de oración necesita un alimento sin el cual fácilmente se desvía en estériles, cuando no imaginarias divagaciones.

El Oficio Divino, junto con ser la oración oficial de la Iglesia, es el mejor alimento para la oración privada. Los Salmos, con sus admirables pensamientos y sus profundas lecciones, las colectas con sus ardientes ruegos para todas las situaciones y estados del alma, son las fórmulas más excelentes de oración y el mejor guia para que el alma iluminada por el Espíritu Santo, vaya poco a poco, penetrando en los luminosos esplendores del dogma católico.

Una piedad que se nutre y vive del dogma, es sólida e inexpugnable como el dogma mismo.

---

(3) Reg. S. Bened-Cap. XLIII.

(4) Hamon-Vida de S. Fco. de Sales TI p. 115.

El rezo del Oficio Divino, da por otra parte, al alma, ocasión para poner en práctica las más fundamentales virtudes del cristianismo. Es un ejercicio de fe hacia Dios y sus eternos atributos que alaba, hacia Jesucristo, en cuyo nombre ora, hacia la Iglesia que lo envía como su embajador ante el Altísimo; en una palabra, es vivir las grandes realidades de la vida sobrenatural. Ejercicio de esperanza y caridad, ya que basado en la confianza de la infinita misericordia, canta y glorifica, como objeto supremo de su amor al Padre Celestial, fuente de sobrenatural amor.

Las virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad son las virtudes propias y específicas de nuestro estado de hijos de Dios, cuanto más las cultivemos, tanto más intensamente viviremos esa realidad sobrenatural de nuestra filiación divina. El Breviario nos da, casi como ningún otro ejercicio, la ocasión de practicarlas.

Al mismo tiempo su recitación devota, llena nuestras almas de los sentimientos de adoración y respeto que constituyen el fondo de la virtud de religión y haciéndonos poner sólo en Dios nuestra mirada nos desprende de nuestra propia personalidad y mata ese fondo natural de buscarnos a nosotros mismos que, por desgracia, aún en nuestros actos de piedad se encuentra.

Olvidada de este modo el alma de sí misma, desprendida de su "yo" para abismarse en la oración oficial de la comunidad, fácilmente se une a Jesucristo, cuyos misterios contempla en el Oficio Divino, hace suyos los sentimientos de su Corazón adorable y realiza cada vez más perfectamente, esa transformación en Cristo, fin de la vida cristiana e ideal supremo de perfección y santidad.

¿Cómo no recordar también aquí, la obra apostólica, que el Oficio Divino realiza, atrayendo sobre la Iglesia las bendiciones del cielo, y formando en los fieles el verdadero espíritu sobrenatural, en el cual de-

ben caminar toda su vida? Al recitar el Breviario, nos presentamos como embajadores de la Iglesia, para adorar a Dios, alabarlo, darle gracias y tratar con El los intereses eternos de las almas.

Y sin embargo, una triste realidad se impone; el pueblo cristiano no conoce el Oficio Divino, ignora totalmente esta forma de oración, cree que es algo que no le pertenece y si llega alguna vez a asistir a los oficios solemnes que se celebran en las Iglesias Catedrales u otros templos, permanece del todo indiferente a ellos, preocupado únicamente de sus actos privados de devoción.

Si al menos se pusiera en práctica el recitar ciertas horas del Breviario, ¡qué rico alimento encontraría en ellas la piedad cristiana! Si en vez de las oraciones de la mañana, la mayor parte de las veces rezadas maquinalmente, se recitara "**Prima**", donde tan hermosos pensamientos se encuentran sobre el día que comienza y las obras que en él van a realizarse, e igualmente si para las oraciones de la noche, se recitaran las "**Completas**" del Oficio Divino, ¿no ganaría con eso la piedad de los fieles? ¿no se les haría vivir más su calidad de miembros del Cuerpo místico? ¿no se conocería mejor la Escritura y las enseñanzas que contiene?

El canto de las Vísperas del Domingo es otra forma por la cual podemos llevar los fieles al conocimiento del Oficio y hacerles comprender que su primer y principal deber de cristianos es dar a Dios el culto que le es debido, **por medio de las fórmulas** que El mismo y la Iglesia han establecido con este fin.

De este modo, acercándose a las fuentes tradicionales y auténticas, la piedad católica adquirirá nuevo aliento, desterrará los defectos que tres siglos de individualismo exagerado han formado en ella y ayudará a las almas a penetrar y vivir con mayor intensidad en ese "misterio de Cristo", que la Iglesia nos transmite

por la Sagrada Liturgia "Quiera Dios, diremos con Dom Mauro Wolter, que los hombres puedan tener la ciencia de este don y comprender que en la Santa Liturgia el Verbo hecho carne, habita entre nosotros lleno de gracia y de verdad y llenando a sus miembros de su espíritu vivificante ("Elementa").

III

EL AÑO LITURGICO

La Santa Misa y el Breviario son las dos formas principales de la oración oficial de la Iglesia, una y otra se compenetran para formar ese conjunto magnífico del culto público donde Jesucristo por la voz y el ministerio de su Iglesia, prolonga en el tiempo su eterna oblación, para dar al Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo todo honor y toda gloria.

Pero, esa oración oficial se encuentra organizada por la Iglesia en el año litúrgico, maravilloso itinerario de renovación anual, donde alrededor del altar se distribuyen las fiestas y las estaciones para dar a los fieles un programa de unión en la oración y hacer perennemente actuales los diversos misterios de vida de Nuestro Redentor.

1) **Qué cosa sea el año litúrgico,** es el primer punto que debe señalarse si se quiere apreciar su importancia en la vida cristiana.

El tiempo para el cristiano es el camino a la eternidad; el cielo es la patria hacia la cual nos dirigimos "la ciudad futura que buscamos", donde el tiempo ya no existe, donde la vida interminable se compendia en una total, simultánea y perfecta posesión de Dios (1).

---

(1) Interminabilis vita, tota simul ac perfecta possessio-Boetius.

Al encarnarse, el Verbo entró en el tiempo para conducirnos a la eternidad; el año litúrgico reproduce los pasos terrestres del Salvador, renueva sus misterios, pone en escena la historia del mundo alrededor de Cristo, y en la meditación de esos misterios prepara nuestras almas para compartir en el cielo, la gloria de nuestro Redentor.

Por el año litúrgico el tiempo queda santificado, todas las estaciones y períodos se llenan de Jesucristo, las horas y los días renuevan y prolongan el misterio de la Encarnación. El tiempo pierde así su significación meramente material para asociarse a la obra restauradora de Cristo y aparece a los ojos de la fe como un gran libro escrito por el dedo mismo de Dios.

La Santa Misa y el Oficio Divino, se celebran dentro del cuadro de las fiestas y tiempos del año litúrgico, uniendo en un mismo pensamiento a todos los miembros de la familia cristiana y desarrollando en ellos toda la obra redentora de Jesús.

El año litúrgico así comprendido, es fuente de la más sólida y ferviente piedad, la que nos lleva a Cristo, la que nos hace participar de sus misterios, nos asimila a su vida y nos introduce en los sentimientos de su Corazón. Con razón, escribe D. Cabrol, en su admirable "Libro de la oración antigua": "Feliz el fiel que comprende el misterio de esta vida de oración. Este hará los más grandes progresos en una piedad sana y fuerte; cada día le revelará alguna verdad nueva, cada fiesta lo hará avanzar un paso en el camino de la santidad" (2).

Por el año litúrgico, podemos decir que Jesucristo, por la boca de su Iglesia, habla a nuestras almas para que podamos más íntimamente conocerlo e imitarlo. Por esta razón S. S. Pío XI, en su Encíclica

---

(2) Dom Cabrol-La livre de la priére antique p. 239.

"Quas Primas", sobre la realeza de Cristo, escribía estas palabras: "Para instruir al pueblo en las verdades de la fe y elevarlo por su intermedio, a las alegrías de la vida interior, las solemnidades anuales de los sagrados misterios tienen más eficacia que todos los documentos aún los más graves del magisterio eclesiástico; éstos, en efecto, no alcanzan sino a un número restringido de hombres ilustrados: aquéllos advierten e ilustran a todos los fieles; se oye a los unos sólo una vez; la lección de los otros se repite todos los años e indefinidamente; los unos tocan, sobre todo, la inteligencia, los otros alcanzan al hombre todo entero, inteligencia y corazón. Compuesto de alma y cuerpo, el hombre se deja necesariamente emocionar y excitar por las solemnidades exteriores y las fiestas; la variedad y el esplendor de las ceremonias sagradas lo impregnan abundantemente de la santa doctrina, las cuales asimilándolas el hombre a su alma, las hace servir al progreso de su vida espiritual". (Quas Primas).

A través de estas múltiples fiestas del año litúrgico, el cristiano llega a la fiesta única y eterna del cielo.

2) El año litúrgico escuela de ascética cristiana.

Como en otro lugar de este trabajo lo hemos ya indicado, por ascética se entiende el esfuerzo del alma cristiana para conseguir la perfección.

La vida sobrenatural de la gracia es una participación a la vida misma de Dios, que la bondad divina por los méritos infinitos de Jesucristo nos comunica en el Bautismo. Esa vida ha menester de perfeccionarse siempre y esa perfección la realiza acercándose cada vez más al que es su modelo y fuente de santidad; Jesucristo. La ascética cristiana es por tanto, un ejercicio de muerte de sí mismo para vivir en Jesús, el "vivo, mas

no yo, sino que Cristo vive en mí" de San Pablo (3).

La Santa Iglesia en su año litúrgico que manifiesta y renueva los misterios de Cristo, nos presenta un programa completo de santificación, un perfecto ejercicio ascético donde se encuentran compendiados los tres grados de purificación, iluminación y unión con Dios, que debe experimentar el alma para llegar a su consumación.

En efecto, como admirablemente escribe Dom Gueranguer en el prefacio de su magna obra, "el año eclesiástico, no es otra cosa que la manifestación de Jesucristo y sus misterios en su Iglesia y en el alma fiel. Si la Iglesia renueva cada año su juventud como el águila (Ps. 102), es porque mediante el ciclo litúrgico es visitada por su Esposo en proporción a sus necesidades. Cada año ella lo vuelve a ver niño en la cuna, ayunando en la montaña, ofreciéndose en la cruz, resucitando del sepulcro, fundando su Iglesia e instituyendo sus sacramentos, remontando a la diestra del Padre y enviando el Espíritu Santo a los hombres; **y las gracias de estos divinos misterios se vuelven a renovar en ella.** Hace diez y nueve siglos que un hecho divino se realizó, su aniversario se reproduce en la liturgia y viene a rejuvenecer cada año en el pueblo cristiano el sentimiento de lo que Dios obró hace tantos siglos. Este poder renovador del año litúrgico es un misterio del Espíritu Santo que fecunda incesantemente la obra que ha inspirado a la Iglesia, con el fin de santificar el tiempo asignado a los hombres para hacerse dignos de Dios. El ha establecido la liturgia como el centro de sus operaciones en las almas. La formación de Cristo en nosotros (4), ¿no es acaso el resultado de la comunión a sus diversos misterios, gozosos, dolorosos y gloriosos? Ahora bien,

(3) Galat II-2.

(4) Galat-IV-19.

esos misterios se realizan en nosotros, se incorporan en nosotros cada año por efecto de la gracia especial que aporta su comunicación en la liturgia" (5).

"Todos los esfuerzos de la liturgia, escribe a su vez Dom Festugiére, tienden a desarrollar en las almas la vida de Cristo. La liturgia considerada en sus efectos psicológicos y morales, se define como el **método auténtico instituído por la Iglesia para asimilar las almas a Jesús.** El ciclo cultural ofrece a las almas un itinerario y un programa anual de renovación intelectual y moral completos. Si ellas consienten en caminar, de misterio en misterio, con aplicación a la vez, dulce y seria, sobre las huellas de Cristo, su docilidad será recompensada por un progreso cierto y por efusiones abundantes de vida espiritual. El programa entero de la espiritualidad litúrgica tiene esta fórmula: **hacer participar al cristiano, estación por estación y casi día por día, los sentimientos de Cristo en sus divinos misterios y de este modo hacer vivir al hombre la vida de Dios** (6).

La razón de esta eficacia de los misterios de Cristo en nuestra alma, proviene de la unión íntima y vital que existe entre Jesús y nosotros. Jesús como cabeza del cuerpo místico los vivió para nosotros y la gracia que en ellos adquirió obra siempre con eficacia nunca disminuída. Basta leer atentamente a San Pablo para comprender cuán profundamente arraigado se encuentra en el gran Apóstol este pensamiento. "Dios, dice, que es rico en misericordia, a causa del gran amor con que nos ha amado, aún cuando por nuestras ofensas estábamos muertos a la vida eterna, nos ha hecho vivientes **con Cristo**; nos ha resucitado **en El**, nos ha hecho sentar juntamente en los cielos con Jesucristo, a

---

(5) L'année liturgique, préface.

(6) Dom Festugiere-La Liturgie Catholique pág. 119 y 147.

fin de mostrar en los siglos futuros, por la bondad que nos ha manifestado en Jesucristo, las infinitas riquezas de su gracia" (7), y en otros pasajes de sus epístolas vuelve a este mismo pensamiento: "Dios nos ha sepultado conjuntamente con Cristo, nos ha hecho conjuntamente resucitar para conjuntamente reinar con El. Conresuscitavit nos, consedere fecit nos, in Illo".

Estos misterios de Cristo conservan su actualidad, son pasados en cuanto a la ejecución, pero presentes cuanto a su fuerza y virtud y esta virtud, como escribe el Cardenal de Bérulle, no se pasa jamás, como jamás pasará el amor con el cual fueron realizados. Así, pues, el espíritu, el estado, el mérito del misterio, está siempre presente. La disposición viva por la cual Jesús ha obrado este misterio, es siempre viva, actual y presente a Jesús. Esto nos obliga a tratar las cosas y misterios de Jesús, no como cosas pasadas o extinguidas, sino como cosas vivas y presentes y aún eternas de las cuales nosotros, también debemos recoger un fruto presente y eterno" (8).

Este contacto con los misterios de Cristo se realiza sobre todo, a través del año litúrgico. Conducidos por la Iglesia a través de esta historia viviente de Jesús, conoceremos sus misterios, y sobre todo, penetraremos en los sentimientos de su Divino Corazón.

"Cada tiempo litúrgico, dice D. Beauduin, es un vastoso sacramental que obra "ex opere operantis Ecclesiae". El alma que se somete con fe y docilidad a esta influencia sobrenatural de oraciones, lecturas, cantos y ritos siente subir en ella la savia cristiana. Es incontestable que el Espíritu Santo, que por medio de la Iglesia nos dirige sus exhortaciones en cada período del año, una cada vez a ellos, una fuerza especial de santifica-

(7) Ephes II-47.

(8) Card. de Bérulle--Oeuvres de pieté-LXXVIII.

ción. El alma que la recibe en esas disposiciones de fe y docilidad a la Santa Iglesia, encuentra infaliblemente ahí luz y fuerza: "el que a vosotros oye a Mí me oye" (9).

Sería vastísimo el tema que se podría desarrollar mostrando la acción santificadora del año litúrgico en las almas; en la imposibilidad de hacerlo, terminaremos este punto con las palabras del Catecismo de S. S. Pío X:

"Que todo buen cristiano, ayudándose de la predicación o de cualquier libro apropiado, estudie por comprender y hacer suyo el **espíritu de cada fiesta, relacionándose con su objeto y su fin especial**, meditando la verdad, la virtud, el prodigio y el beneficio que ahí se encuentra **particularmente conmemorado,** tratando de todos modos, sacar de ahí un mejoramiento personal. Conocerá así mejor y amará con más fervor a Dios, Ntro. Señor Jesucristo, la Sma. Virgen y los Santos; se aficionará a la santa liturgia, a la predicación, a la Iglesia y tratará de conducir a otros. Toda fiesta será así para él un día de Dios, una verdadera fiesta que regocijará su alma, la restaurará, la llenará de un nuevo vigor para cargar los sufrimientos y luchas cotidianas". (Catecismo de S. S. Pío X, edit. Bonne Presse p. 141).

IV

Sacramentos.

La vida cristiana es vida sacramental, la salvación que nos viene de Cristo y nuestra unión con El, se realizan mediante esos signos sensibles, productores de gracia en nuestras almas que son los sacramentos. Ellos

---

(9) Questions liturgiques año 1914 p. 175.

representan el fin donde se concentra y adquiere su valor nuestra vida de oración, sin ellos la actividad religiosa perdería su significado y el hombre volvería a caer, en la miseria de donde la Redención lo ha levantado.

Jesucristo, Nuestro Señor, instituyó la parte esencial de los sacramentos, la Iglesia en el transcurso de los siglos ha rodeado su administración de ritos y ceremonias que tienden a expresar la obra que esos sacramentos producen, mediante los cuales se sigue, puede decirse, con los ojos, la acción de Dios en las almas.

Los sacramentos son ritos sensibles y así responden a la naturaleza del hombre que adquiere mediante los sentidos, sus conocimientos intelectuales.

La Iglesia tiene por misión la de hacernos amar al Dios invisible, para que lo adoremos. Por su vida ritual nos enseña un protocolo que nos permite presentarnos a la presencia de Dios, y por sus ceremonias, nos inspira los sentimientos que conviene tener ante su divina Majestad.

Es por las **palabras** que pronuncian los Ministros de la Jerarquía, por los **ritos** que realizan sus manos consagradas como circula la virtud sacerdotal de Cristo. Por intermedio de esos **elementos materiales** las energías divinas se canalizan para derramarse en las almas.

De donde se sigue la necesidad de que los fieles **comprendan** y **se unan** a las palabras y ritos del sacramento tan instructivas en su profundo simbolismo.

"El simbolismo de las instituciones sacramentales, dice el P. Sertillanges, está fundado en la naturaleza de las cosas y en la del corazón humano. Si se quiere llevarnos a Dios, según lo que somos, a saber carne y espíritu, si se quiere adaptarnos a esa armonía por la cual la carne sustenta al espíritu, lo fomenta como la cera a la llama, lo acompaña en todo y lo liga a sus vastos dominios, es necesario el empleo de la materia en la vida

religiosa. El simbolismo de siete sacramentos y sus anexos, satisface esta imperiosa necesidad. El nos asegura una vida religiosa integral y verdaderamente humana, o sea, espiritual y corporal, mezclada en sus justas proporciones, hecha de imágenes al mismo tiempo que de ideas" (1).

Pero es necesario insistir que todos estos símbolos y ritos son la expresión de una realidad sobrenatural que se expresa por ellos.

"Lo que da a la liturgia de los sacramentos su valor religioso y moral — dice Karl Adam — es ante todo, el lado real y objetivo de los sacramentos. Para los católicos, el sacramento no se reduce a un símbolo vacío o a un simple signo de la gracia obtenida por la fe de aquel que le recibe. Expresión sensible de la voluntad de Jesús, signo instituído por Cristo, da por sí mismo, por el sólo hecho de ser válidamente administrado, la seguridad de la presencia de lo divino y de la gracia producida. Es uno de los puntos principales de la doctrina católica. "Un sacramento debe su existencia no a la fe sino al cumplimiento normal del rito". Por los sacramentos lo divino toma una existencia sensible, llega a ser un valor sobrenatural, actualmente perceptible. El católico experimenta así inmediatamente lo divino, tan inmediata y objetivamente como experimenta el niño, el amor de su madre" (2).

Es necesario dar al pueblo cristiano la noción clara y precisa de la grandeza sacramental y de lo que por ellos se obra en el alma. Es necesario recordarle que no son tanto las prácticas privadas de devoción, las que nos santifican como el contacto sobrenatural con Cristo que mediante los sacramentos se realiza. Es en los sacramentos, donde el divino Reparador nos aplica sus méri-

(1) Sertillanges.— La vie Catholique.

(2) Karl Adam.— Le vrai visage du catholicisme.

tos, nos consagra y nos santifica, formándonos en vista de la unión eterna a su imágen y semejanza. Por el Bautismo, que es el primero y la puerta de los otros, renacemos en Jesucristo. La Confirmación nos hace crecer y nos fortifica en su gracia. Nuestra alma se alimenta, se sostiene y se transforma en El, recibiendo en la Eucaristía su Cuerpo y su Sangre. Viene en seguida, la Penitencia que nos devuelve la vida si la hemos perdido, la Extremaunción que borra los restos del pecado y repara las fuerzas del alma; el Orden que crea el sacerdocio, confieren el poder de ofrecer el Santo Sacrificio y administrar los sacramentos; en fin el Matrimonio que une indisolublemente al hombre y la mujer, les da la gracia de tener hijos legítimos, de perpetuar la raza de los fieles de Cristo y de llenar así el cuadro de los elegidos, de los bienaventurados llamados a la dicha eterna del cielo.

Son pues, los Sacramentos, maravillosos medios en los cuales el signo sensible se armoniza admirablemente con la gracia que contienen y con los efectos que deben producir. De este modo, respondiendo a un plan de infinita sabiduría, Nuestro Señor se sirve de las creaturas materiales que tan a menudo, apartan al hombre de Dios, como medios para conducirlo nuevamente a El. Así la Creación toda entera, se dirige a la obra sobrenatural de la santificación del hombre.

¿Por qué tantas almas ansiosas de perfección, aspiran a modos de santificación extraordinarios, que si bien Dios a veces los concede, no constituyen, sin embargo, el camino más seguro, ni entran en el plan ordinario de la vida sobrenatural?

¿No es verdad, que el aspirar a estos medios extraordinarios, es buscar un medio de santificación menos seguro, más sujeto a ilusiones y sobre todo, nacido de un acto de propia voluntad, siendo que la re-

nuncia a ésta, es la base de la perfección y progreso espiritual?

Vivamos nuestra vida sacramental ya que en los sacramentos Dios ha concentrado el socorro auténtico y seguro de su gracia, y para vivirlos conozcamos el significado de sus ritos y símbolos que nos expresan y figuran la obra que producen en nuestras almas.

Renovarse con el recuerdo de su bautismo en la nobleza que nos ha conferido, en las fuerzas que nos ha dado, y en fin, de las obligaciones que nos ha hecho contraer para cumplirlas más exactamente, es ya un programa de perfección bien completo. El apóstol S. Pablo, que ha dicho todo en estas materias, no dejaba de exhortar a los cristianos a esta práctica: "**Rememoramini**, les decía, **pristinos dies, in quibus illuminati**", acordáos de los días primeros en los cuales fuisteis iluminados. Consejo que daba, además, para todos los sacramentos que poseen carácter, porque su energía se renueva en cierta manera y revive por esta reminiscencia hecha con las disposiciones que hubiéramos querido tener en su recepción: "No descuides la gracia que está en ti, escribía a su querido Timoteo, recordándole su ordenación, y que te ha sido dada por la imposición de las manos de los presbíteros" (3).

Y esta renovación, este recuerdo de la gracia que el sacramento ha producido en nuestras almas, se vive sobre todo, por la comprensión cada vez más exacta de sus ritos. Conocerlos, vivirlos, es adelantar en cierta manera, nuestra vida del cielo; Dios se da en los Sacramentos bajo el velo de la fe, en el cielo lo hará por la visión cara a cara de su Divinidad. Conocerlos, vivirlos, es cooperar plenamente al plan admirable de nuestra santificación, trazado por Cristo, continuado y

---

(3) Tim. IV-14.

realizado a través del tiempo por la Iglesia, su Esposa inmaculada.

En el día de las supremas revelaciones, cuando Dios mismo coloque ante nuestros ojos todo este conjunto de procedimientos tan tiernos, tan fuertes, tan fáciles, tan seguros, entenderemos sin dificultad, el por qué de las rigurosas medidas de su justicia y de su amor desconocidos.

V

Sacramentales.

Según el Código de Derecho Canónico los sacramentales son, "cosas o acciones de las cuales suele usar la Iglesia, imitando algún sacramento, a fin de obtener por su impetración efectos sobre todo, espirituales" (1). No son medios para comunicar la gracia santificante como los sacramentos, ni fueron como éstos instituídos por Jesucristo, sino por la Iglesia en cuyo nombre se administran y de cuya oración suplicatoria, depende su eficacia. Su fin inmediato consiste en el bienestar temporal de los fieles, su fin mediato como toda la acción santificadora de la Iglesia es la salvación de las almas; por ellos la Iglesia con amor sobrenatural de madre nos ofrece copiosas bendiciones para nuestra santificación temporal y eterna.

El Código de Derecho Canónico divide los sacramentales en tres categorías: consagraciones, bendiciones y exorcismos. Antiguamente, se hacían otras clasificaciones diversas, pero preferimos seguir la auténtica que la Iglesia nos da en su Código. Por consagraciones se indican los ritos instituídos por la Iglesia para dedicar

(1) Cod. J. C.-Can. 1144,

al culto una cosa, un lugar o una persona por los cuales se da a éstos un carácter religioso permanente. Las bendiciones, menos solemnes que las anteriores por cuanto no se emplea en ellas el óleo santo, pueden ser de dos clases: 1.a) invocativas por las cuales se ora sobre las cosas, personas, etc., pidiendo para ellas el favor divino; y 2.a) constitutivas que, a diferencia de las primeras, que tienen un efecto transitorio, éstas como su nombre lo indican, tienen un efecto permanente y no pueden repetirse como las otras; así por ejemplo, la bendición de una iglesia, ornamentos, etc., pertenecen a la segunda categoría; las bendiciones a los enfermos, a los alimentos, etc., a la primera.

Hemos creído necesario dar estas breves nociones antes de señalar la relación que estos ritos tienen con la vida espiritual, por cuanto, triste es decirlo, el ambiente naturalista que nos invade ha hecho olvidar casi del todo, estos medios admirables con los cuales la Iglesia santificaba cada una de las acciones de nuestra vida y, quitándoles su carácter profano, las revestía del sobrenatural.

Para explicar debidamente la influencia de los sacramentales en nuestra vida espiritual, es necesario recordar dos ideas que pueden llamarse los ejes de la vida religiosa; el fin último de los seres en la creación y su degradación por el pecado y la restauración de toda la creación en Jesucristo.

"Universa propter semetipsum operatus est Deus". Todas las cosas Dios las creó para su gloria. En el orden admirable de su plan divino, la creación era un himno de alabanza al Creador y una fuente inextinguible de bienes para el hombre. El pecado rompió ese equilibrio, introdujo el desórden e hizo que el demonio ejerciera sobre la tierra un gran poder, de tal modo que la Escritura, con razón lo llama "el Príncipe del mundo", Jesucristo vino a regenerar al hombre y

con ésto a la Creación "la creatura misma, dice S. Pablo será un día librada de su servidumbre a la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (2). Pero mientras exista en el mundo el pecado, Satanás conservará su poder, aunque en gran parte disminuído. Arrancar las almas y las creaturas del dominio del demonio para trasladarlas al suave yugo de Cristo, tal es el fin de la acción santificadora de la Iglesia, tal, en lo que a cada uno de nosotros se refiere, nuestro principal trabajo de perfección y apostolado.

Ahora bien, para venir a ayudarnos en esta obra, la Iglesia con sus múltiples sacramentales, rodea la vida del cristiano y hace llegar hasta él los últimos efluvios del sacerdocio de Cristo que sobrenaturalizan toda la existencia. "Bajo la mano de los ministros de Cristo que bendicen, escribe D. Beauduin, los lugares, tiempos, individuos, habitaciones, elementos, años, días y horas: todo, hasta nuestro alimento y nuestro sueño es bendecido y entra en cierta manera con nosotros en la economía sobrenatural" (3).

"Los sacramentales, dice el P. Sertillanges, son actos exteriores de religión u objetos consagrados por la religión, con el fin de acercarnos a Dios por medio de Jesucristo. Esos gestos minúsculos y familiares, casi insignificantes; una aspersión, una cruz trazada sobre la frente o sobre el pecho, una fórmula, al entrar en la gran corriente religiosa se hacen eficaces. Es una tendencia de los hombres el buscar símbolos en la naturaleza, el hablar u obrar por metáfora, el dar a las cosas usuales de la vida material, un sentido relativo a la vida moral. Todas las literaturas lo hacen ver y la constitución íntima de las lenguas lo prueba. El sim-

(2) Rom. VIII-21.

(3) D. Beauduin.— La pieté de l'Eglise.

bolismo está en el fondo de ellas. Una súplica ardiente ¿no es una alusión al ardor del fuego? Un diluvio de calamidades ¿no es una metáfora alusiva al agua? La sal ática, la sal de la sabiduría ¿no es un recuerdo de las propiedades activas y conservadoras de la sal? Hablar con unción, poner un bálsamo sobre los dolores, etc., etc., ¿no son una serie de palabras simbólicas? Y si yo hago un gesto de negación ¿no tengo el aspecto de borrar en la pizarra lo que acabo de decir, o de apartarlo como un obstáculo de mi espíritu, así como aparto del camino una piedra o una rama? Todo en la vida social está impregnado de simbolismo y tiende a acercar la materia al espíritu para mostrar y fomentar el espíritu.

"Poned estos símbolos al servicio de la idea religiosa, hacedlo con sentimientos que correspondan a la acción, hacedlo a nombre de una tradición formal de la autoridad que nos rige y tenéis los sacramentales. Toda la poesía de la naturaleza podrá incorporarse a ellos, como lo veréis al conocer las admirables liturgias antiguas. El divino Maestro, a quien nadie puede negar la sublimidad y elevación moral, se ha inclinado ante los ritos exteriores instituyéndolos El mismo; El habló en parábolas, con signos expresivos como la curación del ciego hecha por la unción; en una palabra, nos enseñó lo que debíamos hacer, la Iglesia lo imita y desarrolla su acción. Bendigámosla y bendigamos sus ritos con humildad rica en comprensión superior, como una entrada llena de perspectivas al fondo de la cual brilla lo divino, hacia el cual marchamos" (4).

Cuando se está íntimamente penetrado de la misión santificadora de la Iglesia, cuando se la considera en su verdadero concepto de organismo viviente

(4) Vid.-Revue des Jeunes, 25 Diciembre, 1913, p. 281. p. 281.

que transmite las energías sobrenaturales de Cristo, entonces se comprende en toda su extensión, la importancia de los sacramentales en la vida cristiana. Y porque es necesario que los fieles vivan cada vez más su Iglesia, que en Ella y por los medios que Ella y su divino Fundador han establecido, alcancen su santificación, es necesario insistir sobre el uso de los sacramentales tan olvidados de nuestro siglo y que fueron en tiempos pasados los que contribuyeron poderosamente a dar esa visión sobrenatural del mundo, esa unidad que el mundo moderno, en su anarquía, ansiosamente busca sin lograr recuperarla.

Es necesario que el **Ritual**, donde se contienen las principales bendiciones de la Iglesia, no sea para los fieles un libro sellado, sino fuente de inspiración cristiana, donde aprendan a vivir las sublimes realidades de la Fe.

En la imposibilidad de hablar de cada uno de los sacramentales que se encuentran en la liturgia de la Iglesia, y aún de nombrarlos todos, me referiré brevemente a los principales y que más urgentemente conviene propagar.

1) **El agua bendita.**—La costumbre de bendecir el agua remonta a los primeros siglos de la Iglesia, según consta en las Constituciones apostólicas; ya en el Antiguo Testamento encontramos numerosas alusiones al agua como instrumento de santificación y purificación. El agua bendita nos representa principalmente al Espíritu Santo y la santidad que por su acción se comunica a las creaturas. Por esta razón la Iglesia la emplea en todas sus bendiciones para mostrar que nada santo puede existir, sino por la comunicación del Espíritu divino, fuente de toda santidad.

En las Iglesias catedrales, monasterios o en cualquier otra donde el Domingo se celebra la Misa solemne, debe ésta ir precedida de la bendición del agua

bendita y del **Asperges** al pueblo. Ya hablamos de este rito al tratar de la preparación al Santo Sacrificio.

"Los curas, dice Mons. Joly de Choin, instruirán a sus fieles en la virtud de esta agua, fundada en las oraciones de la Iglesia. Deberán exhortarlos para que siempre tengan consigo para usarla al levantarse, al acostarse antes de comenzar sus oraciones, cuando están tentados, cuando hay tempestad y de echarla a los enfermos, sobre todo cuando están próximos a la muerte, y en los lugares donde puede temerse la malicia de los demonios. Les enseñarán también el espíritu con que deben usarla, o sea uniendo su intención a la de la Iglesia y sirviéndose de ella con fe y compunción; con fé, porque esta agua, como todos los sacramentales, no obra sino en relación y dependencia de la fé del que la emplea, unida a las oraciones de la Iglesia; con compunción, porque no se obtiene el perdón de los pecados sin el dolor al cual esta agua nos excita y del cual ella nos obtiene la gracia por las oraciones de la Iglesia". (Instructions sur le Rituel 1827).

Bendición de ramos.—Antes de la Misa del Domingo que da comienzo a la Semana Mayor, se hace la bendición de las palmas y ramos de olivo en recuerdo de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén la víspera de su Pasión. Las oraciones que en su bendición se emplean nos hablan del simbolismo de esta ceremonia. "Oh Dios, dice una de ellas, que reunís las cosas dispersas y las conserváis después de haberlas reunido. Vos que habéis bendecido al pueblo que llevaba ramos delante de Jesús, bendecid también estas ramas de palmas y de olivo que vuestros fieles servidores toman en honor de vuestro Nombre; a fin de que al colocarlas en sus casas sus habitantes reciban vuestra bendición y que, alejándose de ellos toda adversidad, vuestra diestra proteja a aquellos que ha

rescatado Jesucristo, vuestro Hijo, nuestro Señor que vive y reina con Vos en los siglos de los siglos.— Amén".

Las palmas benditas son un signo de la protección divina sobre nuestras casas y un sacramental poderoso para la salud corporal y espiritual de los fieles.

Presentación al templo.— Con este nombre se conocía entre nosotros la piadosa ceremonia que la Iglesia contiene en su ritual con el título de "benedictio mulieris post partum". Sobre su origen y significación dice D. Lefebvre lo siguiente: "Bajo la ley antigua, la mujer debía venir al templo cuarenta días después de su maternidad, para recibir ahí de los ministros de Dios una purificación legal. Bajo la ley nueva, una bendición litúrgica reemplaza a esta ceremonia; es un sacramental. S. Carlos Borromeo pide que el pastor advierta a las madres cristianas que vengan a recibir esta bendición tan pronto como puedan salir".

Esta ceremonia es de derecho curial y se hace normalmente en la Iglesia parroquial. Es mejor, en unión con María en su presentación al Templo, el llevar en esta circunstancia al niño, para ofrecerlo al Señor y para hacerlo participar de las bendiciones de la Iglesia, pero no es obligatorio. La madre tiene un cirio encendido, lo que recuerda la fiesta de la Candelaria. El cura o el sacerdote delegado por él procede ante todo a un acto de purificación. Rocía a la mujer con agua bendita. Después dice el Salmo XXIII, "Domini est terra" y la conduce al pie del altar, colocando la extremidad de la estola sobre la mano derecha. Ahí recita una oración en la cual pide a Dios por la intercesión de María el conceder a esa madre de llegar con su hijo a las alegrías del cielo. Termina leyendo el evangelio de S. Juan".

Esta ceremonia, que antiguamente se practicaba

en las familias cristianas, que recordaba la grandeza de la maternidad santificada por el ejemplo de la Madre santísima de Dios, ha ido, desgraciadamente, cayendo en olvido. Su práctica sería un medio poderoso para ayudar a la cristianización de la familia, cuya decadencia es uno de los más tristes indicios de la horrible disgregación social que atravesamos.

Tal es, a grandes rasgos, la liturgia sacramental de la Iglesia; bien comprendida y practicada con profundo espíritu de fe, es base para la más sólida e intensa piedad. El contacto sobrenatural del hombre con su Creador, es la esencia de la piedad católica. El simbolismo litúrgico que encierran los sacramentales inicia o estrecha ese contacto. A través de la Iglesia, Cristo sigue viviendo y por sus ritos transmite a las almas la acción de su gracia divina.

En Ella y por Ella nuestra vida sobrenatural crece, se desarrolla y da frutos de santidad. Cuanto más nos acerquemos a Ella participando activamente en su liturgia, más abundantemente beberemos de esas "aguas que brotan de la fuente del Salvador".

Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.

VI

"Ars Moriendi"

¿Podría ser completa esta breve enumeración de la vida iluminada por la liturgia Católica, sin decir algo siquiera de las bellezas que irradia sobre la muerte?

Porque si la práctica de la piedad litúrgica es una vida, ella también encierra una preparación serena ante la muerte, un **"ars moriendi"**, arte de morir, como la llamaban los antiguos maestros del espíritu.

Nuestro siglo impregnado de naturalismo ha per-

dido esa visión cristiana de la muerte, para no ver en ella sino el momento de los eternos adioses, de las perpetuas separaciones. ¡Cuán diversa de aquella otra visión expresada en la simple y profunda frase del martirologio romano: "dies natalis"!

La muerte es el día del natalicio de un alma para el cielo.

"En los áureos siglos de fe, dice el Emmo. Cardenal Schuster, cuando la liturgia penetraba tan íntimamente el individuo y la sociedad cristiana que toda la vida se hallaba como sobrenaturalizada, por ella, también los dolores y enfermedades que preceden a la bajada al sepulcro eran confortados por un espléndido conjunto de sacramentos y ceremonias que además de poner en el corazón el germen de la inmortalidad, infundían en el espíritu el suave bálsamo de la esperanza. La soledad y tristeza de la hora suprema encontraban un alivio verdadero en la unción interior del Paráclito; y parece que la Iglesia, madre piadosa, con el esplendor de los ritos que desarrollaba junto al lecho de su hijo moribundo, hubiera querido entrar en competencia con la liturgia de los Angeles, que dentro de pocas horas el enfermo iba a contemplar en el cielo". (1).

1) El recuerdo de la muerte.

El Oficio divino, la voz oficial de la mística Esposa de Cristo, cada día nos advierte y prepara al momento de nuestra partida del mundo. Bastaría recordar el responsorio de Completas, esa hora última recitada cuando el día muere y llegan las tinieblas de la noche, donde la Iglesia nos hace repetir la oración suprema de Cristo agonizante: "in manus tuas Domine,

(1) Card. Schuster— Liber Sacramentorum. I.-Ip. 191.

commendo spiritum meum", y cuando como acción de gracias, pero también como preparación al sueño eterno, nuestros labios entonan el himno de partida del anciano Simeón: "Nunc Dimittis": "ahora Señor puedes dejar a tu servidor irse en paz, porque mis ojos han visto nuestro Salvador" (2).

El tiempo del año litúrgico que transcurre entre Septuagésima y Pascua nos recuerda constantemente la muerte, consecuencia del pecado, y su derrota por Cristo vencedor de la tumba.

El Introito del Domingo de Septuagésima representa la humanidad marcada con la sentencia:

"Los gemidos de muerte me han rodeado, los dolores de la tumba me han cercado y en mi tribulación he invocado al Señor..." (3).

Al comenzar la Cuaresma la frente de todos los cristianos se inclinan para que sobre ellas caiga la ceniza de penitencia mientras la voz de la Iglesia recuerda su destino: "Memento homo... acuérdate hombre, que eres polvo y en polvo te convertirás".

Y el rey como el pordiosero, el Sumo Pontífice y el último de los fieles, reciben la lección de ese predicador universal, la muerte, que enseña a su luz a apreciar la nada de las cosas de la vida.

Sería imposible señalar ese recuerdo que a cada paso encontramos en la Liturgia, pero si es bueno advertir que siempre la muerte se halla presentada en su concepto verdadero; algo grave y solemne, que abre el paso a la visión radiante de Dios.

¿Cómo extrañarnos que inspirado en estos conceptos, el gran legislador de la vida monástica, San Benito de Nursia se enfrentara así con la muerte?

---

(2) Luc.— I—29.

(3) Ps. XVII—6—7.

"El año mismo en que debía partir de este mundo, dice su primer biógrafo, S. Gregorio Magno (4), anunció el día de su muerte a algunos discípulos, mandándoles callar lo que les había contado. Seis días antes de su muerte, hizo abrir su tumba. Pronto fué tomado de una fiebre violenta. Como su debilidad crecía día a día, se hizo llevar por sus discípulos el sexto día al oratorio; ahí fortificó su partida por la recepción del cuerpo y de la sangre del Señor, después apoyando sus miembros desfallecidos sobre los brazos de sus discípulos, de pie, las manos alzadas al cielo, exhaló en medio de la oración su último suspiro".

2) **La preparación próxima a la muerte.**

Cuando el estado del enfermo despierta algún cuidado—no en el último momento de la vida como algunos con espíritu mundano pretenden — la Iglesia viene en su ayuda con la administración de tres sacramentos: la Penitencia, la Extremaunción y el Santo Viático. Nos detendremos brevemente en el segundo.

El "Sacramentum Olei" como antiguamente se llamaba a la Extrema-Unción viene a ungir al cristiano para ayudarlo a partir de este mundo.

No nos resistimos a dar algunas de sus oraciones, tan bellas y llenas de serenidad.

La Ceremonia comienza por esta oración:

"Señor Jesús, que con vuestra entrada en esta casa también penetre en ella la divina prosperidad, la alegría serena, la caridad fructuosa, la salud perpetua. Que el acceso de este lugar sea prohibido a los demonios, que los ángeles de paz estén ahí presentes y que toda

(4) Dialog. II—C37.

mala discordia se aleje de esta habitación...".

Después de haberse dirigido al enfermo y haber invocado sobre él la protección de todos los santos, el sacerdote hace las unciones, diciendo:

"Por esta santa unción y su dulcísima misericordia, el Señor te perdone todo el mal que haz cometido... por los ojos, oídos, nariz, labios, manos y pies". Así ungido el enfermo, después de haber pedido a Dios, devuelva a la Iglesia con toda la prosperidad deseadas a ese cristiano, libre de la enfermedad, devuelto a la salud, levantado por su diestra, sostenido por su virtud y defendido por su poder (5), el alma se prepara para la visita eucarística de Jesús, el santo Viático.

El mismo Jesús que una mañana sonriente vino a esa alma el día de la primera Comunión, vuelve ahora a visitarla, probablemente en su última Comunión. El "cibus viatorum" que la liturgia de "Corpus Christi" nos anunciaba en su magnífica "Sequencia" (6), encuentra ahora su plena significación. No sólo ha sido alimento para el viaje terrestre, sino para el gran viaje de la eternidad.

¿Deploraremos bastante que nuestro tiempo haya quitado a la administración del Viático la solemnidad de antaño y que en vez de conducirse escondido, como en nuestras grandes ciudades, se hiciera con esa pompa que la liturgia prescribe, escoltado por los fieles, mientras todo el pueblo a su paso se postra ante el Dios que va a visitar a su hijo en el momento de su trance supremo?

La historia nos recuerda a un emperador de Alemania, Rodolfo de Habsburgo, cediendo su cabalgadura al sacerdote que lleva el Viático y no permitien-

---

(5) Ritual Romano.

(6) Lauda Sion.

do vuelva a ser montado el caballo que ha conducido a su Dios. Pero si la solemnidad en las calles no es posible, ¿por qué las casas cristianas no dan en sus hogares el honor que merece el Sagrado Viático?

El gran Cauchy, agonizante dice a su familia: "hijitos, hoy es el Corpus para nuestra casa. Id todos al jardín. Coged todas las flores. Adornad los corredores y escalas. Guardad las más bellas para mi lecho, porque hoy es altar y nuestra casa, templo".

Los que han leído la bella novela de Pereda "Peñas arriba" recordarán ese capítulo admirable de la muerte de Don Celso, en el cual se narra la administración del Santo Viático.

Generalmente una profesión de fe, se acostumbra inmediatamente antes de la administración de la Comunión, pero, ¿cómo no citar esa costumbre aún vigente en cierto territorio de Francia (Niévre), del padre que antes de morir entrega a su hijo, el cirio encendido de la agonía mientras recita el Credo?

¡Qué bellezas sabe irradiar la muerte cristiana!

3) La recomendación del alma.

Cuando el momento de la partida se acerca, la Iglesia, viene a ayudar al agonizante con las últimas oraciones. Después de hacerlo besar el Crucifijo, signo de la esperanza y el perdón, comienza a recitar las letanías. Los santos son invocados para que "rueguen por él", la Iglesia militante se une a la triunfante en una idéntica súplica, los de abajo ayudan a partir, los de arriba se preparan para salirle al encuentro. La soledad no puede existir en ese dogma maravilloso de la Comunión de los Santos.

Sin poder consignar aquí todas esas oraciones del "ordo Commendationis animae" no queremos dejar de

citar algunas de ellas para que se vean los sentimientos de confianza que inspira.

"Parte de este mundo, alma cristiana, en nombre del Padre Todopoderoso que te creó, en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que ha sufrido por ti; en nombre del Espíritu Santo que te ha sido infundido.

Que hoy mismo tu lugar esté en la paz y tu morada en la Santa Sion..."

"Amadísimo hermano, cuando vuestra alma salga de tu cuerpo que la espléndida asamblea de los ángeles, venga a tu encuentro... que el aspecto suave y radiante "festivus" de Cristo Jesús, te aparezca, y que El para siempre te señale un lugar entre los que le rodean".

Si la agonía se prolonga el ritual recomienda la lectura de la Pasión, según San Juan, alternado con los grandes Salmos de la Penitencia o del Abandono, "jamás religión o filosofía, diremos con el P. Doncoeur, había llevado a esas alturas al acto en sí tan miserable de la muerte. La Iglesia ha hecho de esa humillante agonía donde el hombre sucumbe, una admirable victoria donde el sufrimiento se duerme en la paz y deja su lugar a la alegría" (7) y de todo este conjunto de ceremonias, palabras y actitudes, brota para nuestra piedad un argumento magnífico; la vida sobrenatural no se desarrolla en el tiempo sino en la eternidad, nuestras acciones hechas en Dios se proyectan en lo eterno, el mundo y los acontecimientos se contemplan "sub specie aeternitatis". La paz de las cosas eternas desciende sobre nuestro espíritu agitado por las corrientes del mundo, aprendemos la gran lección de ser fieles al momento presente no importándonos si nuestra obra se terminará o no en esta vida, sabemos dar a

(7) Paul Doncoeur— Retours en Chretienté. Grasset 1933.

cada una de nuestras acciones, su valor verdadero repitiéndonos con los santos—quid hoc ad aeternitantem?—¿de qué me vale esto para la eternidad?—Quod aeternum non est, nihil est.

Lo que no es eterno, es nada.

VII

LA LITURGIA METODO TRADICIONAL DE EDUCACION RELIGIOSA (*)

El tema que debo desarrollar presenta un doble aspecto, el demostrar primero, la importancia de la liturgia en la formación religiosa y el señalar en seguida los medios más aptos para dar esa iniciación; dos partes, que, unidas estrechamente entre sí, son la expresión práctica de un sólo pensamiento; a saber: que la Iglesia es el medio auténtico por el cual Cristo comunica su vida a las almas, que esa Iglesia, organismo vivo, tiene una oración oficial que es la liturgia, que esa liturgia, en su letra y en su espíritu, constituye la sobrenatural pedagogía por la cual las almas comprenden y viven plenamente el misterio de Cristo y de su Iglesia.

La Teoría.

No es necesario hablar del triste estado de ignorancia religiosa ni de sus desastrosas consecuencias, que por desgracia harto estamos experimentando en nuestros días, ni recordar las urgentes voces que sobre esta materia dan los tres últimos Pontífices, especialmente

(*) Este Capítulo fué leído en la Semana educacional celebrada en Santiago el 16-X-1931.

Pío X en su encíclica **"Acerbo nimis"**, para decir con toda la energía de nuestras almas que es necesario, no tan sólo llorar sobre esos males o encarar de cualquier modo este problema, sino buscar **los medios más aptos** y eficaces para darle una completa solución.

Porque es necesario decirlo, y las quejas de los mismos educadores se encargan de confirmarlo; aún aquellos niños que reciben educación cristiana, al llegar a la juventud guardan bien poco de lo que han aprendido, la religión se convierte para muchos en letra muerta, o pasa a ser una práctica más o menos rutinaria pero que de ningún modo informa el pensamiento y la vida de aquel que las posee.

Se ha hablado mucho del problema de la incredulidad; yo creo que más urgente y más grave entre nosotros, porque más general, es el problema de aquel inmenso ejército de católicos, que sin perder su fe, no la viven, que sin renegar en principios de sus creencias, pasan en la práctica a cada instante sobre ellas, que del cristianismo han penetrado tan sólo la corteza y que ignorantes de las infinitas bellezas que contiene ven en la religión, poco más que un salvo conducto o una póliza de seguro para la eternidad. Aquellos de quienes bien dice el P. Noble, O. P.: "Hay creyentes que llevan el nombre de hijos de Dios y no reconocen a Dios como Padre".

¿La causa? — No seré yo quien la señale, sino dejaré la palabra a una muchísimo más autorizada, Godofredo Kurth, el gran historiador belga, quien a una encuesta de **"La Croix"** sobre las causas de la ignorancia religiosa daba esta respuesta: "Según mi opinión, una de las causas mayores de la ignorancia religiosa, quizás aún, **la más grande**, es la ignorancia litúrgica". Y esto que a primera vista pudiera parecer exagerado, encierra, si se considera atentamente, una profunda verdad.

En realidad, la gran crisis de las almas cristianas en nuestros días es una incomprensión inmensa del sobre-

natural, un desconocimiento completo de esa vida divina a la cual hemos sido llamados en el bautismo, una tendencia a considerar las cosas mismas de la religión en un plano meramente natural y humano.

Nos lamentamos a menudo de la poca trascendencia que la idea cristiana tiene en la vida práctica de muchos creyentes y nos olvidamos que esa conducta tiene su origen en la influencia racionalista, que ha envenenado el ambiente moderno y hecho llegar sus miasmas al campo mismo de la religión. Se habla de Dios, de la moral y las leyes del Decálogo, se exalta el aspecto social de la vida cristiana, pero se olvida o se desconoce su carácter principal, el ser religión sobrenatural.

Porque, con el Card. Mercier, es necesario decir, que "nuestro Dios no es el Dios de la teodicea racionalista y de la religión natural; nuestra moral no es la de la filosofía estoica o kantiana, nuestra fe es revelada, nuestra moral es el Evangelio" (1). "Predicar el Evangelio, dice el mismo Cardenal, es predicar el Misterio cristiano, que consiste en la comunicación de la vida de la Sma. Trinidad a nuestras almas, por el Espíritu de Cristo Jesús resucitado y remontado hacia su Padre".

La gran ignorancia religiosa de nuestra época, no está tanto en las razones o motivos de creer, cuanto en este aspecto sobrenatural de la religión cristiana y en los dogmas que con él tienen directa relación; pecado original, fin último y sobrenatural del hombre, redención y medios instituídos por Jesucristo para aplicarnos los méritos de su Pasión. Por tanto a combatir ese mal deben tender directa y especialmente la educación cristiana en cada una de sus formas.

1) **La Liturgia y el Misterio cristiano.**—Ahora bien, ante este mal, la liturgia se presenta como eficaz remedio; por ella penetramos en el misterio de Cristo, por

---

(1) Card. Mercier - Vie interieure p. 312.

ella, según frases del célebre profesor de Berlín, Guardini: "Vivimos no tan sólo en la Iglesia, sino vivimos la Iglesia" (2).

Detengámonos un momento en este punto. La Iglesia Católica es una **religión ritual,** tal es el primer aspecto bajo el cual se la contempla; pero esos ritos externos, no son sino la expresión sensible de algo interior que existe en ella, a saber: la vida de Cristo que en ella y por ella se comunica a las almas. San Pablo la define comprensivamente "como el cuerpo místico de Cristo" (3). Es Cristo continuado, o aún mejor, es la Encarnación permanente del Hijo de Dios. Vivir con la Iglesia, sentir con la Iglesia, es sentir y vivir con Jesucristo. Ahora bien, del mismo modo que el Verbo eterno quiso "per omnia fratribus similari" (4), hablarnos en una carne mortal, presentarse ante nuestros ojos en forma sensible, para que al través de su Humanidad llegásemos a su Divinidad, asimismo la Iglesia, su prolongación en el tiempo, por el medio externo y sensible de sus ritos, transmite las energías sobrenaturales e invisibles que Cristo ha depositado en ella.

Quien penetra en el sentido profundo de esos ritos y oraciones, quien comprende su sobrenatural energía, quien en ellos encuentra la expresión oficial y auténtica de nuestros sentimientos y actitudes ante Dios, quien sobre todo, recuerda que esa liturgia es la voz que todos los miembros de Cristo, unidos a su Cabeza y por intermedio de ella, alzan al Padre de los cielos, penetra en la verdadera vida sobrenatural, en ese "sacramentum abs-

---

(2) L'Esprit de la Liturgie.

(3) Léase en modo especial la Epístola a los Efesios.

(4) "Quiso ser en todo semejante a sus hermanos". (Hebr. II, 17).

conditum a seculis" (5) de que habla San Pablo y que no es otro, que el de la humanidad regenerada en la Sangre inmortal del Cordero, recibiendo de El su vida por medio de la Iglesia.

¿Nos admiraremos entonces al oir proclamar a uno de los más grandes Pontífices, Pío X, que "siendo su vivísimo deseo el que el espíritu cristiano vuelva a florecer en todo, es necesario ir a beber ese espíritu en su primero e ireemplazable manantial, que es la participación activa de los fieles en los sacrosantos misterios y en la pública y solemne oración de la Iglesia"? (6).

Sólo mediante ese concepto sobrenatural de la Iglesia, que el conocimiento de su liturgia da, se puede levantar el alma a los misterios que en ella se encuentran. Sólo así se podrá remediar esa idea tan humana que de la Iglesia se tiene y que uno de los más geniales autores modernos, Guardini, al hablar del falso aspecto bajo el cual algunos la consideran, dice que para gran número es una especie de burocracia, una administración, el ministerio de lo espiritual, una formidable cancillería, no la casa que abriga y que alimenta y el organismo por el cual circula la sangre de una vida divina.

2) **La Liturgia y el dogma.**—La liturgia, no tan sólo nos da el concepto sobrenatural de la Iglesia, sino que al mismo tiempo, nos presenta el compendio más perfecto de la doctrina católica; segunda razón que señalaré brevemente para mostrar su influencia e importancia en la educación.

La frase de San Celestino I, que ha pasado a ser un aforismo dogmático, "legem credendi, lex statuat suplicandi", la ley de rogar establezca la ley de la fe, es la mejor expresión de lo que la liturgia es para el dogma.

---

(5) "Misterio escondido desde el origen de los siglos en Dios". (Efesios, III, 9).

(6) "Motu Proprio" de 23 Noviembre 1905.

Así la ha considerado siempre la tradición de la Iglesia, y si no temiera hacerme excesivamente largo, traería aquí las citas de Padres de tanta autoridad como S. Agustín y S. Ambrosio, fundador de la liturgia que lleva su nombre, S. Isidro de Sevilla y S. Gregorio Magno; Pontífices como Sixto V en su Bula "Immensa" (1558), Pío X en su "Motu Proprio" de Novbre. de 1903, Pío XI en su Encíclica "Quas Primas" y en su Bula "Divini Cultus Sanctitatem"; concilios como el de Trento, en su sesión 22.ª y autoridades de tanto renombre en la Iglesia universal, como un Cardenal Mercier o Schuster, Maffi o Dubois.

Sin descender al detalle de esas citas, señalaré cómo en realidad la liturgia es un compendio admirable de las grandes verdades de la fe.

En primer lugar, la gran fuente de la liturgia es la Sagrada Escritura. A través de las Epístolas y los Evangelios de sus Misas, de las lecciones de su Oficio Divino, va pasando ante los ojos del cristiano la palabra del Espíritu Santo en los libros sagrados de la fe. El Salterio, puede decirse, forma la trama del Breviario, y nadie que haya leído esos admirables himnos podrá desconocer cuántos tesoros de doctrina y piedad encierran sus estrofas. Pero no sólo la liturgia nos da la Escritura Santa, sino que al mismo tiempo nos enseña las lecciones que contiene. Ella dispone los textos bíblicos utilizándolos con el fin de sacar las lecciones que pretende y esa utilización tiene, sin duda, un valor de interpretación doctrinal innegable.

Se nos reprocha a menudo, especialmente por los protestantes, la poca importancia que en nuestra formación dogmática y piadosa damos a la Biblia. El reproche, quizás es injusto, en algunos de sus aspectos, pero en el fondo tiene mucho de verdad. La Biblia, es necesario decirlo, no ocupa actualmente en la vida cristiana, el lugar que tenía en los grandes siglos de la fe. ¿Qué me-

dio más fácil y pedagógico que el iniciar en la Sagrada Escritura por medio de la liturgia? Quien se familiariza con los textos litúrgicos, tendrá ciertamente, un conocimiento profundo de la Biblia, y no tan sólo ese conocimiento seco del estudio, sino ese otro lleno de calor y vida que la Iglesia le da uniéndolo a la vida de Cristo y de sus santos y disponiéndolo en forma que aparezcan mejor los ejemplos del Salvador y las virtudes que esos santos practicaron.

Pero, no es sólo la Biblia la que encontramos en la liturgia, junto a aquélla se encuentran los textos compuestos por la Iglesia con los elementos sacados de la tradición; cuánto valor doctrinal éstos encierren se apreciará, al pensar que ellos han salido de los más grandes Padres y Doctores de la Iglesia, u otras veces de esos delicados autores anónimos, que quizás desearon permanecer siempre en la obscuridad para ser expresión más perfecta de toda la fe y piedad del pueblo cristiano. Bastaría citar aquí composiciones como el "Quicumque", atribuído a S. Atanasio, magnífico compendio de teología trinitaria, los "Improperios" del Viernes Santo y el "Exsultet" del Sábado de Gloria, admirable exposición de la obra redentora de Cristo, los himnos de Sto. Tomás, monumento doctrinal el más hermoso levantado a la Santa Eucaristía, y así de las demás composiciones litúrgicas, himnos, antífonas, responsorios, etc., donde vibra toda la tradición de la Iglesia.

Además de las oraciones, los ritos y prescripciones litúrgicas tienen un gran valor doctrinal. Por no citar más que algunos ejemplos, el trono que el Obispo ocupa en la Misa Pontifical habla claramente de su preeminencia en la Iglesia, los ritos sacramentales del Bautismo, enseñan elocuentemente lo que este sacramento produce en el alma, los honores que se tributan al libro del Evangelio a su lectura, muestran la estima en que la Iglesia tiene a la palabra de Cristo; y así sucesivamente de in-

numerables ritos y prescripciones, que bien comprendidas, hacen que el cristiano adquiera un conocimiento profundo, práctico y amoroso de su fe.

No sería completa la exposición de este segundo punto sobre el valor doctrinal de la liturgia, si no se añadiera un hecho histórico que viene a darle mayor autoridad, y es el siguiente: la Iglesia, desde su fundación ha utilizado la Misa de Catecúmenos y los otros sacramentos para instruir sobre las cosas de la fe a los que iban a ser cristianos o a los que ya lo eran; y la mejor comprensión del dogma entre los fieles, ha correspondido siempre, al mayor empleo de esta pedagogía sobrenatural de la Iglesia. Todas las grandes obras de reforma interna para luchar contra la pérdida del verdadero espíritu cristiano se han iniciado por una intensificación del espíritu litúrgico. Estúdiese la obra de S. Gregorio Magno en el siglo VI, o la de S. Pío V en el XVI para la Iglesia universal; la de los monasterios de Cluny en el X o la de D. Gueranguer el XIX para una orden religiosa y se verá cómo por el medio tradicional se ha vuelto al primitivo y verdadero espíritu. "No hay, dice D. Gueranguer, un solo artículo de la religión que no sea, no solamente enunciado en el ciclo del año litúrgico, sino inculcado con la autoridad y la unción con que la Iglesia sabe adornar su lenguaje y sus ritos tan expresivos".

¿Podemos después de esto encontrar exagerada la frase de Kurth, que citábamos más arriba, atribuyendo la ignorancia religiosa a una gran ignorancia litúrgica, cuando veinte siglos de historia comprueban esa aserción? ¿Podremos, después de esto, decir que la liturgia es un mero "dilenttantismo" artístico o arqueológico cuando toda una tradición se levanta para mostrárnosla como el tesoro riquísimo del dogma hecho vida, encargada, como D. Festugiére, dice, de "continuar real y místicamente la presencia de Jesús, su acción y su palabra en-

tre los hombres?" (La liturgie cath. Maredsous, 1913, p. 113).

3) **La Liturgia método de educación.**—El vasto tema del valor doctrinal de la liturgia podría desarrollarse ampliamente, pero apartaría del objeto de este estudio: veremos un tercer punto de mayor importancia práctica: el de la liturgia como **método** de enseñanza. Bajo dos aspectos debe considerarse, como método sobrenatural y natural de educación. Veamos brevemente el primero.

a) La educación cristiana tiene como último fin la formación sobrenatural del hombre. Los medios y conocimientos humanos entran sólo como elementos en esa construcción sobrenatural. No hay dos formaciones separadas, la del hombre y la del cristiano, sino una sola perfectamente armónica: **la del hombre en el cristiano.**

Un educador cristiano no puede prescindir de ese elemento divino que se llama la gracia santificante, como no puede olvidar ese germen de corrupción, que se llama el pecado original. Ahora bien, la liturgia es el medio auténtico por el cual se comunica al hombre la gracia de Dios. "La liturgia con toda su magnificencia, dice el Cardenal Gomá, es como la envoltura de la gracia. Dios quiso vincular el don magnífico de su vida a unos ritos y a unas palabras". Mediante ella, la vida de Cristo está siempre presente a nuestros ojos y adquiere caracteres de dramatismo cuya fuerza es imposible desconocer. El dogma de la gracia y de la vida sobrenatural, su consecuencia, tan difíciles de hacer comprender abstractamente, alcanzan por la liturgia una realidad y viveza de expresión que familiarizan al alma con los grandes misterios de la fe. Más aún, la liturgia, puede decirse que sumerge al espíritu en ese ambiente sobrenatural en el cual fácilmente fructifican las enseñanzas religiosas.

Educadores cristianos, padres o maestros, no olvidemos que nuestra misión educadora no se ha realizado, mientras no hayamos dado al niño el concepto sobrenatural de la vida, mientras no lo hayamos aproximado y hecho sentir las verdades reveladas de nuestra fe, mientras no lo hayamos **hecho orar en vez de recitar oraciones**; y esto no se realiza solamente con una lección o una fórmula de memoria, es necesario hacérselos vivir; y esta pedagogía sobrenatural realiza la liturgia.

Cuando ella vuelva a ocupar en la enseñanza y en la vida cristiana el puesto que la Iglesia le ha señalado, volveremos a contemplar de nuevo los grandes siglos de la piedad cristiana.

b) La liturgia, junto con ser el gran método sobrenatural tiene igualmente un inmenso valor pedagógico como método natural de educación.

Nadie ignora la importancia que actualmente tienen los métodos intuitivos en la enseñanza. Aunque estemos lejos de aprobar los errores que se encuentran en las modernas escuelas pedagógicas, no podemos negar los grandes progresos que en la parte didáctica y metódica se han realizado, debidos especialmente al mayor papel que en ellos se ha dado a la intuición. Llamo métodos intuitivos a aquellos que conducen al niño del mundo sensible al mundo intelectual y moral, que por cierto, no es descubrimiento de nuestros días, sino hecho antiquísimo, especialmente en la historia de la Iglesia.

Bastaría citar los nombres de Vittorino da Feltre, que en el siglo XIV establecía en Italia su célebre instituto; Komenski, en Alemania, que en el siglo XVI utilizaba la intuición en la enseñanza del idioma, y cuyo método se sintetizaba con las palabras: ver, pensar y hablar. El gran franciscano P. Girard, de Friburgo, etc., etc.

Ahora bien, el método intuitivo tiene una especial importancia en la enseñanza religiosa ya que es el mejor medio para envolver a las ideas universales en una individuación y dar a las abstracciones una presentación concreta.

No sólo nuestra naturaleza humana exige este método, lo que ya los escolásticos proclamaron al afirmar que "nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu" (8) sino que el mismo Dios quizo establecer esta forma de conocimiento religioso, pues, como profundamente observa Mons. Freppel, en la Encarnación, uniendo la divinidad a la humanidad, haciendo visible a Dios, quedó establecido el principio de la intuición. Y la enseñanza de Cristo, sus parábolas, sus milagros ¿qué otra cosa fueron sino perfecto método de intuición?

Es sin duda, el método más agradable, tanto para el maestro, como para el discípulo, el más rápido y el más eficaz, pues cada vez que el objeto o el hecho utilizado se nos representa renace también la enseñanza doctrinal que con él se ha asociado.

Ahora bien, todas estas ventajas del método intuitivo la Iglesia las ha aprovechado para sus enseñanzas, haciendo de la liturgia la gran escuela de formación religiosa de la humanidad. Tanto el material litúrgico, templo, altar, ornamentos, colores, etc., como los distintos tiempos de su ciclo temporal, Cuaresma, Pascua, etc., como los ritos en la administración de los sacramentos y celebración de sus oficios, el valor expresivo de sus fórmulas de oración, las puras armonías de su canto y el simbolismo profundo de su arte, tienen un valor de enseñanza intuitiva, que nadie podrá desconocer.

"El culto católico, dice el P. Gillet, es un inmenso arsenal donde el educador puede ir a obtener el lenguaje,

---

(8) Nada hay en el entendimiento que no haya estado antes en los sentidos.

las sensaciones visivas, auditivas, que encarnan a sus ojos las ideas y sentimientos cristianos. Ninguna doctrina posee en el mismo grado que el catolicismo los medios para aplicar el método intuitivo a los niños".

Es cierto, que no todas las verdades religiosas son susceptibles de ser presentadas intuitivamente, por ejemplo, el misterio de la Santísima Trinidad, pero los métodos intuitivos pueden servir de preparación para exponer dicha verdad; así en el mismo ejemplo al narrar el Bautismo de Jesús puedo hablar de la Sma. Trinidad.

Y esa intuición no es un hecho aislado que habla a una sola facultad, como el maestro de botánica que muestra al alumno una planta para que vea las cualidades que de ella ha descrito, sino que en la liturgia es una acción conjunta de todas las otras facultades que la esfuerzan e iluminan, dándole una fuerza de penetración que la hace superior a los sentidos. "Véase, por ejemplo, dice el Cardenal Gomá, el acto de la elevación en la Misa solemne; el celebrante de pie, solo, levanta hasta que la vea el pueblo la hostia divina; el subdiácono la inciensa; un acólito marca el ritmo de la acción del sacerdote con la campanilla; el pueblo profundamente recogido, se golpea el pecho y ora; el órgano deja oír suave melodía; las campanas de la torre anuncian al pueblo que no asiste al sacrificio, el acto que en el templo se realiza. Intuición, fuerza dramática, arte, intervención del pueblo, todo da la impresión al sentido, que pasa a emoción, que llega a la inteligencia, de que se realiza el acto supremo de adoración".

Intuición, sin embargo, no basta en la enseñanza, junto a ella, para componer y unir los elementos que proporciona, se requiere la síntesis; y he aquí, que la liturgia se presenta como perfecta síntesis religiosa. Síntesis doctrinal e histórica en su ciclo, síntesis ascética en su Misa, síntesis objetiva en su templo, sínte-

sis teológica y piadosa en sus formas de oración, toda ella es una vasta síntesis.

Ella dió al pueblo cristiano, cuando el pueblo bebió de ella, esa fe a la vez profunda y sencilla, esa unidad de visión del mundo que contemplaba las cosas al través de una gran idea, ese concepto orgánico de la sociedad, que el mundo anarquizado busca hoy ansioso, esa síntesis de la vida, cuya expresión más perfecta es la Catedral de la Edad Media, monumento grandioso de un pensamiento y de un arte que se apoya y vive de la fe.

No podría terminar estas cualidades pedagógicas de la liturgia, sin enunciar al menos, dos de no pequeña importancia. La primera, es el ser un método de infiltración que lenta, progresiva, fragmentariamente, va dándonos los distintos conocimientos religiosos.

Se ha hablado y discutido mucho sobre las ventajas y defectos de los llamados sistemas concéntricos y antiguo. Sin renovar esa cuestión, baste decir, que la liturgia, por la razón que se acaba de señalar, tiene las ventajas y carece de los defectos de ambos métodos. Del concétrico,. tiene la enseñanza gradual y progresiva, tan necesaria para adaptarse a las distintas fases porque atraviesa el desarrollo mental del niño. Del llamado antiguo, tiene su valor de síntesis, su visión de conjunto, que aún en los conocimientos elementales se advierte.

Véase, por ejemplo, qué idea tan completa de la obra de la Redención puede sacarse al recorrer atentamente el ciclo cristológico, desde Adviento que lo prepara a Pentecostés que lo consuma.

La segunda cualidad, a la cual ya se había aludido antes, aunque accidentalmente, es la de hacer realizar prácticamente la fe que se ha conocido. Sabemos la importancia real que tienen en la enseñanza los métodos

que pudiéramos llamar vivos, ahora bien, a nadie se oculta cómo se encuentra esa vida en la liturgia.

"La liturgia, dice el abate Malherbe, es nuestra fe orada, cantada, traducida en oración, en adoración, en elevación, hacia Dios; es nuestra fe pasando por nuestro espíritu y nuestro corazón, por nuestros labios y por nuestros actos y realizada por la gracia divina que la Iglesia pide por nosotros y para nosotros".

Por ser un método vivo, la liturgia es un método eminentemente popular. ¡Oh, si hiciésemos comprender a los niños esta idea: que la religión no es sólo una ciencia que se estudia, sino sobre todo una ciencia que se vive! ¡qué sólido fundamento para su formación sobrenatural!

Termino esta parte, con las palabras de un pedagogo alemán de reconocido mérito, Krieg, que en su obra "Catequesis" dice: "Querer ingertar la religión en el corazón infantil, sin tenerlo en relación con el culto, fuente perenne de religiosidad, es sustraer a la fe su base, alejando al niño del manantial de múltiple y continua edificación. La liturgia personifica la fe y el espíritu de la Iglesia, que manifiesta en el culto la propia conciencia religiosa, pensamientos y sentimientos, vida interior, con palabras, con acciones y con signos, esto es en forma sensible. **Lex orandi, lex credendi.**—En la escuela de educación y vida de la liturgia, toda la vida espiritual del niño recibe los más variados y preciosos incitamentos".

La práctica.

¿Qué medios prácticos se aconsejan para dar esta formación litúrgica y servirse de ella para la instrucción y educación religiosa?

A partir del "Motu proprio" de 1905, en que el apostolado litúrgico ha tomado un desarrollo tan pre-

ponderante en la acción religiosa de estos últimos 25 años, progreso que cada día se intensifica y extiende más, como el último congreso de Anvers lo ha comprobado, son distintos los medios de propaganda litúrgica empleados; centros parroquiales, sermones, conferencias, etc.; sin embargo, es necesario decirlo francamente, estos medios sólo tienen eficacia en un grupo restringido de personas, pero no llegan a la gran masa del pueblo, además no siempre se logra por estos medios la **asimilación litúrgica** que constituye el verdadero fin de este movimiento.

Para que la liturgia venga de nuevo a ser el patrimonio de todo el pueblo cristiano es necesario que la formación religiosa de la juventud, desde su primera infancia sea presidida por ella. Dar a la liturgia en la Catequización el lugar que **tradicionalmente** le corresponde, tal es a mi juicio, el medio más eficaz y universal de instrucción litúrgica. Podrá aún preguntarse, cómo se realizará en forma más concreta, esta unión de la enseñanza religiosa con la liturgia. Las líneas que a continuación siguen lo exponen suscintamente (9).

La vida interior de la Iglesia, cuyo conocimiento constituye el fin de la enseñanza litúrgica, se manifiesta principalmente en el año eclesiástico, la Santa Misa, los sacramentos y los sacramentales.

Comprender los ritos de éstos, es el mínimum de la enseñanza litúrgica, y tal sería materia de la educación primaria. Un estudio más detenido, sobretodo de la Misa, se impondría en la secundaria, quedando para la superior el estudio científico de la liturgia, especialmente en relación con la historia eclesiástica. Fuera de la escuela, la instrucción litúrgica debe igualmente cultivarse

---

(9) Los programas de enseñanza religiosa elaborados en 1928 en Alemania son en este género un modelo.

en el catecismo dominical, en los centros de acción católica y en las escuelas o universidades populares.

1) **Inferior.**—Introducción al estudio litúrgico en general, por la descripción detallada de la Iglesia parroquial y de algunos rasgos característicos de ella, de los ornamentos y objetos litúrgicos. Explicación de la idea fundamental que preside los tiempos y fiestas del año eclesiástico, nociones de Canto Gregoriano, y enseñanza de algunas Misas, v. gr. de **Angelis.** Por último, las cosas esenciales relativas a las ceremonias de la Sta. Misa y administración de los sacramentos en relación con las cuestiones correspondientes del catecismo. En este grado inferior, no habría estrictamente necesidad de un manual litúrgico, especial, sino que los distintos puntos litúrgicos podrían intercalarse con las instrucciones de Catecismo.

2) **Grado.**—Para la enseñanza secundaria.

Exposición más completa de la Misa, dar a conocer el "Ordo". Comentarios de los textos de la Misa de los Domingos y fiestas, para hacer penetrar en el espíritu de cada tiempo o solemnidad. Liturgia de los sacramentos mostrando el contenido dogmático de cada rito u oración y de los principales sacramentales, por ejemplo, bendición del agua, cirio, ramos etc.

En este grado se haría necesario un manual litúrgico y el Misal.

3) **Superior.**—Estudio más a fondo de algunas partes de la liturgia; sentido particular de las palabras, actos y cosas litúrgicas. Evolución histórica de los principales ritos etc., etc.

Tal sería el plan de la enseñanza litúrgica. En cuanto al método, siguiendo las normas dadas por el célebre pedagogo y liturgista alemán, Dr. Tippman, se podrán señalar estas líneas esenciales:

1) La primera es enseñar el trabajo personal. Sabido es cuánta importancia da la pedagogía moderna a es-

te factor, que en la liturgia encuentra fácil realización. Un ejemplo bastaría para demostrar su eficacia. Dése a los niños un Calendario y digaseles de anotar los pensamientos que las principales fiestas le sugieren. Condúzcaselos a la Iglesia y señáleseles los objetos del culto y pregúnteseles el por qué de su uso, etc., etc., y así de tantas otras materias.

En cuanto a los alumnos más avanzados en el estudio, hágaseles, por ejemplo, buscar la enseñanza dogmática o moral contenida en tal o cual Misa y señalar el nexo existente entre sus diversas partes, v. gr., Introito, Gradual, Ofertorio, Comunión.

2) La segunda norma, es el profundizar en la materia. Sobre un mismo tiempo o texto, cuyas líneas generales ya se han señalado, puede volverse nuevamente para verlo bajo otro aspecto, por ejemplo, histórico, o los deberes ascéticos que ese tiempo impone.

3) Pero sobre todo, es necesario tener presente la tercera norma, es la de poner la materia en relación con la vida. Poco fruto obtendremos si nos contentamos con señalar en clase un objeto del culto o explicar el significado de una fiesta, si no hacemos que el alumno encuentre en la Iglesia lo que antes se le ha enseñado. Es de gran conveniencia, por esto, el hacer las explicaciones en relación con el desarrollo del año litúrgico. Antes de las grandes solemnidades, explicarlas a los alumnos para que practiquen en la Iglesia lo que en clase conocieron y aún, si es posible todos los Sábados, dedicar, aunque fuera un cuarto de hora, a explicar la liturgia del Domingo, para que así desde sus primeros años se acostumbren los jóvenes a dar la debida importancia que debe tener para el cristiano la santificación del día del Señor.

Incalculables serían los frutos de vida cristiana, si hiciéramos penetrarse a los niños del espíritu de los grandes tiempos litúrgicos, Adviento, Navidad, Cuaresma, Pasión, Pascua, etc., no desdeñando para esto, aquellos me-

dios, que si pueden parecer infantiles, tienen, sin embargo, gran poder de evocación, y que sirven para continuar en el seno del hogar o de la escuela lo que en el templo se ha bebido.

Así por ejemplo: la corona de Adviento tan usada en Alemania, la Novena del Niño Dios con su ambiente popular y alegre, la cena de Navidad en familia, los huevos de Pascua, etc., etc., tantas piadosas tradiciones que sirven para embalsamar el ambiente de un profundo aroma cristiano y que a pesar de no formar parte de la liturgia de la Iglesia, son un reflejo de ella, de cuyo espíritu están impregnadas.

Quizás, más de alguno sonreirá al leer estas últimas líneas, pensando que con tan pueriles medios, va a realizarse una obra tan difícil, cual es la educación. No es que demos a esos medios importancia decisiva, pero tampoco queremos desconocer, cuánto ayudan a la formación del espíritu cristiano, en la familia y en la escuela, que debe ser prolongación de ésta. Además no olvidemos que el espíritu del Evangelio es de una amable sencillez y que un ideal de la educación cristiana debe ser el volver a esa infantil simplicidad, de la cual tanto nos ha alejado nuestra complicada civilización moderna.

Conviene citar como ejemplo de formación religiosa por la liturgia, los métodos empleados por la gran educacionista italiana, María Montessori. Sin pronunciarnos sobre su método y teorías pedagógicas generales, en las cuales hay varias sombras, no podemos menos de aplaudir todo el fruto que de la liturgia ha sabido sacar, para la educación infantil. Su hermoso librito "Il fanciullo in Chiesa" está lleno de interesantes y prácticas lecciones.

Las observaciones sobre el uso de la liturgia en la enseñanza religiosa que en este trabajo se han hecho, no significan, en modo alguno, la reprobación total de la exposición sistemática usada actualmente, sino insistir en la necesidad de perfeccionar este método, quitándole el

exceso de abstracción en la exposición doctrinal y dándole aquel mayor relieve sobrenatural, aquella fuerza de exposición que el método intuitivo de la liturgia posee.

Antes de terminar, sería conveniente, esbozar siquiera, dos medios, que en los colegios católicos, contribuirían poderosamente a hacer más sólida la enseñanza religiosa y más fácil la asimilación litúrgica, a saber, la predicación litúrgica y el cultivo del arte cristiano.

La educación cristiana sólo podrá dar su fruto completo cuando todos los elementos se unan en un idéntico fin común, cuando todas las ramas de las ciencias y artes, dentro del campo que les es propia, estén, sin embargo, orientadas hacia una misma idea: **dar el sentido cristiano de la vida.**

Ahora bien, dos elementos preciosos en esta obra son los que se acaban de nombrar. La homilía junto con la catequesis son las dos formas auténticas y tradicionales del magisterio ordinario de la Iglesia. La homilía, es la predicación litúrgica por excelencia, ya que se realiza dentro del gran acto litúrgico, la Santa Misa y tomando base en los textos litúrgicos, especialmente el Evangelio del día. Ese fué el gran método de los Padres de la Iglesia, de esos hombres que en medio de las ruinas del paganismo supieron edificar generaciones conocedoras profundas de su fe. Bastaría recordar tan sólo como ejemplo, las preciosas homilías de S. León el Grande, en la Navidad o las de S. Agustín en las fiestas de Pascua hablando del Aleluya del cielo (Serm. 256, 5. Col. 1193), para ver cómo la liturgia era la base de su predicación.

En cuanto al estudio del arte cristiano en sus diversas formas, es un auxiliar poderoso para el mejor conocimiento litúrgico.

Si la liturgia es, como hemos dicho, la expresión del

pensamiento de la Iglesia, por esta razón, es también belleza, ya que no debemos olvidar la profunda definición de S. Agustín: "Pulchritudo est splendor veritatis" La belleza es el esplendor de la verdad.

La liturgia **no es arte, pero en ella hay arte.**

"El cristianismo, escribe Emile Male, que fué desde el comienzo la religión de las ramas más finas del Mediterráneo, recibió el arte como amigo. Parece que la Iglesia hubiese podido sin esfuerzo prescindir de esa ayuda de la línea y el color: la belleza que traía al mundo era de otro orden. Pero no lo juzgó así: **Ella vió en el arte un aliado.** El hombre no siendo puro espíritu, pensó que debía tomarlo, tanto por los sentidos, cuanto por el alma. Sus grandes doctores, además, mostraban en la belleza la huella divina, el presentimiento de un arte más alto" (10). Arte pictórico, escultórico, musical o dramático inspirado por el pensamiento de la Iglesia puede ser medio eficaz de educación, y de hecho lo ha sido; puesto al servicio de la liturgia ha ennoblecido nuestras catedrales en los colores admirables de sus vitrales o en los Cristos doloridos de sus retablos, ha producido las purísimas armonías gregorianas o las elevadas polifonías, ha dado al pueblo fiel en el drama las escenas tiernísimas de los "misterios" y a nuestra literatura clásica española los "autos sacramentales".

¿Por qué no nos servimos de todos estos elementos cuya fuerza evocadora nadie puede desconocer?

Mostrar el desarrollo del arte cristiano junto con la historia, enseñar el canto gregoriano (11), hacer que en los colegios en vez de insulsas comedias se representen

---

(10) Emile Male, Miembro del Instituto. Art. de la "Revue des jeunes" 1922.

(11) Léase la Bula **Divini Cultus Sanctitatem**, de S. S. Pío XI, con el interesante comentario de S. E. Mons. Juan Subercaseaux, Obispo de Linares.

esos "Misterios" o "Autos Sacramentales" tal como Henri Gheon, con tanto éxito, lo está realizando en Francia, sería llamar en nuestra ayuda todos estos medios que hoy día poco o nada se aprovechan y hacerlos concurrir a un mismo y sobrenatural fin: la educación cristiana.

El P. Huby, en su célebre obra "Christus", escribe: "El admirable éxito de la Edad Media en materia de religión exterior, está en la difusión de verdades y emociones religiosas por medio de las artes, especialmente el arte dramático y la arquitectura. Las Catedrales son a la vez para el pueblo, Biblias y Sumas de Teología, cuanto más se las estudia en detalle más se queda impresionado de la intelectualidad y popularidad extrema del arte que las constituyó y ornó".

Al terminar este sencillo trabajo, lo hago formulando el deseo, más aún, el anhelo profundo de mi alma, de que en este siglo tan ansioso de novedades, en que tantos sistemas se han fabricado y ensayado, volvamos en nuestra educación religiosa a los grandes métodos tradicionales, dando en ellos el lugar que por derecho propio y por historia corresponde a la liturgia.

Si esto puede parecer retrógrado, recuérdese que la Iglesia sabe siempre en su perenne juventud hacer brotar de su tesoro antiguo cosas nuevas: "Profert de thesauro suo nova et vetera" (Mat., XIII, 52).

CAPITULO III

SIGNIFICADO Y FRUTOS DE LA PIEDAD LITURGICA

I.—Significado del movimiento litúrgico.

La generación actual vive una época trascendental en la historia del mundo. De las ruinas de una civilización surge una nueva, buena o mala, no es del caso ahora investigarlo, pero que, de todos modos, nos corresponde a nosotros el hacer que vaya inspirada en los principios cristianos, lo cual lo obtendremos por el conocimiento y práctica integral del ideal católico.

Para consuelo de los pesimistas, junto a la invasión del espíritu pagano en la edad moderna, asistimos a una profunda reacción en el campo católico, sea en el intelectual, ascético o social y que puede caracterizarse en esta fórmula: **vuelta a las fuentes primitivas.** Un aspecto de esta reacción es el movimiento litúrgico.

1) **Causas remotas.**—La primera causa, que pudiéramos llamar psicológica, se encuentra en que este renacimiento litúrgico responde a una necesidad urgente del momento presente. En efecto, si estudiamos la crisis dolorosa del alma moderna, vemos que ella tiene como raíz más profunda lo que un autor ha llamado inteligentemente "la auto-intoxicación del yo". Este egoísmo metafísico, obra del protestantismo, significa en el orden espiritual la sustitución del "yo" a la Iglesia, el imperio de

la anarquía individualista sin otra ley que el deseo variable y el capricho. El alma moderna, a veces quizás inconscientemente, quiere librarse de ese "yo" que la destruye, y establecerse en el Orden y en el Absoluto; por eso vemos que existe un perfecto paralelismo entre la vuelta a la metafísica y el restablecimiento de todos los valores ontológicos en el campo de la filosofía y el renacimiento litúrgico en el campo de la ascética y piedad cristiana.

Siendo la liturgia un culto social, una oración social, una vida social, despoja al hombre de su "yo" y exalta en cambio su personalidad, ya que ésta aumenta a medida que el alma elevándose sobre el mundo sensible, se adhiere más a aquello que constituye la vida del espíritu. El santo es el hombre que posee la plenitud de la personalidad, porque ha logrado independizarse de la creatura.

La piedad litúrgica ha sido el remedio providencial ofrecido por la Iglesia al alma moderna, enferma de excesivo individualismo. Al través de la vida litúrgica las almas han comprendido que la piedad gira, no alrededor de uno mismo, sino de Cristo Señor Nuestro, y en el culto oficial de la Iglesia han encontrado lo que en su reducida individualidad no alcanzaban a percibir.

La otra causa remota del renacimiento litúrgico la encontramos también en otra característica de nuestra época. A pesar del racionalismo que flota en el ambiente, existe en el fondo del espíritu moderno un ansia de religiosidad que en el que se encuentra fuera de la Iglesia se manifiesta en una inmensa inquietud, y en el católico en un deseo intenso de vivir en toda su plenitud la Iglesia. Este anhelo del católico de "vivir la Iglesia" es una manifestación de lo que antes decía; el deseo de volver a las fuentes primeras del Cristianismo, haciendo revivir la tradicional noción de Iglesia, la que constitu-

ye el fondo de la doctrina de S. Pablo y que en los últimos siglos se había obscurecido.

En efecto, para luchar contra las deformaciones protestantes fué necesario insistir mucho en la parte externa de la Iglesia, su estructura, sus notas, etc., debilitándose con esto el concepto de Cuerpo místico de Cristo, prolongación viviente a través del tiempo del misterio de la Encarnación.

Para muchos católicos, la Iglesia ha llegado a ser algo externo a nosotros, a donde únicamente se acude en determinados momentos de la vida, lo que Guardini ha llamado con ingenio "una especie de burocracia de lo espiritual"; se admiran sus cualidades, se reconoce su obra, se la considera como un museo en donde se han reunido las grandes producciones de la inteligencia, pero se olvida su verdadera esencia, la tradicional dada por S. Pablo: Cuerpo Místico de Cristo.

La Iglesia, por tanto, no es un conglomerado de personas, es una comunidad, un organismo visible y vivo al través del cual circula la vida de Cristo. Recordemos la comparación que el mismo Nuestro Señor hace entre la vid y los sarmientos para comprender la realidad de esta idea.

Jesucristo ha querido prolongar la obra de su Encarnación por medio de este organismo viviente, al cual se ha unido como la cabeza al cuerpo para comunicarle la vida e imprimirle movimiento. Unicamente por medio de este organismo, la Iglesia, se comunica Dios al hombre, ya que Jesús es el único mediador entre la tierra y el cielo.

Ahora bien, este organismo, o sea la Iglesia, con su vida íntima, su pensamiento, sus aspiraciones, su tradición, con toda su alma, se ha cristalizado en su lengua, que es la oración, y precisamente la oración litúrgica. Por esta oración el hombre no queda abandonado a sus solas fuerzas naturales para glorificar a Dios, no es una gota

de agua considerada aisladamente, sino que unido a Jesucristo y a la Iglesia entera, participa de la potencia y de la inmensidad de este océano, y por esto, como escribe D. Chautard: "su oración se diviniza y abraza todos los siglos, de la creación de los ángeles y de su primera adoración a nuestros días. Ella va desde Adán y sus afectuosos coloquios en el Paraíso terrestre con el Creador, a la oblación de Abel, de Melquisedec y de Abraham; desde la Pascua israelita y de las oraciones y reparaciones de David y de todos los santos de la antigua Ley hasta el Calvario, centro de la liturgia y hasta la Eucaristía su memorial viviente. Ella comprende todas las generaciones de almas santas que la Iglesia ha creado desde el día de Pentecostés; aún más, se identifica con el Verbo, mediante aquella alabanza divina que brota incesantemente del hogar de Amor Infinito que es la Sma. Trinidad".

De este modo la liturgia responde a esta segunda característica de nuestra época, haciéndonos vivir en toda su intensidad la Iglesia en su concepto de Cuerpo Místico de Cristo. En efecto, la liturgia no es sino la realización, la actuación de este dogma. Ella nos da el sentido de esa vida social, de esa comunidad de bienes, de esa igualdad de destino de los miembros de un mismo cuerpo, ella nos hace comprender que todos somos unos en Cristo y que mediante esa sociedad sobrenatural de la Iglesia es como vamos a Dios.

En la liturgia no es mi pobre individualidad la que ora, es la Iglesia que ora por medio mío. Mis sentimientos, mis afectos, mis propios intereses son absorbidos por los sentimientos, intereses y afectos de la Iglesia. Por la oración mi plegaria no es aislada, sino que pasa a formar parte de las voces que integran la maravillosa armonía de la oración de la Iglesia. Por esta razón la liturgia no dice "yo" sino "nosotros".

En la liturgia es una comunidad la que ora, pero una comunidad que constituye una unidad. La doctrina del

cuerpo místico que la liturgia actúa recuerda al cristiano que él es una célula de esa unidad vital, un miembro de ese cuerpo.

Deseo de desprenderse del "yo", o sea reacción anti-individualista en la piedad y anhelo de vivir la Iglesia en toda la plenitud de su concepto tradicional, han sido los dos grandes factores psicológicos y las dos causas remotas del movimiento litúrgico; la causa próxima y ocasional fué el "Motu Proprio" de Su Santidad Pío X, que trataremos a continuación.

2) **Decadencia litúrgica y restauración.**—La liturgia, que había poderosamente contribuído a la regeneración de la sociedad pagana en los primeros siglos del cristianismo y a la conversión y educación de las naciones nacidas de las invasiones bárbaras desencadenadas sobre Europa, que había inspirado y vivificado la Edad Media, dándole esa mezcla de sencillez y de grandeza que brotaba de su unidad espiritual, comienza a perder algo de su influencia en el pueblo cristiano a partir del siglo XV, debido al espíritu individualista que el Renacimiento iba infiltrando en la civilización.

La reforma protestante viene a agravar el mal. La gran unidad espiritual obrada por la Iglesia en el campo intelectual, político y moral, queda rota, y el hombre abandonado en el caos de la dispersión individualista. En efecto, los numerosos artículos del programa protestante se dirigen a una idea central: unir al hombre con Dios suprimiendo todos los intermediarios que pretenden interponerse entre ambos términos. Ahí donde el catolicismo ve medios para ir a Dios, el protestantismo no ve sino obstáculos que impiden las ascensiones del alma. El dogma absoluto, la tradición, los cuadros de una sociedad visible, el magisterio, sacerdocio, sacramentos, ritos; en una palabra, todo lo que caracteriza a la Iglesia católica, debe desaparecer. Y de un modo especial este ataque va contra la liturgia, ya que siendo para el protestante

la salvación un asunto estrictamente privado, nada tiene que intervenir en ella la oración pública y el culto oficial.

A pesar de que la Iglesia condena, primero por boca de León X, y en seguida por el Concilio de Trento los errores luteranos, el espiritu del individualismo protestante logra sutilmente infiltrarse en la piedad católica, y así ésta se aisla de la piedad de la Iglesia, se desvía en las devociones privadas, y aunque el Concilio de Trento exhorta vivamente a no apartarse de la liturgia, el camino de la piedad se inclina hacia el individualismo.

El paso estaba dado; otras causas vinieron a agravarlo. El jansenismo, quietismo y galicanismo, hijos directos del protestantismo, ayudaron a alejar más la piedad de su fuente principal, la liturgia. El jansenismo, que reduce todo en la piedad, a la afección y a la sensación, rompe el equilibrio admirable que la liturgia mantiene entre el pensamiento, la emoción y la acción en la vida cristiana. El quietismo, con su pasividad absoluta, separa a las almas de los actos solemnes de la liturgia, las aisla de la comunidad de los fieles. El galicanismo por fin, tercera etapa de este proceso, aparta a la liturgia de Roma, su centro de unidad, hace diversos los ritos de cada diócesis y separa de esa liturgia única, expresión visible del gran dogma de la Comunión de los Santos.

Del campo de la filosofía anticristiana viene un nuevo ataque: la doctrina antisocial de Juan Jacobo Rousseau, puesta en práctica por la revolución francesa, hace que aún el ambiente político y social se impregne de individualismo, lo que indirectamente repercute también en el campo de la piedad.

Las consecuencias de este individualismo en la piedad son demasiado manifiestas para insistir en ellas; las devociones privadas, florecieron con desmedro de la devoción auténtica y oficial, el sentimiento prevaleció sobre la idea, la armonía entre el pensamiento, el sentimiento y la voluntad se rompió para dejar pleno dominio a la sen-

sación que fué para muchas almas la base de su piedad y al cimentarse ésta sobre tan débil fundamento cedió a menudo al choque de la invasión pagana que domina a nuestro siglo.

3) **Renacimiento Litúrgico.**—Ya en el siglo pasado se habían destacado algunos precursores de la renovación litúrgica: Chateaubriand, obedeciendo más a impulsos de su romanticismo, que de una verdadera piedad, daba a conocer en su "Genio del Cristianismo" las bellezas del culto católico; Dom Gueranguer, verdadero iniciador de este movimiento, le da su base doctrinal. Ordenado sacerdote, movido del deseo de emprender esta restauración, escribe sus "Consideraciones sobre la liturgia católica", comprende que una obra de esta especie no puede realizarla un hombre solo, y concibe la fundación de Solesmes dentro de la pura y estricta tradición benedictina; va a Roma, hace su profesión religiosa en la abadía de S. Pablo, extra muros, y vuelve a Francia a realizar su proyecto. Los dos conventos de religiosos y religiosas benedictinas, pasan a ser focos de vida litúrgica y centros de la más profunda investigación de ciencias eclesiásticas. Ahí escribe sus famosas "Instituciones litúrgicas", y desde ahí inicia su campaña por la unificación litúrgica en las diócesis, que alcanza en pocos años pleno resultado. En 1841, publica su obra magna, que, desgraciadamente, dejó inconclusa, "L'année liturgique". El periódico masónico "L'Evenement" dió de ella el siguiente juicio: "He aquí una obra que hará tanto mal como los cuentos de Voltaire han hecho de bien". Los enemigos mismos comprendían la trascendencia de esta empresa.

Estas obras aisladas, especialmente las que realizaban los benedictinos alrededor de sus monasterios, iban a tener pronto una aprobación oficial; José Sarto, el Patriarca de Venecia, el humilde párroco de Riese, subía en 1903 al trono pontifical con el nombre de **Pío X.**

El pastor de almas que había conocido todas las necesidades y problemas del ministerio eclesiástico, extiende su mirada llena de infinita caridad por el mundo desquiciado de sus eternos ejes, y traza con frase del Apóstol su vasto y colosal programa: **"Instaurare omnia in Christo"**, restablecerlo todo en Jesucristo, piedra fundamental, volver a las fuentes primitivas, hacer que la nueva civilización que él presiente que nace, traiga desde su cuna el sello de la Iglesia. Una tarea inmensa se ofrece ante su vista: codificación del derecho, reforma de los seminarios, nueva organización de la Curia romana, relaciones con Francia, etc., etc. Pero, ante todo, es necesario hacer que reviva el espíritu cristiano; y para esto su **primer** "Motu proprio", "Inter pastorales" de 23 de Noviembre de 1903, y en él esta solemne y trascendental declaración, de donde nace todo el movimiento litúrgico actual: "Siendo nuestro principal deseo que el verdadero espíritu cristiano reflorezca, es **necesario** ir a buscarlo a su fuente **primera e indispensable**, a saber, la participación activa de los Santos misterios y a la oración pública y solemne de la Iglesia".

El impulso oficial estaba dado, y una inmensa primavera litúrgica, comenzaba a florecer en el campo de la Iglesia.

Los demás actos de S. S. Pío X no hicieron sino confirmar su declaración primera: el decreto "Sacra-Tridentina Synodus", sobre la comunión frecuente y diaria; el "Quam Singulari", sobre la primera comunión de los niños; las reformas del breviario por la bula "Divino afflatu" y la del calendario, el catecismo donde tanto insiste en la enseñanza de las ceremonias del culto como medio eficaz de instrucción religiosa, no fueron sino la realización del vasto programa de restauración litúrgica enunciado en su "Motu-propio" sobre la música sagrada.

Sus sucesores, Benedicto XV y Pío XI continúan e impulsan este movimiento, conscientes de su inmensa

trascendencia, y así el primero no duda en escribir lo siguiente: "Derramar entre los fieles un conocimiento más exacto de la liturgia, destilar en los corazones el gusto sagrado de las fórmulas, ritos y cantos por los cuales en unión con su madre la Iglesia ellos den culto a Dios, atraerlos, a una participación activa en los Santos misterios y fiestas eclesiásticas, todo eso no puede sino servir **maravillosamente** para alimentar la piedad del pueblo, dar vigor a su fe y mejorar su vida". En cuanto a S. S. Pío XI, basta con citar sus Encíclicas "Quas Primas" y "Misserentissimus Redemptor", su bula "Divini Cultus Sanctitatem", su carta al Cardenal Dubois, Arzobispo de París, sobre la fundación de una escuela de música sagrada, para comprender la parte que a la liturgia da en el cumplimiento de su programa de establecer "la paz de Cristo en el reino de Cristo".

Tal es, a grandes rasgos, la obra de restauración litúrgica a que asistimos. Este es, sin duda, uno de esos grandes movimientos en los cuales la Iglesia "como el águila, renueva su juventud".

Tal es el significado del movimiento litúrgico.

II.—Lo que debemos esperar de la liturgia.

En el movimiento litúrgico, bien comprendido, debemos ver uno de los grandes remedios a los males de nuestra época. Con razón pudo escribir Godofredo Kurth que "hacer comprender la íntima correspondencia que existe entre la vida espiritual y la liturgia es cumplir una de las más grandes obras de este siglo". En efecto: ella combate el laicismo, gran mal de nuestros días, por la afirmación práctica de los derechos de Dios y de los deberes de la humanidad de rendirle un culto digno de El. Es, en seguida, un eficaz remedio contra el individualismo, como antes lo indicábamos, pues introduce al hombre en un culto social arrancándolo de sus propios intereses. Corrige

el formalismo en la piedad, o sea la atención preferente a la parte externa con descuido de la interna; la liturgia nos enseña que el rito es un símbolo que expresa algo que se halla en el interior de nuestra alma, y así detrás de cada palabra o gesto, debemos buscar la idea espiritual que en él se encierra. La liturgia es de modo especial un correctivo poderoso contra el espíritu mundano en el culto, contra ese deseo de ofrecer al pueblo lo que le gusta encontrar en otra parte, de hacer que el templo sea lo menos posible templo cristiano, para lo cual se prodiga en el altar un lujo excesivo y de mal gusto, haciendo que éste, más que el ara del sacrificio, pase a ser pedestal de un santo, dejando oir música profana con resabios de vals o de opereta, decorando el lugar santo con arreglos que más bien sientan en un escenario teatral; en una palabra, apartándose de esa sobria elegancia, de esa sencillez que no excluye la magnificencia, de esa realización plena de la definición de belleza dada por Agustín: "pulchritudo est splendor veritatis", la hermosura es el esplendor de la verdad.

Pero no tan sólo combate males, su obra es eminentemente positiva, formando el verdadero espíritu cristiano, llevando al conocimiento más a fondo de su fe, rodeando al alma de ese ambiente sobrenatural donde la vida de la gracia se desarrolla y crece. Así vemos que el alma que asiduamente vive de la liturgia, penetra insensiblemente en las profundidades del dogma. La liturgia es una oración doctrinal. La oración de la Iglesia es una expresión de su dogma.

"La oración de la Iglesia, escribe D. Beauduin, es la religión hablada y vivida, es el dogma aplicado y expresado en una lengua cargada de energías sobrenaturales y a la cual el apoyo de todas las artes da su máximum de penetración en las almas; es la vida de Cristo reproducida por el ciclo litúrgico, contada anualmente en los Evangelios, comentada en las Epístolas y homilías, vul-

garizada en las vidas de los santos, hecha más eficaz por la participación activa de los fieles en los santos misterios; en resumen, es el cristianismo concretizado, condensado y como preparado para la alimentación de las almas".

"El Catecismo nos dirá que la segunda persona de la Sma. Trinidad se hizo carne en el seno de la Virgen Santísima; es la fórmula catequista necesaria, pero que no basta al pueblo y al niño. Pero, he aquí la Navidad, y suponed la Navidad elocuente de antaño, con sus dos días de fiesta, su oficio nocturno, sus tres Misas que nos cuentan todo el misterio, su Iglesia iluminada, sus campanas y sus cantos de alegría, su fresca cuna; Navidad de antaño, con sus ecos en el hogar doméstico, en la mesa de familia del pobre como del rico. Navidad con todo su ambiente de alegría y de vida cristiana; es el dogma hablado por nuestra Madre, lengua maternal que nosotros perfectamente comprendemos".

El Emmo. Cardenal Schuster, arzobispo de Milán, en la primera carta pastoral que dirigía a sus fieles al hacerse cargo de su importante diócesis, al expresarles sus ardientes deseos de formar en ellos el verdadero espíritu cristiano, les hacía ver la importancia que en esta obra tenía la liturgia. "De hecho, les decía, la liturgia, según los Santos Padres, no es solamente el rito legítimo con el cual la Iglesia por Cristo "pontificem confessionis nostrae" adora perfectamente a Dios en espíritu y en verdad, sino que representa especialmente para los pastores del alma, la pedagogía sobrenatural y divina con la cual los hijos de Dios son educados para la vida eterna. Sea de hecho que la liturgia adore, agradezca o repare a la infinita santidad de Dios, sea que a través de los Sacramentos riegue o refresque los corazones con las aguas saludables de la gracia, esta "liturgia fidei nostrae" a la cual se refiere el Apóstol, si se comprende bien, si íntima y católicamente se vive, contiene siempre una eficaz

virtud santificadora que regularmente realiza íntegra y perfectamente la formación sobrenatural de las almas".

No es extraño, por tanto, el ver que esta virtud evangelizadora de la liturgia se demuestre con el hecho de ilustres conversiones obradas por ella. Bastaría citar los nombres de un Huysmans, un Verkade o los monjes protestantes de la abadía de Caldey, para convencerse.

En una conferencia dada en Lieja el año 1923, Pedro van der Meer, de Walcheren (el íntimo amigo y convertido de León Blois), hacía la siguiente confesión: "La liturgia tiene más que ninguna otra cosa el poder de hacer conocer aún a los incrédulos — y entiendo por esto las personas que, como yo, no han recibido el Bautismo — la persona de Nuestro Señor Jesucristo". Más adelante añade: "la belleza sobrenatural de esos oficios me dejaron vibrante. Más que por el exterior magnífico del canto, fuí removido hasta lo profundo de mi alma, por lo que entreveía detrás de esa espléndida vestidura, yo comprendía que cada palabra, cada acto, escondía un sentido, era como la llama visible de un invisible fuego, era una realidad palpable del misterio, una percepción de las obras divinas... Es normalmente por la liturgia cómo la verdad entra en nosotros, y lleva el alma a la oración" y termina: "¡Cuántos ejemplos tomados en el reducido círculo que yo conozco podría daros de esta obra de la liturgia sobre las almas, realizada en un país que desde hace tres siglos ha dejado de ser católico" (Holanda).

Un último efecto de la liturgia conviene anotar en esta rápida reseña, y es la unión que ella establece con Roma, centro de unidad del culto y de la fe. En efecto, la liturgia une a Roma. La frecuentación inteligente y afectuosa de la liturgia nos hace vivir en la capital del mundo cristiano. Gracias a la liturgia cristiana somos ciudadanos de la Ciudad Eterna. Dom Cabrol, en una serie de conferencias dadas en la Semana Litúrgica de Maredsous, sobre las estaciones de Roma, las grandes basí-

licas y el ciclo litúrgico de las fiestas romanas, mostraba el provecho que podríamos sacar de ese sentimiento tan católico.

Después de haber evocado el recuerdo de todos los monumentos de la Roma cristiana, añadía: "Ahí está nuestra historia, ahí está la historia de nuestros orígenes cristianos, ahí nuestra epopeya de piedra, todos esos monumentos hablan a nuestro corazón y a nuestra fe; Roma ha llegado a ser para nosotros el lazo de esos monumentos arqueológicos con la liturgia; ahí se concretiza la liturgia romana, que ha sido una **liturgia local antes de ser** la liturgia del mundo latino. Yo quisiera mostraros que vosotros señores, con vuestro misal y vuestro breviario, tenéis en la mano todos los elementos de esta historia; y yo quisiera constatar con vosotros el interés que este estudio da a estos libros y al mismo tiempo a la liturgia. Gracias a la liturgia comprendida y diariamente vivida, Roma debe ocupar en el amor y culto de los católicos, el lugar que ocupaba Jerusalem en el amor y culto de los hijos de Israel. **Stantes erant pedes nostri in atriis tuis Jerusalem**: Esta peregrinación **"ad limina"** nosotros la realizamos frecuentemente por la liturgia romana comprendida y vivida: las estaciones en las grandes basílicas en la cual se inspiran tantos textos litúrgicos, el culto de todos los mártires de las persecuciones, el origen de los ritos y fórmulas, todo nos estrecha a la Iglesia madre y maestra".

No, la liturgia no es un mero diletantismo artístico, es la esperanza más cierta, la realidad más fundada de una verdadera renovación de la piedad y del espíritu cristiano en esta época tan turbada de la historia del mundo. De ella debemos esperar la formación de la verdadera piedad de la Iglesia, la tradicional, sobria y viril, la

que toma a todo el hombre hablando a la mente, la voluntad y la sensibilidad dentro del más perfecto equilibrio.

De la liturgia debemos esperar que el hombre encuentre en la oración la plenitud de su vida, ya que ella es la expresión de la verdadera cultura humana, pues, aunque es la expresión de la vida sobrenatural, su trama está formada por la verdadera cultura humana que se caracteriza por la amplitud del campo intelectual, el dominio interno del pensamiento de la voluntad y la emoción. Su lengua es límpida y transparente, accesible al hombre simple, vivificante y refrescante para el hombre cultivado.

Debemos volver a ella: "todos nosotros, dice Dom Herwegen, tenemos necesidad en los duros tiempos que atravesamos de nuevas fuerzas. Volvamos a las fuentes, donde la Iglesia primitiva, dolorosamente perseguida, ha encontrado la fuerza del martirio, a las fuentes donde la institución monacal, en el fin del mundo antiguo, sacó nuevas fuerzas vitales" (A propósito del libro "Fuerza sacada de viejas fuentes").

Esperamos que esa piedad litúrgica penetre cada vez más íntimamente entre nosotros y dé los frutos de la vida cristiana que los Pontífices esperan de ella; entonces, diremos con el Cardenal Mercier, "las almas revivirán por la vida litúrgica. Suavemente los fieles volverán a aprender que Jesucristo es el camino, la verdad y la vida. El ciclo del año les volverá a recordar la sucesión de los misterios del nacimiento, apostolado y la obra redentora de nuestro divino Salvador.

Y cada vez que cediendo al atractivo de Aquél que ha dicho: cuando sea elevado en la cruz todo lo atraeré a Mí, vayan los fieles a asistir en la Iglesia a la renovación mística del sacrificio de su Redención, se acercarán por su fe y por su amor a Nuestro Señor Jesucristo. Después, cuando comulguen de manos del celebrante, comprenderán mejor que su admisión al banquete eucarís-

tico es el precio del sacrificio del redentor, el beso de paz del Padre Eterno a sus hijos, rescatados y arrepentidos.

A veces silenciosamente, a veces por una oración cantada, responderán conjuntamente a las invitaciones que el sacerdote les dirigirá desde el altar, y estos intercambios piadosos entre el pastor y sus ovejas, entre las ovejas y su pastor, consolidarán en nuestras parroquias el lazo familiar y fortificarán en las almas el sentimiento católico de la Comunión de los Santos".

III.—LA LITURGIA CREADORA DE UN ORDEN NUEVO (*)

Sería casi de mal gusto, tanto se ha repetido y en tan diversos tonos, el hablar de la crisis de nuestra civilización. Una angustia, un malestar, una inquietud indefinible se mezcla en medio de las satisfacciones que procura la civilización avanzada en que vivimos. Dentro de la evolución histórica de nuestro tiempo parece germinar un proceso de destrucción.

No entremos a estudiar las características de ese proceso, ni las complejas causas que lo han producido, ni el término fatal adonde se dirige — tales materias no miran el objeto de este trabajo — sino más bien preguntémonos cuál es la actitud que ante él corresponde al cristiano que con mirada de fe escruta el campo de la historia para sacar del pasado las lecciones y acumular con esperanza los elementos de construcción del porvenir.

Jacques Maritain, nos dice que la Iglesia, tomando conciencia de su posición ante la historia presente, la toma contra el materialismo capitalista y el materialismo

---

(*) Trabajo leído en la Semana Litúrgica organizada por la A. N. E. C. (Asoc. Nacional de Estudiantes Católicos) en Octubre de 1936 en la Universidad Católica de Chile.

comunista, que es su consecuencia. De ese mundo devorado por la sed del oro, orientado únicamente hacia la posesión de bienes terrenos, el filósofo francés nos dice con frase evangélica, jam judicatus est; ha sido ya juzgado. La conciencia cristiana, añade, levanta el acta de ese juicio. Y termina diciendo: que el cadáver de cuatro siglos de trabajo y dolor, de belleza, de heroísmo y de crímenes sea enterrado por otros muertos, con discursos, conferencias, guerras, fuegos de artificio o banderas rojas. La Iglesia comprende la melancolía del espectáculo, pero no se detiene a contemplarlo ni se sienta a llorar sobre esas ruinas, pues es **hacia la vida** hacia donde Ella se ha orientado" (Du reg. temp. p. 152 sg.).

De esa vida, es de la que deseo hablaros hoy.

El mensaje de Cristo al mundo para establecer un orden nuevo, sobre las ruinas del paganismo, fué un mensaje de vida; el mensaje de los cristianos al mundo presente para establecer ese mismo orden, siempre nuevo, sobre las ruinas del materialismo actual debe ser igualmente un mensaje de vida. Y entendámoslo bien; nuestro mensaje será oído de nuestro tiempo, tendrá vibraciones de resurrección como la palabra del Maestro sobre la tumba de Lázaro, a condición y a medida que la vida palpite en él, porque, "nuestro Dios no es Dios de muertos sino de "vivos". No de otro modo daba el Evangelista, su mensaje en su Epístola primera: "Lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos y contemplamos, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida, vida que se hizo patente y así la vimos y damos de ella testimonio, y os evangelizamos esta vida eterna la cual estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros; esto que vimos y oímos es lo que os anunciamos" (Ep., I, 1-9 sg.).

La creación de un orden nuevo es la trasmisión de un mensaje de vida.

Yo no quisiera, en esta ocasión, ni en ninguna otra,

tomar la antipática y no difícil tarea de criticar, pero no podría hablaros de ese mensaje de vida que debemos con urgencia transmitir al mundo presente y lanzar sobre el que está en gestación, sin que juntos hiciéramos un examen de conciencia, valiente y sincero, porque es cristiano, de muchos mensajes que arrojamos al mundo y que éste no alcanza a percibir. El por qué de esta no percepción es lo que debemos en este instante investigar.

Quizás pocos siglos de la historia de la Iglesia, han conocido una floración mayor de obras en el campo de la acción y de plegarias y devociones en el campo de la piedad que los últimos que hemos vivido. ¿Corresponde el resultado a la actividad desplegada? Terrible pregunta que lleva a una inquietante respuesta. No quisiera contestarla mirando el campo opuesto, la ciudad del mal, que alza hoy como nunca las torres desafiantes de un neo-paganismo que como marea creciente inunda todos los ámbitos de la vida humana, ni tampoco responder señalando la terrible apostasía de las masas "el mayor escándalo del siglo XX" al decir del Pontífice Pío XI, mi respuesta miraría el campo interior del catolicismo y se formularía en otras preguntas: ¿existe el sentido cristiano de la vida, el "sensus Christi" de que nos habla el apóstol, en la gran masa de los fieles que oran y creen? ¿sienten estos tales su dignidad de hijos de Dios, su incorporación a Jesucristo, su participación en la vida del Cuerpo Místico donde han sido ingertados por el bautismo? ¿Piensan y sienten en cristiano y como tales tienen su actitud ante la vida?

Si no es así, si en vez de esa actitud hay muchas fórmulas vacías de espíritu, muchas prácticas cristianas sin cristianismo interior, muchas vidas que como el pergamino del poema de Dostoyevky por fuera llevan los salmos de la penitencia pero bajo estos aparecen los himnos a Afrodita, si a menudo se busca a la Iglesia co-

mo la oficina que nos da el salvoconducto para un cielo que más se teme perder que se ama alcanzar y se olvida que Ella es el cuerpo animado de las energías vivificantes de Jesús, si en una palabra, el espíritu auténtico de Cristo, de su Evangelio no alienta en el corazón de esa masa que lo invoca con los labios y recurre a El en ciertas circunstancias, señal es que entre tantos mensajes que los cristianos, no la Iglesia, han enviado sobre el mundo moderno no resonaba como era debido el mensaje por excelencia, el que llevaba en plenitud la vida.

Resonó en los primeros siglos de la Iglesia cuando un orden nuevo se gestaba entre la disgregación de un desorden que moría, lo afirmaron con santa arrogancia Tertuliano y Lactancio intérpretes del sentir de los fieles: "non multum loquimur sed vivimus" dice el uno, "lo que hay de grande entre nosotros, añade el otro, no es la elocuencia, es la vida"; lo escucharon las selvas de Europa de entonces donde entre bárbaros recién convertidos resonaba el mensaje que hacía inclinar su cabeza al fiero sicambro, lo contempló la Edad Media "enorme y delicada" (Verlaine) que en sus Catedrales de piedra, poema colectivo, abrió la ojiva, pupila que le sirvió para mirar al cielo, lo escuchará el mundo nuevo que está por nacer si nosotros sabemos impregnarnos de su acento y recordar que nuestras palabras tienen eco sólo cuando en ellas palpitan las vibraciones eternas del espíritu de Dios que crea y renueva la faz de la tierra.

Pero, me preguntaréis, ¿cuál es ese mensaje de vida, que el cristiano debe dar al mundo de su tiempo?

El Apóstol en su Epístola a los Efesios, (III-8) tembloroso "dobla su rodilla ante el Padre del Señor Nuestro Jesucristo, porque a él, el más pequeño entre los justos, le ha sido dada la gracia incomparable de anunciar a los pueblos, la dispensación del misterio que de todos los siglos estaba escondido en Dios y que ahora se ha manifestado. Ese misterio que Cristo revela y que

el Apóstol predica, constituye el gran mensaje evangélico que los Doce y sus continuadores deben hacer conocer. El misterio de Cristo, el gran mensaje de vida, es que el Verbo de Dios hecho hombre, redentor y restaurador de la raza humana para "estar con nosotros hasta la consumación de los siglos" se ha unido a la Iglesia, sociedad divina por El fundada que ha de continuar su vida y transmitir su mensaje, siendo a través de los siglos como la Encarnación permanente del Hijo de Dios.

La Iglesia, no es pues, simplemente una sociedad religiosa organizada por un hombre, aun cuando éste fuese un enviado divino de quien hubiera recibido el impulso primero. Ella no es la obra viviente de un Maestro desaparecido. La Iglesia es Cristo mismo viviendo aún invisiblemente su vida mística sobre la tierra; la Iglesia es el Cuerpo del cual Cristo es a la vez la cabeza, y el principio de vida y de unidad. Vida mística de Cristo la que allí se contiene, tan real y verdadera, sin embargo, como su eterna vida divina y su vida humana, antes pasible, hoy glorificada. En esta vida de la Iglesia, Cristo se desarrolla y se completa por nosotros, cristianos, los miembros de su místico cuerpo que con El formamos esa misteriosa e indestructible unidad que se llama el Cristo total. (Cf. Col. I-8-Eph. I, 22, Col. I, 24. Eph. V, 23, I. Cor. XVI, 13 y 27. Eph. IV, 12; 15 sg. Rom. XII, 4, sg. Eph. V, 25, 29, sg. I. Cor. XII, 12).

¿Qué es la Iglesia? pregunta Bossuet, y responde: Es la asamblea de los Hijos de Dios, el ejército del Dios vivo, su reino, su ciudad, su templo, su trono, su santuario, su tabernáculo. Digamos algo más profundo: La Iglesia es Jesucristo, pero Jesucristo, extendido y comunicado". (Bossuet-Notes sur l'Eglise-Lebarq IV).

El mensaje es éste: hacer comprender al mundo y a los cristianos en particular, que sólo en la Iglesia, organismo visible, comunidad viviente, lo divino llega hasta nosotros para levantarnos de nuestra postración y ha-

cernos sentir la palabra vivificante del Espíritu, Cristo, Verbo de Dios, mensaje único del Eterno, que después de "haber hablado a nuestros padres por los profetas nos habló en la plenitud de los tiempos, por su Hijo". (Heb. I, 1, 2).

La posición fundamental del catolicismo, al decir de Karl Adam se resume en esta frase: "yo encuentro al Dios vivo, a través, de Cristo que obra en su Iglesia". Tal es el gran mensaje de vida.

Quizás, más de alguno habrá pensado que el teórico tema que vengo desarrollando, poca importancia práctica representa y menos aun dice al objeto principal que nos ocupa; la Sagrada Liturgia. En cuanto a lo teórico, soy un convencido, que nada tienen mayor trascendencia en la marcha de la humanidad que las doctrinas; que son los principios los que mueven al mundo y no las reglas y normas, y que si queremos hacer obra profunda no es por la actividad inquieta y superficial como lo lograremos sino por la acción que brota y procede del pensamiento.

Pues bien, si el gran mensaje de vida, es ir a Dios por Cristo en la Iglesia, se sigue que la acción del cristiano sobre el mundo será eficaz en la medida que lo acerque a este principio. Y aquí tenemos las tragedias de nuestro tiempo. Para gran número de creyentes la Iglesia no significa esa suprema fuente de vida, sino tan solo lo que Guardini llama "La oficina de lo espiritual". "Muchos diremos con el mismo autor, "viven en la Iglesia, pero pocos viven la Iglesia. Se ha olvidado a menudo su genuino y verdadero concepto de Cuerpo Místico de Cristo, se ha buscado con exceso su manifestación exterior. ¡Cuántos creyentes diremos con Karl Adam, (Le Christ notre frere) no poseen la percepción viva del misterio propio de la Iglesia, del lazo esencial que los une a ellos y a todos los miembros de la Iglesia con la cabeza, Cristo, y pierden el sentido práctico de ser como

llevados ellos mismos en la Comunión de vida con los otros miembros".

"Por ahí mismo se debilita en la vida cristiana, (dice el mismo autor) el sentido de la unión por la gracia, de la comunidad sobrenatural de vida, de la Comunión santificante de los cristianos entre ellos en Cristo. El fiel no tiene ya una conciencia suficiente de su unión a Cristo, su cabeza, y a los otros miembros del Cuerpo Místico.

Con relación a Cristo y a sus miembros tiene la impresión del "yo" y no del "nosotros". La Comunión de las almas, la unidad del Espíritu, la Comunidad de la Caridad y de la paz, que los Pablo, los Ignacio de Antioquía, los Ciprianos y los Agustín, esos ilustres representantes del verdadero espíritu cristiano, han siempre celebrado con entusiasmo como el beneficio inapreciable de la Redención, cesan de ser al menos suficientemente, un elemento esencial de la conciencia cristiana". (Le Christ notre Frére p. 49).

¿Cómo extrañarnos entonces, del fenómeno que antes señalaba, que habiendo aumentado las obras de apostolado, y las prácticas de devoción, el verdadero espíritu cristiano no haya tenido igual progreso?

Yo únicamente respondo; todas esas obras y devociones ¿nos han llevado a vivir la Iglesia, el misterio de Cristo, el íntimo contenido de su mensaje de vida, o dejándonos en la superficialidad de ciertas prácticas, no nos han hecho penetrar en lo hondo de la vida de la Iglesia que es darnos la conciencia de la unión íntima con Cristo, para vivir y movernos en El?

Las obras y devociones cristianizan en el mismo grado en que nos acercan a Cristo y acercan a Cristo en la medida que el influjo de la Iglesia impera en Ella.

Si queremos en la horrible incertidumbre del presente levantar los cimientos de un orden nuevo, no vayamos a asentarlos sobre los frágiles fundamentos de esos men-

sajes que el mundo no ha captado, por no llevar ellos suficientemente la vida de la Iglesia; acerquémonos en cambio a esa fuente rica que de ella brota pues ahí se realiza la sublime palabra del profeta "haurietis aquas in gaudio, de fontibus Salvatoris", id a beber con alegría, las aguas que brotan de la fuente del Salvador.

Las palabras de un padre de la Iglesia griega, San Epifanio, deben brillar como norma suprema en nuestro trabajo de construcción de ese orden: "La Santa Iglesia Católica, dice es el comienzo y la razón de ser de todas las cosas", y en consecuencia "el cristiano se degrada y perece en la medida que está menos unido a la Iglesia, universo y medio vital de todo fiel". (P. Clerissac-Le mystére de L'Eglise p. 3).

Ahora bien, la vida de la Iglesia se manifiesta en su Liturgia; Ella es la expresión de un amor que brota del corazón de la Inmaculada Esposa de Cristo, de una paz que es reflejo de la celeste Jerusalem a donde nos conduce, de una alegría que vibra y canta y hace que mediante sus acentos el hombre encuentre la plenitud de la vida.

San Ignacio de Antioquía, el mártir del II siglo cuyos labios están humedecidos con las tradiciones apostólicas bebidas en su fuente, concibe la Iglesia a la luz de la liturgia, como una inmensa sinfonía.

"Nan memorable vestrum presbyterium, dignum Deo, ita coaptatum est Epíscopo ut cordae citharae. Propter hoc in consensu vestro et concordi charitate Jesus Christus canitur. Sed et vos singuli chorus estote, ut, consoni par concordiam, melos Dei recipientes in unitate, cantetis voce una per Jesum Christum Patri... (Ad. Ephes IV).

Lo que traducido significa:

"Así pues el conjunto de vuestros sacerdotes, agradable y digno de Dios, está unido y conformado al Obispo, como las cuerdas a la cítara. Por esto, en el concier-

to de nuestras almas y en vuestra unánime caridad, Jesucristo es cantado. Pero vosotros mismos sed cada uno un coro, a fin que puestos en acorde, por la unión de corazones, y recibiendo en la unidad la armonía de Dios, cantéis con una sola voz al Padre por Jesucristo...".

Maravillosa y real visión de la Iglesia que nos explica la misión de su Liturgia; por lo visible llevarnos a lo invisible, por el gesto a la cosa significada, por el símbolo a la realidad. Ella nos dice que la Iglesia con su vida íntima, su pensamiento, sus aspiraciones, su tradición con toda su alma se ha cristalizado en su lengua que es la oración y precisamente la oración litúrgica, y que, en consecuencia entrar en contacto con la Liturgia es penetrar en lo más íntimo de la vida de la Iglesia, llegar, si así podemos decir, hasta su mismo corazón.

La liturgia es en realidad la pulsación del alma de la Iglesia. Ella hace que bajo signos visibles aparezca ante el alma lo invisible, que los símbolos cargados de señales nos expresen la acción oculta de la gracia, que lo divino llegue hasta nosotros por medio de lo humano, y así a través de sus oraciones y sus ritos se despliegue ante nosotros el plan sublime de la Redención.

Los cristianos de los siglos primeros que tan íntimo contacto tuvieron con la Liturgia sagrada en la cual bebieron su fe y su heroísmo, comprendieron como pocos el misterio de la Iglesia y por esto su mensaje tuvo eco tan profundo en el mundo de su tiempo. Cuando de noche en las sombrías catacumbas o en el modesto oratorio se reunían, penetrados de su significación, para asistir al sacrificio y recibir en él la Comunión, ellos se sentían verdaderos hermanos en Cristo, miembros de un mismo cuerpo, participantes de una misma vida, unidos entre sí en el organismo divino de la Iglesia y en litúrgica oblación con Cristo y con la Iglesia ofrecían al Padre la hostia y el cáliz.

De esas catacumbas y capillas, en lenta gestación de

tres siglos, bajo la acción vivificante de la Liturgia comprendida y vivida, brotó un orden nuevo, como brota la espiga del grano oculto bajo la tierra pero besado por la lluvia y el sol fecundadores.

Cuando un día la basílica cristiana, surgió del suelo ensangrentado de Roma era el símbolo de ese orden nuevo amasado en cánticos y plegarias, ritos y símbolos, en la participación activa del sacrificio de Cristo, que gustado en la oblación litúrgica del altar a menudo se completaba en la oblación sangrienta del Circo.

Las hordas bárbaras precipitadas sobre Europa arrasaron el esplendor material de sus ciudades, pero en medio de los escombros, quizás aun más pura, porque más libre de peso terrestre, siguió resonando su liturgia y podemos afirmar con Festugiéres "que la historia de la conversión de media Europa es la historia de la acción social de un coro sobre una asistencia de fieles". (La Liturgie Catholique p. 66).

De las hordas bárbaras y del imperio convertido nacía ese nuevo orden social llamado Edad Media que se resume en Roma la Ciudad-Esposa capital de la cristiandad. "Las dos ciudades se unen y forman un resumen del plan divino. Roma reviste un ser nuevo, espiritual, simbólico, abrazando todos los tiempos y extendiéndose aún más allá. El mensaje de la Edad Media es la relación de todas las cosas a la Iglesia y de la Iglesia a todas las cosas". (Clerissac p. 127). El orden nuevo que en ella culmina se expresa sobre todo en su liturgia. La Catedral, centro de esa liturgia es el poema colectivo que expresa su espíritu plasmado en la oración social, ahí el creyente bebe su fe reflejada como maravilloso catecismo de imágenes en los polícromos vitrales, ahí forma el sentido social en esa oración que nunca dice "yo" sino siempre "nosotros", ahí adquiere esa visión de eternidad con la cual mira al mundo que pasa, ahí templa el amor cívico, santifica el afecto del corazón, y sien-

te sobre las lozas que guardan el sueño de sus mayores la voz de la sangre, que no es orgullo de clase sino maravilloso sentido de raigambre humana dignificado y elevado por Dios.

El padre de la Edad Media, San Gregorio el Grande, el hombre que representa la unión de dos mundos, el antiguo, del cual salva lo que debía conservarse, y el nuevo cuyas bases fundamentales coloca, pone como cimiento de su inmensa obra constructora la codificación y reforma del canto que lleva su nombre y la Edad Media, en ese canto litúrgico que resuena en sus templos y abadías forma las notas salientes de su espíritu.

La Edad Media fué un mensaje de vida. Su espíritu sigue siendo hoy el ideal del orden nuevo que anhelamos. Y el espíritu de la Edad Media, porque inspirado en la Iglesia, fué ante todo litúrgico.

La Liturgia es la base del genuino espíritu cristiano y por tanto la más magnífica expresión de la Iglesia, justamente porque en Ella encontramos el contacto íntimo con Cristo que es el alfa y omega de nuestra Religión.

Yo quisiera, aunque brevemente detenerme en esta idea, para levantar con ella un cargo que con frecuencia se hace a los que trabajan por difundir el espíritu de la liturgia.

No es por "dilettantismo" artístico ni por darse el placer de escuchar un buen coro gregoriano que se acude a la sagrada liturgia, es por unirse a Jesús y compenetrarse de su vida, es por santificar las almas por el medio auténtico establecido, por lo que se trata de conducirlas allí.

"La liturgia católica no es solamente un recuerdo filial de Cristo, sino una real participación bajo formas sensibles misteriosas a Jesús y a su fuerza redentora, es un contacto reconfortante del borde de su túnica, un contacto libertador de sus santas heridas. El verdadero, el profundo sentido de la liturgia católica es hacer de toda

la vida de Cristo una realidad presente, sensible y operante". (K. Adam-Le vrai visage p. 32).

Sólo cuando la liturgia ocupe en nuestras vidas y ambiente el lugar que la Iglesia, no los hombres, le señala, nos penetraremos del principio fundamental que inspira la educación, enseñanza, predicación y apostolado de la Iglesia; hacer del creyente otro Cristo, modelarlo sobre Cristo, introducir el espíritu de Cristo en el hombre, que es carne y sangre para encarnar a Jesús en cada uno. "Filioli mei quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis".

Si muchas actividades católicas no dan el resultado que apetecen, si muchas educaciones sedicentes católicas forman una masa de semipaganos que ni siquiera comprenden y viven el estado de gracia, es porque esas actividades aun persiguiendo fines elevados no van al fin supremo formar a Cristo en cada alma y ese fin se ha olvidado u obscurecido porque la liturgia "fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano" según Pío X, no siempre ocupa en la educación, piedad y vida el lugar preponderante, que en el plan redentor le corresponde.

Pero, me preguntaréis, ¿cómo puede la liturgia crear ese orden nuevo de justicia y paz que anhelamos, tan diverso a la dispersión materialista en que hoy nos debatimos?

Mi respuesta será tan solo señalaros las condiciones que dicho orden exige y las relaciones que esas tienen con la liturgia.

El orden social cristiano, que he llamado nuevo, con vocablo que se ha hecho común, en los autores de este tiempo, empleado no hace mucho por el Emm. Cardenal Verdier, que he llamado nuevo, digo, para expresar que nuestro ideal poco tiene que ver con el desorden actual, debe cumplir las siguientes condiciones; apoyarse sobre las raíces profundas (ontológicas) del hombre; ser hu-

mano, y basarse en el fundamento sobrenatural del mismo; ser cristiano; hacer comprender el sentido de lo colectivo; ser social y orientar al hombre más allá de esta vida; ser eterno.

El movimiento litúrgico actual cumple estas condiciones y eso nos explica su resonancia. El mundo moderno extenuado por siglos de individualismo creciente, autointoxicado del yo, con su inteligencia debilitada por sistemas filosóficos que lo conducían al escepticismo total, sentía en forma aguda la necesidad de un Orden y de un Absoluto, algo que brotara de lo íntimo de su ser, pero que lo levantase sobre si mismo, algo que le diese el sentido de lo colectivo y lo llevase hasta Dios.

Sólo la Iglesia Católica podía satisfacer esa exigencia y la liturgia, rostro por el cual se asoma su alma, invitaba a acercarse a ella.

"Es una necesidad **interna**, escribe Guardini, la que ha hecho a nuestro tiempo, maduro para la liturgia. Este movimiento litúrgico no ha sido hecho, ha nacido, brotado, de un querer universal de vida verdadera y plenamente católica".

La liturgia lleva a la Iglesia y al Orden siempre nuevo que ella propugna. La Iglesia que para muchos fieles era algo muerto, unas cuantas prácticas con poca significación sobre la vida, aparece mediante la participación litúrgica en su verdadero concepto. La vida litúrgica prepara el establecimiento de un orden auténticamente cristiano "dando la conciencia de vivir en unión profunda con la Iglesia", "sentire cum Ecclesia" y restaurando el sentimiento auténtico de la disciplina cristiana". Muchas verdades olvidadas o insensiblemente veladas por esa débil capa de polvo que sepulta los objetos espirituales, a los cuales una ardiente, activa y familiar contemplación no mantiene en su sitio, en el primer lugar del alma, han vuelto a adquirir su fuerza y juventud. Se ha vuelto a encontrar el sentido de los textos de los cuales

se había alejado. La misteriosa y soberana fraternidad, el valor de lazo social de la Eucaristía ha sido nuevamente sentido. La Iglesia aparece a los ojos del fiel como la casa, la que abriga, la que alimenta. Ahí, en Ella, el fiel está en su casa unido al pueblo inmenso de sus hermanos, en la participación al misterio de la hostia, sentado a la misma mesa, habitando con su corazón alegre esa morada que le revelaba de nuevo la hospitalaria plenitud de su sentido católico". (D'Harcourt, prólogo a Guardini 7).

La liturgia tiene un profundo sentido **humano.** Ella le enseña al hombre, lo que la civilización actual le ha hecho olvidar, ser hombre. Antes que Alexis Carrel nos hablara "de ese desconocido, que era el hombre", ya la liturgia nos enseñaba que toda la civilización debe comenzar por ser humana y prácticamente nos hacía recordar el principio teológico que "la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza".

¡Qué profundo contenido psicológico encierra la liturgia! Ella toma al hombre todo entero; habla a su inteligencia, mueve su voluntad enciende sus afectos estableciendo un maravilloso equilibrio entre todas las facultades para que de esa armonía brote la oración que arranca de lo más íntimo del hombre; la oración que no es fórmula que recitan los labios sino grito del alma que resume y expresa todas las ansias más íntimas del ser.

En ninguna composición humana resuena más fuerte y pura la voz de la naturaleza que en los Salmos que forman la trama principal de la plegaria litúrgica. "Todo el hombre está ahí, el hombre tal cual es, el alma ahí se revela crudamente con sus alternativas de valor y desaliento, de alegría y tristeza, de nobleza y de pecado, de exaltación por el bien y abatimiento en la debilidad". (Guardini p. 130).

Miremos la liturgia de los sacramentos y en sus palabras rituales encontraremos un admirable sentido de

lo natural. Las cosas son llamadas por su nombre. "El hombre es falta y debilidades y así lo ve y lo recibe la liturgia. Toda su naturaleza es el más desconcertante y enigmático tejido de noblezas y miserias, de elevación y de bajezas y tal lo encontramos en la oración de la Iglesia. Ella no nos ofrece de la humanidad una imagen idealizada, cuidadosamente expurgada de toda aspereza y de toda tara; es del hombre tal cual es de lo que ella se ocupa". (Guardini p. 131).

Cuando pienso que lo que se llama hoy "civilización" reposa sobre la teoría anti-natural de un Rousseau, me explico que nos haya dado como fruto una de las más inhumanas formas de civilización de la historia, y cuando veo que para oponerse a ella se levantan otros conceptos de civilización tan anti-naturales como el primero; y que en consecuencia deberán ser tanto o más inhumanos, siento más que nunca el ansia de gritaros sobre todo a vosotros, juventud: Id a beber en la Iglesia, en su liturgia que es su pedagogía oficial, los elementos de ese orden nuevo que soñáis, aprended en él su primer elemento de humanidad, y haréis obra grande. No vayáis a mendigar a la doctrina pasajera la eterna verdad que llevamos dentro.

La liturgia aunque expresión de la vida sobrenatural es también expresión de la verdadera cultura humana que se caracteriza por la amplitud del campo intelectual, el dominio interno del pensamiento, de la voluntad y la emoción.

Junto a esta primera característica, la segunda: es sobrenatural.

El orden social cristiano, no es tan sólo un orden humano en el cual se admite a la Iglesia porque predica una moral que refrena a las pasiones, es el orden humano que no olvida que el hombre ha sido regenerado por Jesucristo, elevado a la vida de la gracia, y destinado a la imperecedera vida de la visión de Dios. Todo progra-

ma de reconstrucción que desconozca a la Iglesia su misión sobrenatural y divina en el campo individual y social, por más consideraciones humanas de respeto de que la rodee, no responde al programa de su orden social cristiano.

Ahora bien, nada como la liturgia recuerda esta verdad. Toda ella está impregnada de sentido sobrenatural, ella transfigura lo humano que a su contacto adquiere caracteres divinos; ella enseña a la humanidad a orar.

Tomo las palabras de un convertido Van der Meer de Walcheren, el amigo de Leon Bloy: "Ved la Iglesia con su Liturgia. La Iglesia que engloba la realidad humana y la realidad divina. Ella es la Madre de los hombres, pero Ella es la Esposa de Dios y por su liturgia ella sacia en modo sobreabundante todos los deseos y todas las sedes del alma.

Por esta misma liturgia, la Iglesia toma todo lo creado, la materia misma que con nosotros fué arrastrada en la caída. La Iglesia la purifica, la lleva a Dios y a su Creador, y la obliga a sentirlo y adorarlo. Ella abrasa al mundo y al hombre. Ella levanta las artes hasta su más alto poder. Ella toma los libros santos para enseñar y para orar. Ella emplea el lino purísimo y la cera de las abejas, el agua y el color de los ornamentos el canto y los metales vulgares y preciosos; ella da una voz a la vida interior y la ordena armoniosamente; ella levanta catedrales y ordena las procesiones y gestos, ella suena las campanas; ella traduce en símbolos y en realidades expresivas la historia de Jesús e introduce el alma en esa vida del Hombre-Dios con sus misterios gozosos, dolorosos y gloriosos. Ella habla de la Santísima Trinidad, y bendice la sal y la ceniza. Ella asiste al alma en la agonía; ella bendice el fuego nuevo, ella canta en la alabanza y ella suplica humildemente. Ella construye el año como una Catedral de oraciones".

El verdadero orden social debe basarse en ese con-

cepto sobrenatural de la vida, en esa orientación del hombre hacia Dios, su último fin, debe hacer que el primado de lo espiritual contenido en la Iglesia se refleje en sus actividades y así el hombre perciba libremente los frutos divinos de la Redención.

Contra ese concepto se alzó el laicismo, la gran herejía social de nuestros tiempos, y contra ese error lucha la liturgia que es la proclamación abierta pública, solemne, del reinado de Jesús.

La liturgia es la afirmación rotunda de un pueblo que cree, de una sociedad que adora, de un orden social que proclama el principio evangélico de buscar ante todo el reino de Dios y su justicia.

El segundo elemento de un orden nuevo nos lo da ella. Ahí encontramos la reivindicación serena de lo espiritual. En la época de las grandes turbaciones, la serena armonía de su oración, de sus cantos y de sus ritos, hacen encontrar al alma enferma su remedio. El hombre por instinto, en medio de la inquietud levanta los ojos hacia el lugar donde no existe turbación.

La liturgia enseña a orar y en su lección nos enseña el significado verdadero de lo colectivo. Lo que el hombre moderno, "ese lobo aullando de desesperación al infinito", como lo llamó Hesse, necesita ante todo es orar.

Con razón pudo decir el abad de María Laak, D. Ildefonso Herwegen al iniciar sus grandes publicaciones litúrgicas "Ecclesia Orans" (la Iglesia que ora): "Lo que el mundo moderno entregado al desencadenamiento de la bestia humana tiene sobre todo necesidad es de oración. El ser que ora toma la vida en toda su profundidad, en toda su amplitud; encuentra el punto de equilibrio entre el finito y lo infinito. Orar es dar como ancla a la voluntad creada la voluntad de Dios. Nuestra época ha roto definitivamente con el racionalismo, tiende al misticismo. La fiebre de trabajo que se ha apoderado de la humanidad y que ha querido dar al mundo un remedio de

religión, no logra aplacar la nostalgia mística de sus corazones. El grito de llamada a Dios repercute por doquiera. Pero ¿dónde está el camino a la oración? Era necesario enseñarle el verdadero puente perpetuo entre la creatura y la eternidad. El mundo moderno sentía vivamente el mal de la dispersión individualista. El individuo del renacimiento y del Liberalismo había hecho su tiempo, el hombre veía que la personalidad tenía necesidad para madurar del apoyo de una institución objetiva, él aspiraba al colectivo. Lo buscó en el socialismo. Error de ruta. El socialismo no era sino un agregado de átomos, una adición numérica de efectivos, un cuadro. El principio vital y motor le faltaba. Lo que se necesitaba era el colectivo viviente, o sea la Iglesia. La Iglesia conjuntamente sociedad colectiva y cuerpo vivo disribuyendo su sangre a todos sus miembros". Y ésto se lo dió su liturgia. Ella enseña al hombre lo que el marxismo ni ninguna otra forma abierta o velada de socialismo podrá darle. La Liturgia es una comunidad que ora, ofrece, canta, se inmola y ruega. En Ella encuentra el cristiano la realización práctica de la doctrina social del Evangelio.

¿Se podrá acusar de exageración al que afirme que no habremos solucionado el problema social mientras no exista previamente un espíritu social y que este espíritu se adquiera principalmente en la vida litúrgica, que es la manifestación más alta del espíritu social de la Iglesia?

El gran Cardenal Pie, no dudaba en afirmar que la condición necesaria para la restauración del derecho cristiano era la gran vuelta de los fieles a la liturgia y añadía: "La cuestión social no será resuelta sino por la cuestión religiosa y la cuestión religiosa depende sobre todo de una cuestión de culto"; y terminaba diciendo: "El porvenir de Francia depende más de lo que se piensa del problema litúrgico".

Y así, en esa oración pública encontraremos la paz.

*
* *

Noche de Navidad. Han cesado ya los "rorates" ardientes, del Adviento; las nubes van a dejar caer su rocío y la tierra germinará al Salvador. El templo resplandeciente de luces abre sus puertas y la devota muchedumbre se prepara a la medianoche santa en el Canto sublime de Maitines. Una voz ha entonado las lecciones de Isaías y el coro contesta en este magnífico responsorio:

"Hoy la paz verdadera descendió sobre nosotros del cielo, hoy por todo el universo, los cielos destilaron miel. Hoy brilló para nosotros el día de la Redención nueva, de la reparación antigua, de la felicidad eterna. Hoy por todo el universo los cielos destilaron miel".

Minutos más tarde entre repicar de campanas y armonías del órgano, resonará el Gloria, "evangelizando la gran alegría", trayendo el mensaje de vida que es Cristo Nuestro Señor.

Y sobre los hombres de buena voluntad cae la suave atmósfera de la paz, y el ansia de un orden nuevo germina en sus corazones.

El mundo atraviesa una época en la cual como nunca necesita del mensaje de Jesús. El grito del Profeta que la liturgia de Adviento repite se escapa de muchos corazones: "ven, Señor y no tardes más". Queremos tu reino. El orden nuevo que trajiste en esa noche, es necesario volverlo a restaurar".

Y vendrá; tengamos fe en el triunfo. Pero no vendrá por esos medios llenos de poder que el mundo admira; oro, fuerza, predominio. Vendrá por esos medios sencillos y pobres ante los hombres, pero ricos, porque cargados de energía divina, ante Dios.

Vendrá, cuando en la liturgia de la Iglesia, amada y vivida, los cristianos adquieran el sentido de su misión sobre la tierra y sepan convertirse cada uno en mensajes vivientes de Jesús.

Vendrá, porque si los medios humanos han fallado, los divinos, los de la Iglesia, no fallan jamás.

Y mientras ese orden nuevo se diseña sobre el horizonte rojo del desorden actual, trabajemos, con el "rorate" del Adviento en los labios para que por medio de este esfuerzo litúrgico, resuene sobre nuestro mundo convulsionado el mensaje de Navidad.

Hodie nobis de coelo, pax vera descendit. Hodie per totum mundi meliflui facti sunt coeli.

Hoy la verdadera paz descendió para nosotros del cielo.

Hoy por todo el universo los cielos destilaron miel.

APENDICE

PASTORAL COLECTIVA DEL EPISCOPADO CHILENO SOBRE LA SAGRADA LITURGIA

La plenitud del sacerdocio que la consagración episcopal nos confiere, nos impone, como obligación primordial de nuestro ministerio, el deber de enseñar el modo cómo los cristianos han de rendir a Dios el culto que le es debido.

En el fondo del corazón humano, grabó la ley natural y promulgó más tarde la divina, el primer mandamiento donde se encierran el precepto de la adoración al Señor y los actos internos y externos con que debemos expresarla. El conjunto de esos actos se llama culto, y, al ser ejercido pública y oficialmente por la Iglesia, constituye la Sagrada Liturgia y señala el camino por el cual las almas ejercitan plenamente la virtud de la religión en la unidad de un mismo espíritu y de una misma plegaria.

La Liturgia es el conjunto de acciones, palabras y cosas con que la Iglesia Católica da culto a Dios. Ella no representa algo accidental en la Iglesia, sino algo esencial, destinado a comunicar a las almas la vida de Cristo, a unirlas, por Este al Padre celestial y a producir la flor de la virtud cristiana que es la piedad.

La Santa Iglesia, siendo una sociedad religiosa, es-

tablece el culto de Dios como uno de sus fines primordiales. Fundóla su autor dándole lo que es fundamental en toda sociedad religiosa, o sea: verdades que se deben creer, preceptos que observar y ritos de carácter externo y oficial en los que habían de concretarse las relaciones entre Dios y los hombres. La suma de estos ritos, no sólo por lo que tienen de externo (palabras, gestos, actitudes, símbolos), sino por lo que en ellos se encierra de verdad y de misterio, de santidad, de vida humana que sube a Dios y de vida divina que baja a los hombres, es lo que constituye la Liturgia Católica.

La Liturgia es, pues, el conjunto de las plegarias, lecturas, cánticos, ceremonias y ritos sagrados, por medio de los cuales el cristiano, con todo su ser, con el cuerpo y con el alma, tributa a Dios un culto digno y perfecto, cual es posible, en esta tierra, y le adora "en espíritu y en verdad" (Joan., 4-23), como El quiere ser adorado.

La Liturgia está compuesta de alma y cuerpo. Su cuerpo son las ceremonias externas, las que ejercen principalmente los ministros sagrados.

Su alma es el alma misma de la Iglesia, o sea, la vida íntima de ésta, sus aspiraciones y plegarias, su fe, sus tradiciones, todo lo cual la Iglesia ha querido condensar y manifestar en las acciones de su culto y con un idioma propio que es la oración y la "oración litúrgica", no otra.

Ahora bien, el culto de la Iglesia es el culto de todo el organismo cristiano, de todo el Cuerpo Místico de Cristo, de tal suerte que cada uno de los fieles que no se ha separado de la caridad de Cristo, toma parte viva en el culto litúrgico de la Iglesia; mas esta participación en la vida espiritual de la Iglesia ha de ser comprendida por los fieles.

Es muy de lamentar que la mayoría de los cristianos no tenga ni siquiera una noción elemental de la íntima participación que le corresponde en la vida litúrgica de

la Iglesia. La falta de conocimientos en esta materia se hace aún más lamentable si se tiene presente que la unión de nuestro espíritu al alma de la Iglesia importa consigo nuestra unión espiritual al mismo Cristo, que es Sumo y Divino Sacerdote de la Sociedad Cristiana, pues, "por El, con El y en El", como decimos en el Canon de la Misa, se da "a Dios todo honor y toda gloria".

Estos pensamientos bastarían ya para señalar la dignidad eminente de la Liturgia Católica y la parte importantísima que ocupa en el desarrollo de la vida cristiana. Mas, antes de exponer algunos de sus aspectos más salientes y, a fin de que éstos sean considerados con frecuencia por los sacerdotes y los fieles, deseamos recordarles que es preciso que la piedad y el culto de todos los miembros de la Iglesia, se inspire en la piedad y en el culto que ella, con su sabia, santa y divina autoridad, ha establecido como suyo propio. De esta manera el culto y la devoción **católica** de la Iglesia volverá a ocupar el primer lugar que se merece sobre toda forma de piedad privada y toda devoción particular que, si bien puede ser aconsejable y óptima, no tiene la excelencia ni la eficacia doctrinal y santificadora de la piedad oficial de la Mística Esposa del Señor.

Función educativa

Si la Liturgia tiene como fin glorificar a Dios y salvar las almas, ella representa también el medio eficacísimo y tradicional para formar el verdadero espíritu cristiano, objetivo al cual debe dirigirse todo apostolado verdadero y que S. S. Pío XI, en repetidas ocasiones, ha señalado como específico de la Acción Católica.

La Liturgia ha sido llamada con razón la Pedagogía de la Iglesia; por su medio la enseñanza del dogma cristiano se hace fácil, grata y eficaz. El célebre axioma del Papa S. Celestino **"legem credenti lex statuat suplicandi"**,

o sea, la ley de orar establece la ley de creer, nos dice cómo las fórmulas y ritos de la plegaria litúrgica son el mejor medio para que las verdades de nuestra fe impregnen la vida cristiana y formen para la vida eterna los hijos de Dios.

Para que la Liturgia desempeñe esa función, es necesario que los fieles comprendan y gusten sus plegarias y ceremonias; explíquense pues con frecuencia los diversos aspectos del Santo Sacrificio de la Misa; expongan a los fieles los ritos expresivos de los Sacramentos y familiarícense éstos con las fórmulas rituales de la Iglesia (V Conc. Trid. Sess XXII, C 8).

En la enseñanza religiosa que se imparte tanto en los Catecismos, como en Escuelas y Colegios, debe darse lugar importante a la educación litúrgica, no tan sólo en forma teórica sino práctica, o sea, haciendo que los fieles participen activa e inteligentemente en el Culto de la Iglesia. Las graves palabras de los Sumos Pontífices S. S. S. S. Pío X, en su "Motu Propio Inter Pastoralis", y Pío XI, en la Constitución "Divini Cultus" y en la Encíclica "Quas Primas", nos hacen ver la importancia trascendental que esa participación activa tiene para la formación cristiana de las almas.

Con respecto a la formación espiritual que ha de impartirse en los centros católicos de educación, debemos recordar las siguientes palabras del Emmo. Cardenal E. Pacelli en una comunicación dirigida a los Excelentísimos Nuncios Apostólicos de Sud América a raíz del Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires: "Para fomentar el espíritu eucarístico servirá mucho la difusión de la vida litúrgica particularmente en los colegios, escuelas, asociaciones y organizaciones de la Acción Católica" (1).

---

(1) Nota N.o 923-35, 22 Mayo 1935.

Catedral y Parroquia

Queremos que la acción litúrgica se desarrolle ante todo en la Parroquia, pues en ésta es donde la vida de la Iglesia se desenvuelve normalmente. Allí reunidos, alrededor de un mismo altar, de un mismo Sacrificio, de una misma y común oración, presididos por el párroco, representante de la jerarquía, gustarán los fieles el sentido social de la Iglesia, se sentirán miembros de una familia sobrenatural y comprenderán los dulces lazos de la fraternidad cristiana que los une. La vida litúrgica debe ser el alma de la acción parroquial y gracias a ella, confiadamente esperamos, volverá a renacer en muchos el sentido cristiano de la vida, y otros muchos, que hoy la desconocen, se sentirán atraídos al hogar del Padre que siempre amoroso los aguarda.

Centro de la Liturgia Diocesana es la Iglesia Catedral, símbolo visible del poder sacerdotal del Obispo, quien, como Sacerdote Supremo, Pastor y Maestro de su grey, representa en cada Diócesis la unidad del culto, de gobierno y de doctrina.

Debe, pues, fomentarse en toda la Diócesis la devoción a la Iglesia Catedral, destinándose a ese objeto principalmente los días en que se celebra la fiesta de su Dedicación, días en que quisiéramos ver a muchos de nuestros hijos de las distintas parroquias acudiendo a nuestras catedrales en piadosa peregrinación. De esta manera se estrechará mayormente el fuerte e invisible lazo que los une a la sagrada jerarquía.

Santa Misa

La vida litúrgica tiene como centro el Augusto Sacramento de la Misa, renovación perenne del Sacrificio de la Cruz. Por él los fieles se asocian en forma actual a la Liturgia del Calvario y se ofrecen con Cristo al Padre

en homenaje de adoración. Allí se encierra la fuente primera y sobreabundante de toda santificación.

Es necesario que los fieles comprendan que el medio por excelencia de honrar a Dios y santificar las almas es la Santa Misa; debemos, pues, estimularlos a que íntimamente participen de la Divina Liturgia del Altar.

Recuerden que la Misa debe ser un acto intenso de vida interior por el cual nos ofrecemos a Dios en unión con Cristo que allí se ofrece e inmola como Hostia purísima de alabanza y reparación.

Esta participación puede hacerse más viva cuando el pueblo reunido se une externamente al sacerdote que celebra la Misa, dialogando en común aquellas partes de la Misa en las cuales, según el espíritu de la Liturgia, los fieles deben tener parte activa. Tales son las oraciones al pie del Altar, el Gloria, el Credo, Sanctus, Benedictus y Agnus Dei. Conforme a las disposiciones de la Santa Sede (2) autorizamos esta forma de piedad siempre que no sea motivo de perturbación o distracción y la recomendamos especialmente en los colegios y en Concentraciones de Acción Católica. Empero, no podrá practicarse sino con la debida corrección y reverencia.

Como práctica que impide a los fieles la participación activa en el Santo Sacrificio señalamos la costumbre, que desaprobamos, de rezar públicamente durante la Santa Misa, novenas y otras oraciones ajenas al mismo Sacrificio. Por el mismo motivo renovamos la prohibición de que se predique durante una Misa que se celebre en público, sin que ésta, en el momento debido, sea interrumpida.

La participación más íntima al Sacrificio de la Misa es sobre todo, la **Sagrada Comunión**. La misma víctima

---

(2) Decreto N.o 4375 de la S. C. de R. y respuesta de 30 de Noviembre de 1935 de la misma S. C. al Cardenal Arzobispo de Génova.

que ha sido inmolada en el Altar, sirve de alimento de nuestras almas y mediante su recepción recibimos plenamente los frutos del Sacrificio Redentor. Teológica, histórica y litúrgicamente la Comunión forma parte del Sacrificio de la Misa. Basado en estos principios, el Santo Concilio de Trento formula este voto: "Desearía el Santo Concilio, que en cada Misa los fieles presentes no sólo comulguen con el afecto espiritual, sino por la percepción sacramental de la Eucaristía" (3); voto que renovaba, S. S. Pío X en su célebre Decreto "Sacra Tridentina Synodus" de 20 de Diciembre de 1905 sobre la práctica tradicional de la Comunión frecuente y diaria.

El lugar propio de la Sagrada Comunión es dentro de la Misa. Su excelencia le viene del hecho que ella forma parte de la Misa y nos hace participar lo más abundantemente posible a los frutos del Sacrificio de la Cruz.

El Ritual Romano, siguiendo la tradición constante de la Iglesia y las enseñanzas del Concilio de Trento, dispone en su Título IV: "La Comunión del pueblo debe hacerse **dentro** de la Misa inmediatamente después de la Comunión del sacerdote celebrante, a no ser cuando por **causas razonables** se haga después de la Misa, ya que las oraciones que en la Misa se dicen después de la Comunión no miran sólo al sacerdote sino también a los otros que comulgan" (4).

---

(3) "Optaret quidem Sacrosanta Synodus ut in singulis Missis fideles adstantes non solum spirituali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiae perceptione communicarent".

(4) "Comunio autem populi intra Missam statim post Communionem Sacerdotis celebrantis fieri debet (nisi quando que ex rationabili causa post Missam sit facienda) cum Orationes quae in Missa post Communionem dicuntur non solum ad Sacerdotem, sed etiam ad alios communicantes spectent" (Tit. IV Cap. II—2—10).

Música y canto en las iglesias

Deben velar los párrocos, rectores de Iglesia y superiores religiosos porque las ceremonias y cantos sean dignos y especialmente estos últimos se ciñan estrictamente a las claras y terminantes normas dadas por los Pontífices Pío X y Pío XI en su "Motu Propio Inter Pastoralis" de 22 de Noviembre de 1903 y Constitución "Divine Cultus Sanctitatem" de 20 de Noviembre de 1928, y a las disposiciones diocesanas relativas a la materia. Recuerden las bellas y solemnes palabras de S. S. Pío X en el primero de los documentos nombrados: "La música sagrada, siendo una parte integrante de la solemne liturgia, participa de su fin general que es la gloria de Dios y la santificación de los fieles. Ella debe, por lo tanto, poseer en el más alto grado las cualidades propias de la Liturgia y sobre todo la santidad y excelencia de forma, de donde surge espontáneamente su otro carácter que es la universalidad. Ahora bien, esas cualidades se encuentran en el más alto grado en el canto gregoriano que es, por consecuencia, el canto propio de la Iglesia Romana, el sólo canto que ha heredado de los antiguos Padres, canto que ella ha conservado celosamente durante siglos en sus reglas litúrgicas y que propone a los fieles como directamente suyo, que ella ha prescrito exclusivamente en ciertas partes de la Liturgia y que los estudios recientes han restituído tan felizmente en su integridad y fuerza. El antiguo canto gregoriano tradicional deberá ser ampliamente restablecido en las funciones del culto y en la práctica del pueblo, a fin de que los fieles tomen de nuevo una parte más activa en la celebración del oficio eclesiástico como era antes costumbre" (Motu Propio Inter Pastoralis, 23-XI-1903).

Año litúrgico

La Sagrada Liturgia ejerce su poder de santificación

especialmente en la renovación anual de los misterios de Cristo y en las fiestas de sus Santos.

El año litúrgico es un maravilloso itinerario espiritual en que, alrededor del altar, se distribuyen las fiestas y estaciones con el objeto de dar a los fieles un programa de unión en la oración y de hacer perennemente actuales los diversos misterio de la vida de Nuestro Redentor.

Debemos tener presente las enseñanzas que a este respecto contiene el Catecismo de S. S. Pío X: "Que todo buen cristiano, ayudándose de la predicación o de cualquier libro apropiado, estudie por comprender y hacer suyo el espíritu de cada fiesta, relacionándola con su objeto y su fin especial, mediante la verdad, la virtud, el prodigio y el beneficio que allí se encuentra particularmente conmemorado, tratando, de todos modos, de sacar de ahí un mejoramiento personal" (Catecismo de S. S. Pío X, edit. Bonne Presse, p. 141).

Deseamos de un modo especial, que los fieles se compenetren del espíritu propio de los grandes tiempos litúrgicos con las prácticas y observancias que los acompañan; muy especialmente recomendamos al apostolado de la Acción Católica el procurar la santificación del Adviento, Cuaresma y Pascua, haciendo que el espíritu de estas épocas penetre la vida individual, familiar y pública.

Ningún medio más apto para impregnarse del espíritu del año litúrgico que **el uso del Misal entre los fieles**, "con cuyo manejo, escribe el Cardenal Mercier, llegarían todos los fieles, bajo la dirección de sus sacerdotes, a templar su fe y su vitalidad en el manantial de la sana y fuerte piedad católica" (Obras Pastorales, T. IV).

Deseamos que el Misal sea el libro que se encuentre en manos de todos los fieles, y que el uso de él forme parte de la educación religiosa que cada uno debe recibir en la escuela y catecismo, para que así, dentro de la variedad y profundidad de sus lecturas y oraciones, se

forme la sólida piedad cristiana, centralizada alrededor de la adorable persona de Jesús.

Sacramentos

Del altar, centro del culto de la Iglesia, brotan, como siete fuentes de agua viva, los Sacramentos, cuyo significado y virtud santificadora nos explica y enseña la Liturgia Sacramental.

Por las **palabras** que pronuncian los ministros de la Jerarquía, por los **ritos** que realizan sus manos consagradas, circula la virtud sacerdotal de Cristo. Por intermedio de estos **elementos materiales**, las energías divinas se canalizan para derramarse en las almas.

La comprensión exacta de los ritos sacramentales nos hará conocer y vivir la gracia que en los Sacramentos se nos comunica. El **Ritual** no debe ser un libro desconocido de los fieles; la explicación de la Liturgia sacramental debe formar parte de la enseñanza religiosa en el lugar correspondiente. Los fieles, a su vez, deben esmerarse en el conocimiento más cabal de los actos en los cuales participan.

En particular queremos recordar aquí a los sacerdotes y fieles, y especialmente a los párrocos y rectores de la Iglesia, la grave obligación de restituir a la celebración del matrimonio la religiosa dignidad que a un acto tan santo corresponde. Debe, pues, desterrarse del sagrado rito todo lo profano. Para el efecto, urgimos especialmente el cumplimiento de las Leyes Eclesiásticas relativas a la música.

Los **Sacramentales** o sea, según define el Código Canónico, "Las cosas o acciones de las cuales puede usar la Iglesia imitando algún sacramento a fin de obtener por su impetración efectos, sobre todo espirituales" (Can. 1144), deben también ocupar un lugar importante en la vida cristiana. Las bendiciones, consagraciones y exor-

cismos tienden a penetrar de sentido sobrenatural los actos ordinarios de la vida cristiana, a saber: que todos los seres de la creación deben conducirnos a Dios, a nuestro último fin, y que esos mismos seres, degradados por el pecado, han sido restaurados, junto con toda la creación, por Jesucristo.

El uso del agua bendita, las palmas del Domingo de Ramos, las Candelas de la Purificación, etc., deben ocupar en la vida de los fieles el lugar que la Iglesia les señala.

Oficio

La Liturgia del Sacrificio de la Misa se halla encuadrada en el marco sublime de la liturgia de alabanza, el Oficio Divino, impuesto a los sacerdotes y aconsejado a los fieles.

El Oficio Divino es el himno magnífico que la Iglesia entona en unión con Jesucristo para cantar la gloria de la Trinidad e implorar las misericordias divinas sobre el mundo.

Los fieles no deben permanecer indiferentes. Al menos por la intención deben unirse a la Oración Oficial de la Iglesia y ofrecer su concurso para participar en las Vísperas y Completas que deseamos vivamente ver establecidas en la práctica de la vida parroquial.

Liturgia funeraria

La Iglesia rinde a sus hijos difuntos honores oficiales y les otorga la ayuda de sus sacrificios y oraciones. Ella no olvida que el cuerpo ha sido templo vivo de Dios, y que el alma, libre de sus envolturas materiales, entra al lugar del reposo y de la paz. La muerte y sepultura del cristiano, han sido siempre consideradas como un acto religioso.

La Liturgia ennoblece y consuela el momento de la muerte con sus bellas oraciones de la Recomendación del Alma, "ordo commendationis animae" cuya práctica deseamos siempre se observe en los hogares cristianos visitados por la muerte.

Para sufragio del alma que ha partido de esta vida, la Iglesia tiene en su oración oficial los **responsos**, cuya eficacia propiciatoria es superior a toda oración privada, ya que ella se hace en nombre y por virtud de la Iglesia. Pero especialmente queremos recordar la **obligación** de los católicos de realizar con espíritu cristiano las exequias o funerales. Las misas privadas que en algunas ocasiones y con debida licencia se celebran en las casas de las personas difuntas, no constituyen las exequias. Estas, de Derecho ordinario, deben hacerse en la parroquia, con Misa Exequial, precedida del Oficio de Difuntos y seguida de la absolución del túmulo y demás hermosos y consoladores ritos establecidos por la Iglesia.

No hay nada que dé un consuelo más puro en el dolor de la separación y una visión más serena y dulce de la muerte que el comprender las oraciones y súplicas, los pensamientos de esperanzas y los anhelos de dicha imperecedera con que la Iglesia despide en su Liturgia a los hijos que parten de la tierra y entran a celebrar en el cielo la liturgia de la eternidad.

Terminamos, amados hijos exhortándoos vivamente a acudir a esta "fuente primera e indispensable del espíritu cristiano", como S. S. Pío X llamó a la Sagrada Liturgia (5).

En los duros tiempos que atravesamos, necesitamos más que nunca reforzar nuestras fuerzas espirituales,

(5) M. P. Inter Pastoralis...

buscándolas en la vida misma de la Iglesia, en su oración oficial, y en la renovación de los misterios de Cristo que, por medio de la Sagrada Liturgia, se nos comunica con toda su energía santificadora.

Así formaremos el hondo y verdadero sentido cristiano de la vida, arma que supera todos los obstáculos y donde únicamente debemos poner la esperanza de ver establecido un auténtico orden social cristiano en la Paz de Cristo y en el Reino de Cristo.

"COLECCION ECCLESIA"

Un grupo de personas, convencidas de la necesidad creciente de mayor cultura religiosa concibió la idea de una serie de estudios que en reducidas páginas dieran una idea más o menos completa del tema que se deseaba desarrollar.

Se le dió a esta colección el título de "Ecclesia", pues el fin que se perseguía era demostrar que la Iglesia Católica, hoy como ayer, lleva en su doctrina y en sus instituciones la respuesta a todos los problemas de la vida.

Esos diversos aspectos de la Iglesia, sea los que se relacionan con su constitución íntima, sea los que demuestran en una forma u otra su divina vitalidad, han sido tratados en estos opúsculos que en forma clara y sencilla ilustran a los lectores en aquellos puntos que ninguna persona de mediana cultura puede ignorar.

Esas páginas tratan de servir a las almas inquietas de nuestro siglo para descubrir los tesoros de verdad, bien y belleza atesorados en la Iglesia Católica: en ella encontrarán esa fuente de aguas vivas que calman la sed de grandes ideales y da a los problemas de la vida su justa y cabal solución.

Se han publicado:

N.o 1.—P. Bernardo Franco, O. S. B.— "El uso del Misal romano entre los fieles". 1930.

N.o 2.—Mons. Manuel Larraín E.— "La educación religiosa la tradición de la Iglesia". 1931.

N.o 3.—Mons. Manuel Larraín E.— "Piedad y Liturgia". 1932. (2.a edición 1935). (3.a edición 1939).

N.o 4.—Mons. Alfredo Silva S.— "Nociones de Acción Católica". (2 ediciones, 2 edic. corregida y aumentada. 1933).

N.o 5.—Mons. Manuel Larraín E.— "Luz en las tinieblas". 1933. (2.a edición publicada en Colombia 1934).

N.o 6.—Pbro. Guillermo Echeverría M.— "El Catolicismo ante los problemas sociales". 1933.

N.o 7.—Mons. Manuel Larraín E.— "Pureza y Juventud". 1933.

N.o 8.—Mons. Alfredo Silva S.— "Lo que es la Acción Católica". 1934.

N.o 9.—Mons. Manuel Larraín E.— "Pier Giorgo Frassati". 1934. (2.a edición 1939).

N.o 10.—S. S. Pío X.— "Exhortación al Clero Católico" 1934.

N.o 11.—Pbro. Guillermo Echeverría M.— "Tras las huellas del Maestro". 1935.

N.o 12.—Pbro. Armando Uribe.— "Manual de Pedagogía y Metodología Catequística" 1936.

N.o 13.—Dom Lefebvre.— "El Método de Santidad de la Iglesia en su culto oficial". 1936.

N.o 14.—Mons. Manuel Larraín E.— "Sanctifica eos". 1936.

INDICE

PAGS.

CAPITULO III

Arzobispado de Santiago, a 29 de Julio de 1939.

Puede imprimirse y publicarse.

DE LA FUENTE.
V. G. S.

Huneeus.
Secret.

¡Silabario del Cristianismo

Francisco Olgiati.

Es un silabario, porque hoy los cristianos, tienen muy poco tiempo para leer tratados sobre su doctrina. ¡Cómo si supiesen tanto...!

Dime ¿qué sabes tú del problema de la vida cristiana, del orden sobrenatural, de la Gracia, de tu dignidad de hijo de Dios, de la Sagrada Biblia, de los dogmas que deben encauzar tu vida: el de la Santísima Trinidad, el del Verbo Encarnado, los dogmas marianos, la Comunión de los Santos; sabes algo de la Liturgia, de la vida y de la muerte y del más allá de la muerte?

Nada sabes, y si sabes algo, allá van el sentimentalismo y la leyenda. ¡Y te llamas cristiano!

¿Y qué haces para ser digno de tu inmensa e incomparable dignidad de ser hijo de Dios? Pues, indignidades.

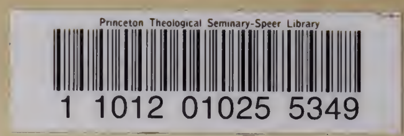
Tú puedes salvar el mundo con una vida verdadera de oración y apostolado; pero prefieres perderte a ti y hundir más esta tierra ya bastante degradada por el hombre.

Conoce tu Doctrina y verás cosas jamás soñadas: Cómo Dios obra en la pequeñez del alma; cómo una acción silenciosa riega toda la vida humana; cómo la oración hecha en un rincón de nuestra Patria, puede salvar, allá, en la lejanía de las misiones africanas, a un pobre hijito de Dios, mucho más meritorio que tú cristiano que explotas tu Cristianismo.

No respondas: No tengo tiempo. Porque Dios te puede dar una eternidad para lamentarte del poco tiempo que tuviste.

La Iglesia necesita de cristianos de corazón, que **piensen y actúen** como cristianos, que tengan una sola vida, y ésta sea, profunda y verdaderamente cristiana.

Conoce tu Doctrina, lee este Silabario del Cristianismo, y comienza a **ser** un cristiano a más de **decirte** tal.





EDITORIAL "SPLENDOR"
Santiago: Delicias 1626 — Casilla 3746
Valparaíso: Victoria 2277
CHILE
1 9 3 9

Imp. "San Francisco" — P. Las Casas